

Rafael Alcides

Contra Castro



CONTRA CASTRO

RAFAEL ALCIDES

Epub v 2.0



Edición y corrección: Regina Coyula
Diseño de cubierta: Claudia Patricia Pérez Olivera
Composición y programación: Eva Garreta
Ilustración de cubierta: Camila Rodríguez Lobón

Primera edición: 2018

© Rafael Alcides, 2020

© Sobre la presente edición:

Archivo INSTAR, 2020

ISBN 978-84-09-24430-0

Instituto de Artivismo Hannah Arendt (INSTAR)

Tejadillo 214 entre Aguacate y Compostela

La Habana Vieja. Cuba.

info@artivismo.org

Teléfono: +53-78616855

A mis hijos Josefina, Gitana, Daniel, Rubén y Rafael,

A mi hermano Rafael.

Y a mi mujer, Regina Coyula

*Sentados aquí, a la sombra de este jardín que hemos plantado flor a flor,
palabra a palabra,
dejaremos que nos coja la noche.*

CAMILO VENEGAS

Lector:

Esta novela apareció publicada hace más de dos años, pero Alcides no llegó a verla. Se obligaba a dominar el dolor, y todos los días, ya muy enfermo, se sentaba de manera intermitente ante la computadora a trabajar. No era ajeno a que su cáncer estaba en fase terminal y me daba recomendaciones y hacía notas digitales, pues ya era incapaz de dominar aquella distintiva caligrafía alargada.

Organizando, pero sin entrar en lecturas, algo demasiado personal, doloroso en definitiva, no abrí su computadora como no fuera para copiar y enviar textos de poesía solicitados por amigos por la posibilidad de verlos publicados. No fue hasta marzo de este año que decidí meterme en su maquinita, un tareco antiguo y lento con un sistema operativo en desuso.

Alcides no era de tecnologías. Me costó convencerlo para que abandonara la máquina de escribir por su primer ordenador, al que veía como un pequeño monstruo con vida propia; cuando se vio obligado a cambiarlo por obsolescencia, supuso revivir la pequeña tragedia derivada de lo poco nuevo necesario de aprender. Sus habilidades se limitaron a crear, modificar, cortar y pegar, copiar y salvar; así encontré unos archivos repletos de versiones de un mismo texto, pues era muy frecuente que guardara el mismo trabajo varias veces como un nuevo documento.

En esa organización de archivos, encontré una versión de *Contracastro* del 13 de junio de 2018, solo dos días antes de morir. Imaginen mi sorpresa. La versión publicada de la novela cerró en agosto del 2017 y yo ignoraba que él había vuelto a trabajar en ella. El *Contracastro* de 1965 fue una obra nacida de su encantamiento con los primeros años de la Revolución. La novela además tuvo su *fatuum* (palabra que a Alcides le encantaba) la historia se cuenta en el prólogo de la versión impresa. Al no ser publicada en 1965, durmió en un escaparate a merced de la humedad y el comején. Hace cuatro años, Alcides retomó el texto con la decisión de terminarlo. La historia de amor y la introspección del personaje masculino es lo que queda del panfleto original, y uso panfleto en el sentido más familiar para los cubanos. Toda la poda del texto original deja un poco fuera de

lugar el título, pero él lo mantuvo (Y estarán de acuerdo en que es un título excelente).

Ser la mujer y la editora tiene su adrenalina complicada. Tuvimos broncas monumentales: él, con el vozarrón y la autoría como ases, y yo, cartesiana, tratando de meter aquella tromba en razones. La inseguridad le llevó a reescrituras sucesivas en un ejercicio lúdico semejante al del coronel Buendía y sus pescaditos de oro. Al cabo, y quienes le conocieron lo saben, su disfrute estaba en escribir: publicar era un plus.

En el trabajo de edición percibí las costuras entre el original y los añadidos. Y peor. La novela había pasado a ser el panfleto contrario con melodrama incluido. Un amigo poeta con experiencia editorial, le puso por escrito sus muy sinceras observaciones; con él no tuvo la bronca monumental, pero tampoco le gustó.

Pero Alcides, con ese orgullo temerario que tenía, sentenció que *esa* era la novela. En su descargo podría decir que trabajó contra reloj porque ansiaba verla publicada. Esa es la versión que vio la luz a fines de 2018, a seis meses de su fallecimiento.*

El hallazgo de esta nueva versión que nunca mencionó, hace evidente que pasado el encabrone inicial, estuvo cocinando las observaciones del amigo y las mías – coincidentes en más de un punto- y éste es el resultado, y fue, en su forma oblicua de expresarse, una manera de decirnos que teníamos razón.

REGINA COYULA

La Habana, 17 de octubre 2020, Año de la Pandemia

* <https://www.eriginalbooks.com>

Bañada por el sol vertical de la hora, tú de pronto, ahí a diez metros, con tu trenza tirada por delante, bamboleándose, pasando junto a una peletería cuyos cristales te duplican.

¿Me mirarás? No, ni te daré la oportunidad de que me ignores. Seguiré de largo.

—¡Tom...!

—¡Carla!

Es la primera vez que nos hablamos sin insultarnos, cosa que tan a menudo nos sucedía en La Habana. Sin embargo, ahora no sé qué decir. Y siguen las manos, la sangre golpeando en la cabeza; el corazón bailando suiza en el pecho. Me siento más frío que el hielo. Ni siquiera me atrevo a sostener en alto la cabeza. Eres incluso más bella que en la foto del tocador de tu cuarto, aquel enloquecedor lugar con olor a colonias a donde un lunes a las cuatro de la tarde el hijo de Candelaria, una de las criadas de tu casa, me dejó entrar luego de mucho ruego y un escandaloso soborno. Te sacas los espejuelos oscuros. Ni antes ni después pudo tener nadie en esta vida unos ojos tan lila, un pelo tan negro ni una piel tan suave, tan tibia, tan eléctrica. Te habías quedado con mi mano en tus manos, la cartera enorme como si te ladeara el cuerpo. Te recuestas a la pared. La gente cruza, los automóviles. ¿Cuánto tiempo ha pasado? No te veo, pero tus ojos me andan por el cuerpo. Los siento por el pelo, por la ropa. Comprendo de sopetón, pero no comprendo. Estas cosas se sospechan, pero no se saben. Di algo, ¿Qué voy a decir? Si lo dijeras tú... ¡Bendito sea Dios! Ciérrate la camisa, podría salirse el corazón.

Cómo hablar. Deja mejor que el corazón retumbe. Ella lo ha de oír. Pero pierdes la delantera. Vuelves a estar en desventaja. Siempre lo estuviste. Pero hoy te ha hablado. Le tienes todavía la mano entre tus manos. ¿Qué esperas? No sé. Después de tanto rato. Parecería que ha pasado un año. Pensará que soy tímido, bobo. Quizás. Sin embargo, en mis ojos ha de haber algo que ella comprenda. Algo ha de oírseme en la cara.

—Te saludé por desafiarte.

—¿Por desafiarme?

—Como fingiste no haberme visto...

Es tu misma voz rota, violeta de siempre, pero hoy suena gris. Y yo sé que es violeta, Pienso en una campana, las postales de Navidad. No sé, ¿se piensan tantas cosas! Pero no se piensa. Se siente. La imaginación se pone alegre; el corazón se vuelve loco, quiere saltar, correr, tocar un timbre, escaparse, ¡Ah!, cuantas travesuras. Y todo es azul. Las imágenes brincan, te halan el pelo. Y el humo, la penumbra, la humedad. El estruendo. El pasado te rodea. Vuelves a ser aquel niño que nunca fuiste. El corazón sigue latiendo. Te vas poniendo tierna y yo me hundo más en mí mismo. Me pierdo. Me has hablado; me estás hablando.

—Carla...

No sé cuánto llevamos caminando. Ahora el tiempo no existe. Es la hora de los grandes sucesos. Las horas son minutos y los minutos eternidades. Pueden transcurrir cien mil años de un golpe o tener el mundo la edad de un minuto. Es ir entre nubes, es saberlo todo, es ser dueño del universo. El sol, este sol bastante más pálido que el de Allá a esta hora, se hunde a lo lejos. Contigo a mi lado me siento llenar el espacio, ocupar hasta el último centímetro de la galaxia. Es en tardes como estas que nunca te mueres.

Me imagino que hemos estado hablando pero no lo sé. Estás tan cerca y tan distante y revuelta dentro de mí. Desde el principio la soledad que nos rodeaba se ha disuelto, el mundo se ha ido a otro mundo y nos hemos quedado aquí tú y yo nada más, dueños del tiempo, del sobresalto, abolida la palabra, contándonos cosas con los ojos, con el pecho reventando. Nunca te creí así, ni se me ocurrió que fueses tan húmeda, tan tierna. Por fin el sol desaparece, el aire se pone frío. Aquí hemos estado desde que Dios hizo el mundo. Va a ser de noche y entonces nos veremos mejor.

—Tengo ganas de llorar.

—Yo también.

—Ya no eres como antes.

—Tú tampoco.

—Eras muy grosero.

—Pero te amaba.

—No lo parecía.

—Tenía miedo.

Las manos se juntan. La ciudad se estremece. El planeta. No es posible que el mundo haya permanecido ajeno a esta felicidad. La vida es buena, la gente también. El pasado se borra, las viejas heridas desaparecen y hay lágrimas en tus ojos.

—La alegría es triste.

—¿Te pasa?

Las manos se juntan más, más, más, después comienzan a andar por tu pelo. Tu cabeza cae en mi hombro y mis brazos te rodean. La vida toda está amarrada a mi pecho. Incendien el mundo si quieren, yo te tengo. Nadie podrá hacerte daño, niña mía.

—Vamos a casa. Te invito a comer.

—Otro día.

Las frentes se juntan, las narices.

—Por lo menos, a saludar.

—Otro día.

—Ahora.

—Otro día.

Hay estrellas en el cielo y me sorprende. ¿Cuánto tiempo llevaba sin ver una estrella? Se las ve tan en paz, tan calladitas, tan desde siempre que dan ganas de volverse estrella. ¿Cuánto tiempo llevarán ahí ardiendo, cediendo lugar sin que nadie se dé cuenta, existiendo, testificando? En todo caso esta noche mi amor tiene la edad de las estrellas. Ha sido algo que nos ocurrió ya antes de nacer. Deberíamos los humanos volver los ojos al cielo con más frecuencia.

—Está bien —cedes, al fin—, vamos a tu casa, quizá sea lo mejor.

—¿Por qué lo has dicho de ese modo?

No contestas. Levantas la cara y dos estrellas arden en tus ojos. Dos estrellas lilas. ¡Qué resplandor! Te has vuelto estrella, me he vuelto estrella. Somos estrellas.

La calle es una furiosa estrella tendida sobre el pavimento. Papá. Mamá. La casa. Los platos son de estrellas y estrellas en las fuentes. Y en las paredes. Oh Dios, el amor es una estrella...

Todos estamos cortados. Nadie sabe por dónde empezar. Cualquier cosa que se diga pudiera herir. ¡Es tan delicado un encuentro en estos días! Nadie en casa ha querido preguntar nada. “¿Y por allá?”, había dicho mamá cuando llegamos. ¿Por allá? ¿Por dónde? Eso es estúpido, preguntar por preguntar, cumplir un compromiso molesto, llenar un trámite de rigor. “Ahí”, dijiste. Fue como si dijeran: “Te acompaño el sentimiento” y tú contestaras: “Gracias”. Luego, el silencio. Justamente como si hubieses caído del cosmos, de la luna, y fueses un pedazo de mineral desarraigado, una cosa aparecida por generación espontánea: un boniato, una yuca. ¿Y los recuerdos? ¿Las cosas de otros días? Me doy cuenta de que este olvido puede herir más que la peor de las preguntas. Puede la delicadeza durante algún tiempo no perdonar una indiscreción, pero el corazón jamás perdona un olvido. Es necesario que te sientas bien, que te encuentres como en tu

vieja casa, que ni siquiera aquel seto de entonces nos separe. Todo ahora es muy embarazoso. Comemos sin hambre. Lentamente las estrellas han estado apagándose. Te imagino a punto de salir huyendo por el techo. Esto es intolerable. Papá, al final, ha estado hablando tonterías y se ha callado. Ni él mismo se hizo caso. Mamá dice que por qué tan poco, que te sirvas más.

—¿Está a tu gusto de sal, hija mía?

¡Basta, mamá, no seas idiota! Le hago señas a papá. Casi se atraganta. Brutal y mirándome por encima de los espejuelos, dice que ese huevo en polvo que da el Refugio es una basura. No, eso no, eso no; otra cosa, una pregunta, viejo, le digo con el pie por debajo de la mesa.

—¿Y tus padres, Carla?

Parece que has querido decir “Ahí”, pero se te olvidó decirlo o lo dijiste escasamente. Los hombros no te dieron para más. Vuelvo a tocar a papá por debajo de la mesa. Esto hay que continuarlo. Te hemos herido demasiado. Estas son las cosas que se preguntan al principio. Me vuelvo hacia mamá, para embullarla:

—En algún hospital, ¿no?, o de asociado —dice entonces papá.

—Claro, un especialista como él —se mete mamá virándome los ojos.

—No —dices tú con la cabeza más bien.

Empiezas a darle vueltas en el plato a los pedacitos de vegetales.

—Dice que no —le digo a papá.

—Oiga eso —comenta él.

—¿Y eso? —te digo.

—Allá le habían dicho que sí... pero acá le dijeron que no.

La mesa tiembla, los sillones se sumergen con nosotros dentro. Cada cual se mantiene muy ocupado con su pedacito de pan, con su cuchillo, con su vaso de

agua. Cambiar de tema no estaría bien; seguir adelante, menos. Las penas ajenas escuchadas con interés terminan costando dinero, según la regla de oro de papá. Pero tú no has venido a pedir nada. Es inútil, sin embargo. Papá estará imaginando la manera de escabullirse. De un momento a otro mirará sorprendido el reloj, y levantándose. “Caramba —dirá—, se me ha hecho tarde. Ustedes perdonen”. Se limpiará la garganta: “Excúsame Carla, se trata de una cita importante. Ray y las Organizaciones..., en fin”. Te dará unas palmaditas en el hombro y agregará: “Quedas en tu casa, hijita”, e irá esperar a que te vayas metido en su cuarto con un tabaco prendido. Mamá inventará un dolor de cabeza, cualquier cosa: saldrá a buscar unas sales minerales y no regresará hasta el momento de acompañarnos a la puerta. Esta otra — ¡Idiota!— Qué podría decir mi hermana Laurita con su cara idiota. Deja meterme. Además, no es de creer que ustedes estén tan desvalidos.

—Pero ustedes lograron salvar algo. Tenían dinero acá...

—¡Maldita sal empegotada! —corta mamá dando con el salero sobre la mesa.
¡Qué manera de humedecerse!

El salerazo es el santo y seña con que empieza la representación, en días en que se invita a algún conocido acabado de llegar de Cuba y se sirve comida del Refugio. Se ha quedado mirando el salero de trasluz. Pero no, mamá comprende que eso sería una torpeza; no avisé antes de venir y tú has visto demasiadas cosas en la mesa. De modo que baja la mano y no dice: “Menos mal que es regalada”. Papá simula problemas con un fideo. Tú te quedas con el tenedor a medio llevar a la boca. A nadie, una comida le había costado tan cara.

—Tenían algún dinero —insisto.

—No —dices. Y vuelcas la comida en el plato. Vuelves a ordenar los pedacitos de vegetales.

Comprendo que debo desnudarte en el acto, hacer que papá y mamá cambien de actitud. O entramos en confianza ahora o no te atreverás a volver a casa.

—Entonces ¿de qué viven? ¡Con lo del Refugio no será!

Apartas el plato, nos vas mirando por separado, pero al cabo bajas la cabeza. Papá se limpia la garganta, se palpa los bolsillos superiores del pijama y me pateo por debajo de la mesa. Mamá sacude alguna pajita imaginaria del escote. Laurita oye desde la otra vida. Hace rato sonrió, seguramente porque lo consideró un deber, y olvidó retirar la sonrisa. Tú continúas estudiando los pedacitos de vegetales, corriéndolos en el plato, alejándolos, acercándolos, haciéndolos bailar. Digo, ¿con lo del Refugio?

—Sí y no.

Dices que a veces tu padre encuentra algo por ahí; que otras veces ejerce, pero eso es muy arriesgado.

—La policía vigila.

—¿Y cuando no ejerce en qué trabaja? —pregunta Laurita, que por fin se ha dado cuenta de que algo debería haber dicho.

—¿Quieren café? —pregunta mamá.

Se diría que ha pasado un millón de años, que no nos hemos visto nunca ni nos importamos.

—Sí, ¿en qué trabaja? —te apremio.

—En cualquier cosa: lo que encuentre —dices ya con una voz apenas audible, y vemos caer en tu plato un par de lágrimas —Hasta la semana pasada estuvo trabajando en el restaurante de Barrios; ya llevaba ahí cuarenta y tres días pero como lo cerraron...

Mamá se horroriza:

—¿Barrios? ¿El del escándalo en los periódicos?

—¿El Senador? —se asombra papá.

Algo extraño pasa entonces por tu cara. Las estrellas han muerto definitivamente en tus ojos, desde hace rato son dos extrañas estrellas lilas muertas, pero aún quedaba la ilusión, el resplandor de una esperanza. En los platos ha vuelto a

haber comida, los infaltables vinos de papá, y todo lo que nuestra imprevista llegada no dio tiempo a ocultar.

Las fuentes son de cristal y en las paredes solo hay cuadros aborrecibles. Aquello no es ya más un lucero, como cuando llegamos. Las estrellas se fueron, se abochornaron volvieron al cielo donde nunca se come. Mamá ha vuelto a ser una histérica de ojos verdes con miedo a la gordura, papá un calvo barrigón con una faja tubular, mi hermana una presumida idiota. Y todos se han concertado, en silencio, para no escuchar. Ya han oído demasiado. A ti en cambio te ha entrado un repentino empeño por hablar. Ha sido algo diabólico brillando en tus ojos, secos de golpe, en tu manera de apretar los labios, de arañar con el tenedor el fondo del plato hasta hacerlo sangrar. Mi hermana llega entonces en tu auxilio, aludiendo a la información de los periódicos:

—¿Y es cierto que en lo de Barrios vendían marihuana?

—¡Oh, sí! — te animas—. Era el negocio principal. Y cocaína.

—¡Jesús! —se persigna mamá.

No puedes seguir fingiendo la dulce alegría inocente que por un momento se había detenido en tu rostro y apartas con furia el plato, la silla, y dices, ya de pie:

—Señora: aquí las venden dondequiera. ¡Y se tira la bolita!, ¡Y hay prostitución!, ¡Y asaltan a la gente!, ¡Y se pasa hambre!, ¡Y se mata!, ¡Y lo que sea...!

—Sí, como en La Habana —digo, por suavizar.

Mamá, que no soporta que la sorprendan en bata de casa y sin arreglar, astilla el vaso al golpear con él sobre la mesa, y puesta de pie ella también, corrige, como cuando era profesora:

—¡Como la gente sucia de La Habana querrás decir, Tom!

—Es que ahora, los sucios de aquí somos nosotros, señora —dices con mucha calma.

—Vámonos —digo.

—Es lo mejor —dice mamá dejándose caer desfallecida en el asiento.

¿Qué decir? Papá no acierta. Todos han quedado clavados en sus puestos, hundidos allí, y mudos, como estacas.

Atraviesas el jardín delante de mí. Arriba el cielo está apagado, negro, enfurecido, solo. Te sigo como un perro avergonzado. Quisiera decir algo, pronunciar un nombre, algo que le devolviera a tus ojos las estrellas de hace dos horas. Habrá que esperar a mañana. Tal vez no vuelvan a salir.

—No sé qué decirte.

—Ya estoy acostumbrada.

—No debería haberte insistido.

—¿Caminamos hasta caernos?

No sé si nuevamente deba meterte debajo del brazo. Ya en el parque te había tenido así, después anduvimos hasta casa cogidos de la mano. Ahora no sé. No querrás volver a salir conmigo. Estarás esperando el menor movimiento de mi parte para pararme en seco. Pero separados así no podemos ir. Es como llevar una billetera vacía, una botella de wiski sin wiski. No me atrevo a estirar el brazo en busca de tus hombros. Me siento inútil como yo no lo sabía. La vergüenza, claro, cierta timidez. Tampoco tú eres como ninguna de las chicas de mi tren. Ninguna de ellas tuvo nunca los ojos tan lilas ni una trenza resbalando entre los pechos, terminada más allá del ombligo.

—Di algo.

—¿Qué podría decir?

—Abrázame entonces.

Me desconciertas. Has crecido y yo te sigo viendo niña como entonces. O quizá yo he vuelto a ser niño, o quizá nunca fui niño y quiero serlo ahora. Es peligroso. Con casi veintiún años es tarde para eso. Pudiera ponerme en ridículo. No sé qué hacer. Te paso el brazo por encima de los hombros y dices que así no, que te abrace como un hombre. Te afincas contra mí y te cobijo con todo el cuerpo apoyado duramente contra un árbol. Quisiera sentirte como una mujer pero te siento de otra manera. Los ojos se me humedecen. Te beso en el pelo, en la frente, en las mejillas, y en los labios un suave beso te doy. Vuelvo a apretujar tu cara con mi cara. Es extraño, repito, pero no siento fuego sino deseos inmensos de llorar. Algo perdido retorna. Un pedazo de la infancia. Algo de cuando yo era triste y tú estabas lejana, imposible. Vivíamos en casas contiguas, pero en realidad estábamos a kilómetros. Pero ya aquello pasó y ahora te tengo fuertemente asida. Debiera sentirte como una hembra y sigo paseándote los labios por las mejillas, por la frente, las manos bien hundidas en tu pelo y húmedos los ojos.

—Te acuerdas de aquel poema que me mandaste con Dominguito el día de mis Quince, — dices con la mayor naturalidad saliéndote de entre mis brazos.

La noche rueda por el suelo. Entre todos aquellos supuestos poemas no recuerdo ni uno que no estuviera lleno de indecencias.

—¿No te acuerdas? El de la electricidad para La Habana durante un año. —Y ríes, mundana.

Cuando al fin me recobro, me oigo decir desde una tumba remota:

—Te advierto que sigo siendo muy macho.

—Lo venía notando.

—Entonces te ofendió muchísimo.

—Entonces no estábamos en Miami.

Y dices el texto.

Cómo no acordarme. Entonces tienes doce, trece, catorce, quince años y yo te vigilo con los prismáticos desde mi cuartico en la azotea cuando llegas del colegio y te desnudas. Lo haces detrás de una puerta frente a un espejo. A veces cierras la puerta, pero por el ventanillo superior de la puerta, siempre abierto, te sigo viendo en el espejo de frente a la cama. Tienes un cuerpo limpio, hecho de loza esmaltada; unos pechos que son dos palomitas; las nalgas, redondas, compactas, brillantes. Entonces te llamo por teléfono para contarte que me la estoy haciendo en tu honor. Otras veces, me encaramo en una silla y espero a que mires por la ventana para sacármela por las hojas entrejuntas de la ventana de manera que nada más se vea ella sola, solita ahí, sin mí, pidiendo misericordia, y te silbo para que mires. Tiras furiosa las hojas de tu ventana y te vuelvo a telefonear y te pregunto si viste. Llamas a mi hermana por teléfono y se lo cuentas. A veces tu padre le da las quejas a mi padre. Papá dice que son cosas de muchacho, que me llamará la atención. Al día siguiente cierras bien las hojas de la ventana y la parte de arriba de la ventana y no sales al teléfono, pero al tiempo se te olvida y ahí estoy yo con mis prismáticos y ella parada y brillando con el sol encima por las hojas entrejuntas de la ventana. El enamoramiento no sé decírtelo de otra manera. Ustedes se dan mucha importancia, yo pienso que es por lo otro y sigo vigilándote.

Aquella ocasión en que el hijo de Candelaria me dejó entrar a tu cuarto, me escondí debajo de la cama. Y mientras te quitabas la ropa, soñaba con la vida que tendríamos el día que nos casáramos, en cueros por la casa, en cueritos como estabas entonces mientras yo me hacía una paja y tu ibas en cueros de un lado a otro abriendo gavetas, buscando en el clóset, hasta que, con un frasco de algo en la mano, entraste en el baño. Era el momento de irse. Pero no me fui. Me acosté en tu cama estiradito como si estuviera muerto, deseando que al salir del baño sucediera un milagro. Pero, por el contrario, empezaste a pedir auxilio. Dos días después me echabas la ropa y los zapatos por encima del seto. Y hasta esta noche de Miami, cinco años después, no he venido a enterarme de que en aquella oportunidad habías disimulado el susto que hiciste pasar a todos en la casa, diciendo que habías visto en el cuarto el fantasma de tu tatarabuelo, el jefe de estado mayor de Carlomagno, preguntando por el collar de perlas negras. Mira

todas las locuras que por ti había hecho, y ahora, solo me daban ganas de quererte y nada más. Acaso eso fue lo que hice siempre, quererte, y lo demás era aburrimiento, despecho. Son tan pocas las cosas inventadas para ser feliz...

En eso, llevándote la mano a la boca, bosteza mientras te estiras sin dejar de sonreír, y te lamentas:

—Pobre La Habana que tendrá que seguirse alumbrando y cocinando con electricidad pagada a pesar de que tan a la mano me tienes.

—¡Carla...!

—¿Qué...?

—No, nada.

Había vuelto la mano a su sitio.

—Creí que ibas a pegarme. Quizá fuera mejor así, ahora no lo puedo saber — dices, y te apegas a mi costado otra vez, dejando caer la cabeza en mi hombro. Después bostezas, y con dulzura dices—. Qué bueno, ir juntos.

No te entiendo, pero te rodeo la cintura con el brazo y me olvido de todo. Para que mi felicidad de esta noche fuera completa solo nos faltaría que Miami fuera La Habana. Mas, con el amor se puede todo y el corazón viaja lejos. Un estremecimiento me sacude. ¡Pensar que me gustaba pasear en convertible por La Rampa porque me recordaba esto! Nada aquí es aburrido ni la gente sombría. Esa no es Collins sino Galiano. Seguimos por San Rafael así como vamos, tu cabeza en mi hombro, mirando las vidrieras. Nunca antes lo hicimos pero hoy tenemos ganas y lo hacemos, nadie nos lo prohíbe. Quiero ver en *J Vallés* unas pintas nuevas que llegaron. Mañana pasaré a ordenar pantalones, dos o tres sacos deportivos, cualquier otra cosa. Después seguiré hasta *Mieres* a ver camisas, si me gustan, pasar mañana, firmar la cuenta y envíelas a casa. Pues no discrimino en eso; compro lo mismo en La Habana que allá en Miami según lo que me guste. En definitiva ir de tiendas es una aventura, un modo de no aburrirse. Damos marcha atrás. Pasas la vista por las vidrieras de *Fin de Siglo*. Una amiga te

ha comentado que Balmain tiene en su salón unos vestidos encantadores. Se ha hecho tarde, pasan de las diez de la noche. ¿Qué te parece si nos llegamos a Tropicana? Llegamos al parqueo de Galiano con su negrito de siempre diciéndote “Dogtol” mientras te limpia el parabrisas. Enfilamos por Malecón, para buscar la calle Línea. Iría manejando con una mano y con la otra ensalivándote la puntica de una teta... Pero no estamos en La Habana y tú no ibas a Tropicana ni salías sola. Tú eras una monjita para divertirse únicamente cuando tu padre daba un fiestón de aquellos con Olga Guillot y Fernando Albuerno y toda esa gente. Y ni entonces. Eran aburridos a más no poder. Los ingleses, les decían a ustedes. Mucha distinción y poca bachata. Y en vez de tus tetas es tu pelo lo que acaricio y estoy triste. ¡Los ingleses...! Pero sigamos para Tropicana, la cartera bien repleta. Mañana la volveremos a llenar. Gastas mucho, muchacho. Ah, qué te pasa, viejo, ¡qué quieres!: ¿que ande por ahí hecho un ridículo? Ya, ahí está: la arcada, las luces, la fuente con la bailarina... ¡Bah! Todo esto es una tontería. Las cosas son como son y no como uno quisiera. Y no es la bailarina la figura con un brazo en alto en una pirueta, sino la estatua del empleadito de los rusos meándonos de pies a cabeza.

—**E**stoy cansada.

—Es que son más de la una.

—¿Por qué tan callado?

—Pensaba... soñaba.

—¡Idiota!

Me cago en tu madre.

—¿Falta mucho para tu casa?

Te has apretado de nuevo contra mí. Tienes costumbres de gata. Con esos ojos, esa ropa y esa voz, y tus maneras. ¡Mi gata! Te me aprietas aún más. Allá arriba

hay un cielo blanco por la luna y las estrellas y acá abajo, tirada por delante, tu trenza de un lado a otro cuadra tras cuadra. Seguimos por West Flagler tomados de la cintura, bajo los lumínicos y el fuego de las tiendas. Empiezas a cantar entre dientes “María Bonita” y sé que cantas para mí. Vas subiendo el tono, me miras y hacemos un dúo. El aire, ya bastante fresco a esa hora, empuja una hoja de papel delante de nosotros, la alcanzamos, la pisamos, la dejamos correr nuevamente y otra vez volvemos a alcanzarla sin soltarnos de la cintura. Nos morimos de risa sin por qué. Caemos sentados en un quicio e inventamos los más extraños juegos. Soy un inmenso caballo de cola dorada. Pudiera escoger el mar pero prefiero el aire, te digo.

—Detalles, por favor.

Voy hilvanando una historia que tu mano transcribe, imaginariamente, con cuidada caligrafía, sobre tu enorme cartera negra colocada sobre los muslos a manera de libreta de notas.

—Prosigo. Punto y aparte. La luna se echa a un lado, las estrellas se apartan. Paso por Marte, saludo a una gente en Plutón. “Buenas noches”, me dice Dios. “El amor dirige la más grande orquesta”.

Pero ya entonces no ríes. Me tomas las manos con tus manos heladas, me las besas con lágrimas en los ojos y te quedas mirándome y temblando de miedo.

—Júrame que has visto todo eso.

—Te lo juro —y se me salen las lágrimas a mí también.

Te echas con la frente sobre mi pecho, muy callada, mis manos entre tus manos muy apretadas contra tu pecho. Levantas la frente, besas de nuevo mis manos y al hacerlo las llenas de lágrimas, y entonces, muy distante, sin separar tus ojos de mis ojos, lo dices, lo suplicas.

—Quédate conmigo esta noche.

Yo también me dejo arrasar por la ternura.

—¿Para que tu padre nos mate? No, señor. Te quiero para casarme. Siempre soñé casarme contigo.

—No hables, no digas nada. Dime que sí nada más.

Hablas bajito, dulcemente, y me miras como si me estuvieras diciendo adiós. Lloras.

—Pero Carla...

—No digas nada. Te ha colocado el dedo sobre los labios y ya entonces no se debe hablar.

¿Te quedarás? Contéstame por señas.

—No. No te quiero perjudicar.

—No me harás ningún daño. Me lo harás si sigues hablando. No debes hablar. No va a pasar nada, te lo aseguro.

—¿No va a pasar nada y todavía no has cumplido diecisiete?

—Estamos en Miami, Tom.

Te echas, te doblas sobre mí y te quedas ahí afincando la cabeza contra mi pecho, en silencio.

Te acaricio a lo largo de la espalda.

—Boba, bobita. Tú verás... Deja que encuentre un trabajo.

—Lo que yo quiero es que te quedes conmigo esta noche, no que te cases conmigo.

—Tonta, tonta —me vuelvo loco de ternura yo también— Gracias por esta prueba de amor que me das; te juro que nunca la olvidaré. —Te saco la trenza de abajo y te la beso, te beso en la cabeza, en la espalda, en la nuca, me vuelvo loco besándote por aquí, por allá, apretándote contra mí, aplastándote —Boba, bobita...

Y lloro, tal vez río, no sé. Por fin te tengo muerta de amor entre mis brazos.
Muerta. Y vibras, tiembles, tu corazón golpea sobre mi vientre.

—¿No quieres?

Claro, claro que quiero. Por un instante me dejo llevar por la ilusión. Mañana mismo nos casaremos y todo quedará arreglado; convenceré a papá, le andaré en el cofre a mamá: me fugaré con un par de aretes, una gargantilla, dos de los brillantes del sobrecito escondido en el forro de la maleta vieja. Pero de entre el sueño surge la realidad poderosa: ¿Con qué?

¿Dónde podríamos quedarnos esta noche? Ni a tres dólares llega lo que traigo encima.

¡Malditos rusos! ¡Qué va!, esta gente no puede durar mucho ahí.

—¿En tu casa no dirán nada? —me excuso.

—No, no dirán nada.

—Mientes. A ver, mírame.

Te incorporas con mis manos entre las tuyas apretadas contra el pecho, y me miras, totalmente desamparada:

—No dirán nada.

¡Dios mío...! Es la sordera general, el estupor. De arriba caen saxofones, cornetas, pedazos de piano.

Pasa un siglo.

Por fin me atrevo a preguntar, pero ya de oficio:

—¿Acostumbras a hacerlo?

—A veces.

La calle termina de hundirse bajo mis pies. Grandes ecos lo repiten dentro de mí, altoparlantes enormes. Tendré que buscarme un par de oídos nuevos para el porvenir. No sé si he muerto o si estoy ahí, sin memoria.

¡Pues mira! Un dólar es todo lo que traigo encima y todavía tiene que durar hasta el sábado. ¡Y para que te enteres! Es bueno que sepas que no tenemos dinero aquí, que nosotros tampoco logramos salvar nada, que esa casa que viste ahí con jardín y embarcadero es prestada y que ese jamón nos lo regalaron.

¿Comprendes? Así que entérate.

Te lo he dicho brutal, despiadadamente, para que te enteres. ¡Venir a hacerse ilusiones con uno! ¡Con uno! ¡Y pásese usted una tarde mirando el cielo, contemplando las estrellas! ¡Dios mío! ¿Habrán pasado once meses o serán quince mil años?

—Yo no te he preguntado eso.

Lo dices al cabo de un largo silencio con grandes lágrimas transparentes que se detienen para quedarse fijas y rodar de golpe, sólidas, brillantes, como gotas de un cristal muy fino empujadas por un dolor demasiado grande. La voz te tiembla.

—Tengo tres dólares.

—Cualquier motel vale más —preciso, todavía sin salir de mi estupor.

Me miras sorprendida.

—¡Despierta! ¿Dónde te has creído? Aquí tienes que ir a casa de los cubanos.

Pero ya en ese momento no podría yo articular ni una palabra. El pavimento me ha devorado al fin.

—Por aquí mismo hay un buen lugar.

No contesto. Ni podría. No me salen las palabras.

Echamos a andar hacia el buen lugar como un par de fantasmas en silencio. Tu cabeza ha vuelto a enroscarse en mi brazo. Con la misma mano de ese brazo, pasada alrededor de tu espalda por debajo de tu brazo derecho, acaricio la punta de tu trenza sobre el ombligo y la siento muy helada. No debiera importarme, pero me importa. Es como llevar apretado contra mí mi propio cadáver. En el fondo soy un sentimental y un mierda.

Subimos los cuatro escalones de madera. Tocas a la puerta.

—Cómo se demoran.

—¡Ya! ¡Ya! —gritan desde adentro.

—¿Es que no oyen?

La puerta se abre junto con la luz que se enciende. Antes nos vieron por la mirilla. Es una mujer ajada, medio tiempo ella. La conozco de alguna parte, tal vez de la crónica social.

—¿Qué maneras son esas, Carla? ¿No sabes qué hora es?

La paras en seco con una autoridad que no te conocía:

—Tenemos sueño y queremos dormir.

—¿A esta hora? ¿Estás loca? Todo está alquilado.

—Entonces, levanta a la niña.

La mujer nos mira indecisa. Buscas en la cartera, sacas el dinero, se lo agitas en la cara:

—Te doy un dólar más. Aquí están. Tres.

La mujer se da vuelta, dice que lo va a consultar con el doctor. Regresa. Pasamos al cuarto. ¡Dios mío! No quisiera yo que mi sarcófago fuese tan pequeño. Sería horrible pasarse toda la muerte con los pies salidos del sarcófago. Cuartos como este, ¡no digo yo!: cuarenta se podrían hacer en una casa pequeña.

Tiras la cartera en un rincón. Comienzas a quitarte la camisa por sobre la cabeza. Las tetas quedan cimbreando como un arco disparado. Ahora son más grandes que el año pasado y los pezones están ligeramente salidos. De haberlas visto a ellas solas por la ventana no las habría reconocido. Debajo de la izquierda tienes una enorme mordida. Te quitas el slack, el blúmer de un tirón. ¡El bollo, Dios mío! Es el mismo de siempre, lo reconozco perfectamente, sin duda un poco más peludo. Te das vuelta y cuelgas la ropa en un clavo del tabique, empinándote en la punta de los pies. Son también las mismas nalgas redonditas del año pasado, no han cambiado mucho; quizá un poco más grandes, más esbeltas: quebraditas como siempre: tersas, pulidas, brillantes, pero mordidas, marcadas.

Entre los muslos, junto a la nalga derecha, otra mordida. Y otra en la espalda. Junto a la nuca. Debajo de las costillas. Un morado por donde quiera. Te das vuelta inocentemente y te metes en la cama abriendo las piernas sin cuidado: inocentemente también. ¿Una? ¡Veinte mil mordidas! ¡La barriga! ¡Dios mío...! Te han arrasado. La luz te da encima y no me puedo contener. Con una mano el pantalón y con la otra la camisa me quedo en cueros y caigo sobre ti como un animal, como un pulpo, como todos los perros del mundo desatados sobre un importante desperdicio. Ya no puedo ser tierno, ya no puedo estar triste. Estás bajo la luz. Para volver a ser tierno harían falta la oscuridad, las estrellas arriba, un árbol cerca.

—¡Quita, bestia! ¡Saca eso de aquí!

Me echas a un lado con violencia.

—¿Eh?, ¿pero qué te pasa?

—Quiero dormir, tengo sueño,

—¡Cómo! ¿A mí...? ¿Por qué me has traído?

Te encoges de hombros, cierras los ojos con dulzura.

—Quería dormir contigo, lo quiero, pero no esto.

No entiendo. ¿Qué pasa aquí? El pecho empieza a darme vueltas dentro del pecho.

—¿Vas a venir ahora a dártelas de decente?

Casi lo suplicas:

—No es eso. Es que quiero dormir contigo y nada más.

—¡Coño!, ¿pero a qué tú le llamas dormir?

—A dormir. A que te tiendas a mi lado, a que te duermas. ¿Es que no puedes pensar en otra cosa?

—¿Y todas esas mordidas?

—A ti no te importan.

Te agarro por la trenza, por los ojos.

—¡Qué va! ¡Tú tiemblas conmigo esta noche o yo te mato!

—¿Qué? ¿Con guapería...?

Te has incorporado.

—¡Sí! Con guapería, sí.

Coño, qué ganas de meterte un bofetón. Otro. Y otro. Te agarro por el pelo y trapeo el piso contigo, hija de la gran puta. Pero has abierto los ojos extrañamente, y has abierto las piernas de par en par:

—Ven, súbete.

—¿Así?

—¿No es lo que tú querías?

—¿Y de tu parte?

—Yo no quiero. Ya te lo dije. Yo te sirvo, ven.

Y te abres aún más. Más. Continúas abriéndote. Adelantas el pubis suspendiendo las nalgas, afincándote de nuca, de espaldas contra la colchoneta pelada. Las rodillas sobresalen a ambos lados de la colombina. Y te abres más. Más. La vida ha huido despavorida de entre mis piernas. En mi memoria se abre paso el recuerdo de un túnel inmenso por donde pasan camiones, locomotoras, rastras cargadas con vacas, con plátanos verdes. De alguna parte surge un espantoso olor a gasolina. Es horrible, eres horrible.

Agarro de un tirón el estómago, el pantalón, el corazón de tu madre.

—¡No!... ¡no te vayas...! —Te me tiras encima, desenfrenada, gritando aterrada—: ¡No!... ¡no te vayas...! —Te agarras a mis piernas, te vas dejando caer hasta mis pies, desde la cama: sollozando. Te doy con la rodilla en la frente; hago por ponerme el pantalón; no hago caso del calzoncillo en el suelo, un calcetín.

Hasta desnudo me voy. Pero estás ahí caída a mis pies: gritando, temblando. Te ha dado un ataque. ¡Yo hago lo que tú quieras, lo que tú quieras...!, Lo repites incesante, tremendamente. Me da rabia, me da lástima; no sé qué hacer. Además, quién sale ahora. Los vecinos gritan, dicen horrores. Los berridos de varios bebés. Los golpes en el tabique, el chancletear en el piso. La voz de la señora que nos abrió la puerta grita desde la sala que si el doctor se despierta nos botará. Hasta nos mientan la madre. Por encima del tabique comienzan a caer periódicos, revistas, latas de cerveza vacías, un cuadro con la foto de Eisenhower, chancletas. El escándalo no puede ser mayor. Cae hasta un zapato de un tipo que lo vendrá a buscar por la mañana. Tú sigues aferrada a mis piernas, a mis pies, gritando que haces lo que yo quiera. Y está alguien pateando la puerta. ¡Dejen dormir, cojones, que esta es una casa decente! Otro por allá grita que lo que hay que hacer es echar abajo la puerta y sacarnos a patadas.

—Está bien, está bien —te calmo—, no me iré. Si salgo me destoletan.

—¿De verdad?

—De verdad.

Te vas serenando. Me da pena. Eres una cosa caída sobre mis zapatos. Te tomo por debajo de los brazos, te acuesto en la cama. Estás fría. Tiemblos. Qué linda carne que ya no quiero. Te saco la trenza de debajo de la espalda y te la pongo donde siempre. Nunca has estado tan bella como esta noche temblando con lágrimas enormes y una serpiente de pelo bajándote por entre los senos. Me siento la peor de las sabandijas. He querido tenerte a la fuerza. En otro caso no me importaría, pero contigo sí. Eres una yegua pero no quiero lastimarte.

Otros te tienen, pero yo no debo tenerte a la fuerza. Me tomas la mano, me obligas a caer de costado sobre tu cuerpo. Tiendo una pierna sobre tus piernas y no pasa nada. Tiemblos. Tiemblos. Te acurrucas. Vuelvo a quererte como esta tarde bajo las estrellas. No sé quién es más puerco. Posiblemente yo, quizá tú, pero te quiero. Esto se sabe en el corazón que aletea como un pájaro suelto dentro del pecho. No ves, no oyes, solo escuchas el pájaro allá dentro queriéndosete salir. Pero te aprietas el pecho con odio y no lo dejas escapar. Si daño hace dentro más daño haría fuera. Que siga allá adentro dando golpes, rompiéndose el pico, soltando plumas.

—¿Por qué no me pegas? —preguntas como quien pregunta por qué no le han traído un juguete.

—Sería como pegarme a mí mismo.

—Es una pena.

—¿Por qué?

—Digo yo —explicas encogiéndote de hombro, pero llenándote la cara con mis manos.

Se hace el silencio.

—Vamos, anda.

—No, ya no.

Te cierro las piernas y sé que cierro un libro. Aprietas aún más tu cara contra mi cara y algo caliente rueda hasta mi pecho. Ya no tiembles: lloras sencillamente y sé que lloras de veras. Me gusta que la gente llore así, calladamente. Quizá esto sea querer: hacerse daño, morirse una noche. Pasa un rato. La madrugada ha estado poniéndose fría y tu cuerpo junto al mío abriga silenciosamente. Tus ojos entornados esperan preguntas. Pero, ¿qué podría preguntar? Mañana pensaré esta noche con más calma. Desde ahora sé que hasta que no te tenga completamente mía porque a ti te dé la gana, porque tú me lo pidas, no voy a sentirme tranquilo ni dejarás de importarme. Si no lo deseabas, ¿por qué me trajiste a dormir contigo? Es tarde, no puedo saberlo. Esto hay que pensarlo en frío. Seguir pensando es volver a desearte, volver a echarlo todo a perder. No debo sin embargo darte la impresión de que no me ha importado. Algo debo decirte, preguntarte. Te paso la mano por la cabeza y la trenza duerme allá abajo. Una casi invisible sonrisa gira en tu boca.

—Carla...

—Si...

Es un susurro que casi te rompe las ganas de preguntar.

—¿Por qué con otros sí y conmigo no?

Te arrinconas más contra mi cuerpo.

—Tú no me das asco.

—No entiendo.

—Mejor —dices, y es como si hubieras dicho un elogio—. Duérmete.

Abro los ojos y tengo la impresión de algo tibio sobre la frente. Es una tenue llamita húmeda, redonda. Te busco a mi lado y no estás pero están tus nalgas,

puliditas y redonditas, otra vez tus nalgas, empinadas sobre la punta de los pies alcanzando la ropa. Sí, las reconozco. Son tus nalgas de La Habana, tus mismas nalgas de entonces, saludables, malvadas, y un viejo furor renace entre las sábanas.

Ay, tus nalgas, Tus nalgas de entonces amanecidas aquí, frente a mí; alzadas sobre los pies, junto a mí. Soy el hombre más rico del mundo esta mañana. El mundo es un par de nalgas. Y tus nalgas sobre mi cara, junto a mi cara, alrededor de mi cara. Algo va a pasar aquí. Tiene que pasar. Pero tus nalgas me han oído, han escuchado mis ideas. Te vuelves con una tímida, dulce sonrisa inocente, como para apagarme. Y entonces ya no es posible. No es posible, Carla, y tú lo sabes. Tus nalgas también. ¡Dios mío! ¿por qué me has traído aquí, entonces?

Te tiras la trenza por delante, te sientas en la cama. Me das otro beso en la frente. Los ojos se te iluminan.

—Sigue durmiendo, apenas son las diez; no demoraré mucho.

—¿A dónde vas?

—A una gestión, pero vuelvo enseguida.

Caes desnuda con tu trenza sobre mi pecho desnudo. Tratas de aplastarte contra mi pecho pero tus tetas te lo impiden: te levantan. No son tetas, ¡ay Señor!: son un par de muelles. Estoy loco. Y debajo de las sábanas más loco todavía. Veo visiones, nalgas, tetas colgando del techo junto a la puerta, racimos de nalgas, grandes estibas de tetas. Y en tus ojos el tiempo de las nalgas.

—¿Te quedarías aquí conmigo una semana?

—Claro, claro —he dicho sordamente—. La vida entera. —Y te aprieto una nalga, con amor.

Te pones la ropa, me tiras un beso agarrado con la punta de los dedos.

—Vuelve a dormirte.

Y me duermo.

Es un sueño muy raro porque en el sueño sé que me hallo soñando. Es raro también porque en la fiesta de esa noche en el patio de tu casa en La Habana alternan Olguita Guillot y Fernando Albuerne, ella la cantante preferida de tu mamá, y él, el cantante preferido de tu papá, pero nunca actúan los dos a la vez. Detalle por el que por lo general en casa sabíamos, si la fiesta era por tu papá o por tu mamá. Por lo general, porque si traían a Olga y Tony, solo por los periódicos del día siguiente se sabría por cuál de los dos era la fiesta. Pero esta noche del sueño alternan Olguita Guillot y Fernando Albuerne y yo estoy sin camisa en la ventana de mi habitación de la azotea, buscándote con mis prismáticos. Cosas y gentes van pasando distorsionados en aquel patio de penumbras en colores, pero no pasas tú. Sin saber cómo ni cuándo, me he descolgado por la ventana, me he escurrido por el hueco en el seto y estoy en la fiesta. Para no ser reconocido, me he embutido en el uniforme de un camarero al que le he pegado una llave de judo, lo he amarrado y le he sellado la boca con esparadrapo, y no sé qué pueda haber hecho con su cuerpo, tal vez lo he metido en el maletero de un auto, pero no estoy seguro y esto me preocupa. Confundido con los demás camareros, voy por la fiesta repartiendo tragos, bandeja en alto, con la elegancia de un profesional. Tu madre, tenida por una de las damas más elegantes del mundo habanero, viste un vestido azul turquesa muy descotado. Por supuesto, luce su famoso collar de perlas negras. Preciosa joya que según la leyenda está en la familia desde los tiempos de Carlomagno. En eso, mientras te la enseño en un aparte y además te convengo de agarrarla, de tenerla ahí, quemándote la mano y el alma, porque necesito que acabes de comprender; tu padre me ha descubierto, y se desgañita anunciándolo desde la tarima de los músicos. Para entonces estoy en cueros, me encandilan unos reflectores que me han plantado encima, y todos los de la fiesta corren detrás de mí para cortármela.

Tropiezo con una silla en la piscina, me agarran, y cuando ya casi siento el frío del cuchillo, Irma, la madre Arturito Quintero, mi condiscípulo en Belén, lo impide. Empuñando una Luger que mágica sacara de entre las piernas, dice que si a la cuenta de tres no ha soltado el grupo los cuchillos, empezará a volar cabezas. Es obedecida, e Irma, la peligrosa rubia que ponía la playa al revés, se arrodilla humilde delante de mí, extasiada. Iba ya a metérsela en la boca, cuando llega tu padre con la policía. En la perseguidora, en el asiento de atrás, aguardándome, estaba el coronel Esteban Ventura Novo de traje de dril cien, prendiendo un cigarrillo. Imitando la voz lúgubre de Ángel Espasande, me dice enseguida: “El destino está en sus manos”. No era una frase de él. Era el título del popular programa radial que narraba Ángel Espasande.

—**D**esperta, manganzón.

Eres tú, de nuevo.

—Con ustedes en los tiempos de La Habana estaba soñando —digo, aliviado.

—Entonces no me lo cuentes.

Te has cambiado de ropa. Traes un pequeño maletín de la Panam. Te sientas en la cama, me hundes las manos en el pelo, vuelves a besarme en la frente. La vida no te cabe en el rostro, el corazón no te cabe en el pecho, las manos no se te están quietas en mi pelo, entornas los ojos, tarareas una canción. Sacas de mi cabeza el índice, arrastrándolo hasta la punta de la nariz, presionas suavemente hacia los lados y hacia abajo; ríes y es un relámpago en tu boca. Me tomas por las orejas y me batuqueas. Tomas mi cabeza y te la quedas entre tus brazos sobre el pecho, afincada contra la barbilla, y me meces como a un niño.

—Vámonos para el cuarto de ahí al lado. Se desocupa a las doce y lo he alquilado por una semana. ¿No te parece estupendo? —me besas en la frente.

—¿Cómo que lo has alquilado?, ¿con qué?

—Un dinerito ahí...

—¿Pero ahí de dónde? No creo que te hayas atrevido a sacrificar a tu padre así, por gusto.

Ustedes no están para tanto.

—Un tipo con el que me acosté. Me dio quince dólares, todavía quedan tres para ir a desayunar. Vamos.

Se me congela la lengua. Un humo frío me baja del cerebro hasta los pies. ¡Será posible! Un tipo con el que se acostó. ¡Un tipo con el que se acostó! ¡Dios mío!, ¡Un tipo con el que se acostó! Me amarro los puños con orgullo. Debo comportarme como quien no ha oído, como si nunca hubiese escuchado algo así. Es mi hombría, mi dignidad de hombre la que está en juego.

—¡Ah!, otro tipo con el que te acostaste por dinero.

—No es “otro”. Por dinero es el primero.

—¿El primero?

—Sí, pero no te preocupes, es un viejo. Desde hacía rato me había ofrecido quince dólares y como hoy se dio esto del cuarto...

—¿Y las veces anteriores?

—Nunca ha sido por dinero.

—Es decir, ha sido por puta,

Te has llenado de furia. Tiembles. Me insultas.

—No te entiendo —digo por no irte para arriba.

—¡Qué vas a entender tú!

Será mejor que me vaya. Encuentro los zapatos: uno debajo del camastro, el otro debajo de una silla con la palangana de agua para lavarse. En la vida me vuelve a

ver el pelo. ¡Putá! ¡Degenerada! Pero qué cosa más grande... Un tipo con el que se acostó...

— ¿Entonces no vamos a desayunar juntos?

—Otro día, mañana.

—Y yo que quería ir contigo a Bayfront Park. ¿No te gustan las palomas?

—Mañana.

Estoy vestido, ya con las manos puestas en la tranca atravesada sobre la puerta. Te habías dejado caer en la cama, boca abajo. Lo dices, musitado, con mucha dulzura:

—¿Por qué no me pegas?

—Ni soy de esos, ni veo el motivo.

Sigues boca abajo. Dudo.

—Hasta la noche.

—Mejor no vuelvas, puede ser que esté con otro.

—¡Por mí puedes estar con la infantería de Marina de los Estados Unidos completa! Tiro la puerta. Dentro oigo el estrépito de la tranca.

Nadie a esas alturas del '60 entendía qué esperaban los americanos. Todo había sucedido conforme lo predijera papá en La Habana. En eso nunca se engañó. Abogado ducho y antaño medio marxista o digamos, gente que leyó marxismo y fue amigo de marxistas en los años del Directorio Estudiantil Revolucionario del '27, desde que vio entrar el primer barco ruso cargado de petróleo en el puerto habanero lo dijo. "Si dejaron pasar ese barco dejarán pasar los otros. Con petróleo y con lo que traigan".

Ahí se convence de que ha estado perdiendo el tiempo. Pide mesura en sus comentarios a los asistentes de sus tertulias en casa, menciona el peligro de los criados, lamenta el que significo yo mismo, que lo tengo amenazado con dar cuenta al G2 de todo lo que allí se dice, pero no las clausura. Eso llamaría la atención. Ni Menéndez, mi padrino y su mejor amigo además de asociado principal en el bufete, conocerá sus pensamientos a partir de la entrada en puerto de aquel buque petrolero que hasta hoy he recordado como el fin de una época. Nunca fue de confiar en nadie. Solo con mamá se confesaba, y eso, hasta cierto punto. Cuando se metió en la conspiración de Aureliano Sánchez Arango para salir de Batista, mamá no vino a saberlo —ni yo, ni nadie en casa— hasta la huida de Batista. Y de no ser porque se dio la casualidad, también ahora después del '59 cuando por segunda vez entró en inteligencia con Aureliano a través de terceros, se queda mamá sin saberlo.

Son días y situaciones a las que a menudo he vuelto, aterrado del papel en que a veces se ve uno colocado por las circunstancias. Si Allá en La Habana por poco mato a mamá del corazón, Acá en Miami por poco mato a papá. Pero tampoco estaba en mis manos evitarlo y seguir siendo un hombre libre: papá y mamá hicieron su elección, yo tenía derecho a hacer la mía. Descompadramiento, por cierto, que empieza sin que medie palabra con ellos.

Ni siquiera tenía pensado verlos esa mañana. Con ese fin, entré por la puerta del fondo que da directamente a la piscina, donde me detuve a jugar con Coronel, mi perro de la infancia, ya viejo y en plan de morir pero al que no había tenido valor para dejarlo en Cuba. Aunque mi cuarto es amplio, no quepo en él esa mañana. Voy de la cama a las ventanas. Me siento, me acuesto, pero sigo sin caber allí. La galaxia misma me quedaría chiquita. No haberte asesinado cuando apenas un rato antes te oí decir que te habías acostado con un tipo por quince pesos, seguía haciéndome sentir el más pequeño, miserable de los hombres. Cuando menos, haberte torcido el pescuezo, cortarte en pedacitos con una hachuela y sentarme en un banco de parque a ver cómo se lo comían los perros y las hormigas. No me

perdonaba no haberlo hecho. Bajo al jardín. Sigo demoliéndote. Un brazo, una pierna, los ojos, cabrona.

En eso, decía mamá:

—Oiga eso.

Los había venido oyendo conversar sin oírlos. Eran ella y papá y mi padrino y mi madrina: Menéndez y Evelia. Más que padrino, Menéndez era en lo espiritual un tío muy querido. Tipo abierto, democrático, con el que se podía uno confesar. Sorprendiéndome, cuando cumplí quince años me llevó a un bayú de lujo y le dijo a una joven puta, muy entendida ella: —Entréname ahí, Susana, haz de él un As—. Menéndez, caramba, mi padrino.

Como casi todos sus allegados, él también había creído que aquello sería algo pasajero, cuestión de precio. El doctor Castro —quien todavía en esos tiempos era para mí Fidel—, era un ser humano, luego entonces, qué miedo podría inspirar.

—Ánimo, ánimo. Se le da un ingenio y el hombre entra por el aro—; y papá, largovidente como siempre, —¿un ingenio?, ¡ay no jodas Menéndez!

Pues papá, que desde un principio lo caló, decía: este no quiere un ingenio, este quiere diez y, de poder, se apodera de la Isla. Pero bueno, admitía papá, cuando al fin en el '65 abandonara el tipo la presidencia, después de cuatro años de gobierno a partir de las elecciones generales que había prometido, el país volvería a su lugar, la palabra revolución volvería a su sitio del diccionario, y con los años, la revolución de 1959 no pasaría de ser un episodio pintoresco, algo así como La Chambelona.

De ahí el relajo que tanto gusto me diera en formarle cuando Fidel, haciendo de mí el revolucionario más feliz del mundo, anuncia que elecciones para qué. Dando papá por inmediata la llegada de los americanos como consecuencia de este anuncio, lo que a partir de ese momento discute con mi padrino y sus otros dos asociados en el bufete son los procedimientos legales más expeditos para la revocación de las leyes dictadas por el gobierno que ya daban con maletas hechas.

Qué días. Ellos viendo huir a Rusia a Fidel y a Raúl con la llegada de los americanos, y yo burlándome de ellos. Hasta una bandera del 26 de Julio me atreví a colocar en la fachada de casa. Y además de la bandera, planté en la puerta dos de aquellas chapillas que entonces abundaban en las puertas. GRACIAS, FIDEL, una de ellas, y la otra: FIDEL, ESTA ES TU CASA.

Y no los dejo en paz. Cada vez que en el ministerio tengo una media hora libre, vengo a casa, entro por el fondo, me escondo a oírles y les salgo al paso cuando más embullados están.

—¡Qué van ellos a creer en pastorales...!

Míralos cómo se acaloran. ¡Puaf! El escupitajo al piso. Las colillas. Las voces levantadas. Ahí... ¡cómense los hígados! No digo yo si la Reforma Agraria va. Claro que después de la Reforma Agraria tendrán que consentir otras cosas. ¿Y quiénes son ustedes para consentir o dejar de consentir? Ni lo que ustedes digan o digan los curas cuenta. ¡Ahora estamos al mando nosotros: los revolucionarios.

Y mamá, a diario: eres un inconsciente, y yo: “algún día había que hacer justicia”. “Estas hecho un perdido”.

—Por el contrario. Al fin me he encontrado.

—Ya te pesará, ¡te lo aseguro!

—No veo cómo.

—¿Y la herencia?

—Eso también está al ser cosa del pasado, mamá. Dinero, joyas. ¡Herencia! ¡Oiga eso!, herencia. Estamos en marcha hacia el comunismo, mamá. Aún no se ha dicho oficialmente, pero ya lo oirás decir. Me verás pronto con una chaqueta como la de Mao. Y todo el mundo aquí vestido como Mao.

—¿Qué escándalo se traen ustedes? —Aparecía en eso papá, asustado por los gritos de mamá—. ¿Ya empezaron otra vez?

—Es que la vieja no respeta mis ideas políticas.

—¡Qué ideas, ni ideas ni un carajo, so mocosol! ¿Crees que está bien lo que nos están haciendo? A lo mejor ahora mismo me avisan del Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados, de una citación redactada por ti mismo, cacho e cabrón. Traidor.

—Estamos haciendo un país nuevo, papá. No queremos ricos.

Desesperada, mamá, que había enflaquecido, un día me habla con un pomo de tinta de zapatos en la mano. Se lo tomará si no me detengo a oírla. Lo que para ella es un asunto de palabras para mí es un acto de fe. Zalamerías ligadas con quejas y súplicas. Admite que todos hemos estado un poco exaltados, deberíamos detenernos, no seguir. Ese matrimonio a la carrera de Laurita y Heriberto no puede estar bien. Él no es igual a nosotros. No señor, él es un comandante rebelde, uno de ellos. Esto afecta mucho a tu padre. ¿De veras lo has pensado bien? ¿Crees que es así como un hijo debería conducirse con sus padres, tú, lo único que nos queda? Sí, ella lo comprendía, todos los jóvenes éramos iguales. También tu padre de joven simpatizaba con todas esas quimeras. Incluso remó con Mella y Mella una vez le pidió prestada una corbata para una foto. No señor, no es que después hiciera dinero, es que después se hizo hombre. No, hijo, no, ¿sabes lo que a veces pienso?, pero no, eso sería monstruoso, ¿sabes? Me niego a creerlo. ¿Cuándo te ha faltado algo? ¿A qué edad te regalamos el primer convertible? ¿Quieres otra avioneta? No, hijo, no. Eres injusto. Pero si no es tan grave. Anda, ve y pídele perdón a tu padre, anda; renuncia en el ministerio. No me hables así, coño, no me hables así que me partes el alma. Primero fue aquella vez cuando te sacamos de la estación de policía casi en el último minuto. ¡Qué ideas ni ideas! ¿Ideas que van contra tus padres, que van contra Dios? Son tus malditos resentimientos. Ya te arrepentirás. Y yo muy sereno, muy lleno de lástima por ella, pero también muy sincero: ahora que todavía estamos a tiempo, dile que se ande con cuidado porque él es mi padre, y lo amo, pero ésta es mi revolución y estamos fusilando, mamá, estamos fusilando.

Papá, por esta época ya con sus cautelas de la otra vez y sus mensajes para equivocarse, del comentario de la marcha los acontecimientos y de alguna expresión

más o menos hostil contra Castro por parte de su gente, no permite pasar. Cuando uno de esos días el padre de Carla sugiere desesperado, acabar con el doctor Castro, eliminarlo, y secundándolo el gordo Acebal dice sí, pero ¿cómo?, papá, puesto de pie como sacado del sillón por un muelle que se zafara, está delante de aquellos dos, señalándoles la puerta de la calle y diciéndoles con su vozarrón de capataz de obras, aquí no se habla de eso. Condeno lo que hace el doctor Castro, pero no soy hombre de pensar en esas cosas. Arrepiéntanse, que Dios los está mirando.

Sucedía esto una de esas noches, sobre las diez, en que entre el trabajo y el placer me daba una escapada para ver cómo andaban las cosas por casa.

Qué tiempos. Qué tiempos. No dormíamos. En ocasiones nos cogían las cinco de la mañana en el ministerio haciendo informes, leyendo denuncias, en fin. Yo, muerto de sueño a esa hora terminaba muchas veces echándome en el sofá de mi oficina hasta las siete cuando llegaba la empleada de la limpieza. Semanas enteras así, durmiendo una o dos horas. Faustino, el ministro, igual, todo el mundo igual. Todo en ese año fue trabajar.

Trabajar y templar. Trabajar y templar. Todo el '59 día tras día. Tan mágico fue que hizo desaparecer, acabó, convirtió en leyenda remota a la Chaperona, aquel ser odioso, personaje cuyo agobiante acompañamiento era preciso sufrir si te otorgaban el privilegio de salir con tu novia al cine o de acompañarla a la iglesia. Seducidas por todo lo que parecía anunciar aquel año, durante un tiempo para mí el más bello de mi vida: jóvenes y viejas, solteras y casadas, no dudaron en incorporarse a trabajar por la revolución. Lo hacían voluntariamente, participaban en los censos, las veías organizando tómbolas o colectas para comprar equipos para la Reforma Agraria y así en mil tareas llegadas con el áureo porvenir que parecía haber comenzado. De manera que entre tarea y tarea nos era dable intercalar el cordial palito para bajar el almuerzo, un rapidito antes de la comida, y la singadita imprescindible de por la noche antes de volver a la oficina. Además, como se vivía una enconada lucha de clases, singar era también, un modo de confraternizar, de identificarse en lo ideológico.

Era en lo que menos pensaba aquella mañana en el jardín después de lo sucedido la noche anterior y la historia por la mañana del viejo y los quince pesos. Pues fue allí, en ese jardín, oyendo a papá ripostarle a mi padrino Menéndez, donde supe que la vida volvía a enfrentarnos. Me parece estarlo oyéndolo.

—Ni con él ni conmigo cuentas para ir a Cuba. Ahora es tarde, ahora que vayan los americanos a arrancar la mala yerba que dejaron prosperar.

— Me azoras.

Padrino tampoco iría, pero irían Javier y Manolo, sus hijos contemporáneos conmigo.

—Como si van tus suegros también, Menéndez.

—A mis difuntos padres no los metan en su brete —salta Evelia—. Ahora, dejarte quitar lo tuyo y no hacer nada, desdice de ti. Ya bastante aguantaste en La Habana. Eso aquí no se entendía, quienes te conocen no lo podían creer.

—Aunque lo pareciera, él en La Habana no estaba de brazos cruzados—precisa mamá sin entrar en detalles.

—¿Y Tom qué dice? —pregunta padrino—. Está al cumplir la mayoría de edad.

— Como si cumple dos mil. Tom hará lo que yo diga. Ya cuando Batista, por ventura logré salvarlo.

— Por Ventura no; gracias al general Salas Cañizares, Ventura te lo iba a matar.

A papá no le ha hecho gracia el chistecito de madrina Evelia. Bueno, ya veremos, me digo pensando en el porvenir que papá me ha comprado. Ya veremos. Desde meses atrás me venía hirviendo la sangre al ver a los rusos y a los chinos y a los demás camaradas de los países satélites, desembarcando armas Allá. A ese paso, dentro de poco estarían desembarcando ellos también y poniendo a los

cubanos a hablar ruso como antes hicieran con los lituanos y con los moldavos y con los estonios, y en fin, como pretendían hacer con todo el mundo...

Papá, en tanto, seguía acosando a padrino:

— Explícame, explícame ese sutil detalle dejado entrever por la sutil Evelia según el cual, quien no vaya ahora a Cuba, perderá sus propiedades.

Esto lo ha dicho casi gagueando, como hace cuando se encojona. Yo todavía no me he dejado ver. A Evelia y a mamá no les presto atención. Los cuatro están en la terraza techada entre la sala y la piscina, unas veces hablando entre sí y otras en conversaciones cruzadas.

—Bueno, —contemporizaba padrino—, todavía no se ha hablado de eso, pero quién quita.

Comeré algo en la cocina y volveré a mi cuarto. Necesito estar solo, pensar. En eso la vieja me descubre. Ve mi cabeza escurriéndose por debajo del ventanal y me llama.

Entro y saludo a Evelia y a mi padrino. Aplacándose, papá, que a su modo lo estima, además de tenerlo de socio principal no solo en el bufete, le está diciendo que él ha venido a Miami a quedarse, cosa que antes no había tenido la oportunidad de decirle. Ya cuando Machado, y padrino no podría haberlo olvidado, hizo cosas que no dudaría en hacer de nuevo de concurrir las mismas circunstancias, pero cosas que no ha logrado olvidar, por lo que tampoco ha podido volver a dormir en paz. Por eso, hubiera deseado que yo no me metiera en nada cuando Batista. No tiene palabras para agradecer que Ventura me haya detenido.

— ¿Pero, y lo de Allá, entonces?

— ¡Vete al carajo, Menéndez! No me presiones —Papá se ha puesto en pie hecho un miura—. Es más, por si alguien se les ocurriera desenterrar, vaya usted a saber cuál precedente para despojar de lo suyo a quien no vaya para Allá ahora,

tampoco eso me haría cambiar de opinión. ¿Me entiendes? Tampoco. En definitiva, como predicó San Pablo, de qué vale ganar el mundo si pierdes el alma.

Padrino se ha quedado sin palabras, e igual mi madrina. Le había estado contando a mamá, ahora que ya podía hablarse de eso sin avergonzarlo, decía, el susto que padrino le había hecho pasar cuando con el tajo de tierras que le metiera la Ley de Reforma Agraria, se le quedó impotente durante once meses. Papá, a quien todos creíamos hereje de marca, agregaba que en definitiva él, hijo de talabartero que para poder estudiar en La Habana trabajó en una tarima en el Mercado Único, empezó de cero a la caída de Machado. Hoy tenía el doble de su edad de aquel tiempo, y el doble de la experiencia y los contactos con los que entonces no tuviera. Con ese presupuesto se proponía empezar otra vez, pero Acá, en Miami. Por lo pronto, estaba en tratos para comprar una estación de servicios de esas donde venden gasolina y aceite y neumáticos. Comienzo, exploración, modo de ir tomándole el tamaño de bola al lugar. La Florida le parecía una tierra llena de posibilidades, un país aún por hacer.

Largo silencio expectante que rompe madrina Evelia, dice que papá ya cambiará de opinión. Tiene mucho que perder. Papá no la deja seguir. Parándola en seco, revienta. Cojones, pero ¿qué es esto, Menéndez? ¿Una confabulación en la que has implicado a tu mujer?

— ¿Y Laurita? — pregunto con falso interés, para suavizar la situación.

Mamá, que ha de estar implorándole a Dios para que papá vuelva a sentarse, me responde con tono exagerado, que Laurita está en su habitación con el bebé, que le está dando una lata... La dentición, comenta madrina Evelia, sabiendo que por su edad el bebé no puede estar en lo de la dentición, y ahí está mencionando supersticiones y remedios para los niños cuando están en ese periodo. También padrino teme, lo conoce, sabe que cuando papá se levanta de su asiento en medio de una conversación o se pone a gaguear, es de salir a esconderse. Aprovecho para escurrirme con el cuento de ayudar a Laurita.

— La pobrecita —digo.

Me armo en la cocina un sándwich con jamón, mantequilla, queso, pepino, mostaza y lascas de pavo asado, aprieto todo entre dos tapas de pan de flauta y lo pongo en la plancha. Mientras se tuesta, me sirvo un vaso de leche, y dejo el litro al lado. Me vuelvo al oír pisadas. Es Laurita, con los ojos enrojecidos, y metida en las botas militares de su marido.

— ¿Llorando otra vez por el basura ese?

—No es ningún basura. Es mi marido y el padre de mi hijo. Y respétalo, que es más hombre que tú...

— ¿Más hombre que yo...?

Laurita sospecha que fui el delator de Heriberto y él también lo creía. A esas sospechas, que rompieran lo que había sido una gran amistad, vinieron a unirse después los problemas ideológicos. Hubo, incluso, un mediodía en que por poco nos matamos en Palacio. Tenía el muy cabrón la realidad delante y no la veía o no la quería ver. “Me imagino cómo andará eso por allá”, me había dicho, y yo, “dan asco, te lo aseguro, Miramar entero da asco”.

—¿Qué dicen de mi boda con Laurita?

—Cómo no te muevas rápido...

—¿La sacarían del país?

—Ya viste cómo a mí me soplaron para Nueva York.

—Tampoco hiciste el esfuerzo por volver.

—Porque allá era más útil ayudando a conseguir dinero y armas.

—Pero menos peligroso.

—¿Te atreverías a acusarme de pendejo?

—¿Crees, entonces, que la saquen del país?

—¿Te pregunto si me estás acusando de pendejo?

Estaba tenso, me observaba como si algo le picara.

—Digo, ¿te atreverías a acusarme de pendejo?

—Los tienes amenazados, me ha dicho Laurita.

—No has contestado si me estás acusando de pendejo; en cuanto a lo de amenazar, yo no amenazo, yo digo la verdad.

Esto lo acaba de enfurecer.

—¿La verdad, cuál verdad?, ¿qué coño estás insinuando?

—Insinuando, nada, diciendo lo que es.

—Insinuando, sí, insinuando, ¡una cosa son las leyes justas, necesarias, y otra muy distinta la destrucción de la propiedad privada! Eso quisieran los ñángaras.

—¿Y qué coño somos nosotros, marcianos?

Eso fue de pistolas sacadas y todo. Por fortuna, bajaban de ver al presidente Dorticós, Carlos Franqui y Faustino Pérez.

—No lo dije por lo que tú piensas

—¿Y cómo puedes tú saber lo que yo pienso, Laurita?

—¡Como tienes el complejo de que él se fue a la Sierra y tú te quedaste en Nueva York...!

Mejor no presionarla. Además, me tiene abrazado. Sabe que me ha herido, pero me tiene abrazado y ha roto a llorar.

—Olvídalo. No se lo merece.

—Pero si ya lo olvidé.

—¿Y por qué lloras?

—Por el niño.

—¿Y esas botas?

—¿Cuáles botas? ¡Ah!, no me di cuenta.

Parto mi sándwich a la mitad. Le pongo una en un platillo. Lo rechaza.

—Ni un bocado me pasaría.

—Estás muy desmejorada, tienes que comer.

—No es eso. Es el niño. No me deja dormir.

Ya desaparecía hacia la escalera con una bolsa de agua caliente. Sin esperanza le pregunto si tiene diez dólares por ahí. Verdad que no lo necesita, dice, pero desde que vinimos, papá no le ha dado ni un centavo. En esto, entraba papá. Y definitivo, plantándoseme delante:

—Ya tu padrino me estuvo hablando de la perla que anoche nos sentaste a la mesa. Tienes que haber estado loco. ¿Cómo cojones se te ocurre? Este es un hogar moral.

—Así que San Pablo, ¿no? —le respondo con ironía.

Como antes de anoche no dormí, ayer a media tarde me quedé dormido al empezar a leer unas lecciones de combate dentro de la ciudad. Las utilizaron los americanos en Berlín, y en Cuba van a serme útiles. Sé lo que digo. Al contrario de lo que algunos creen, las milicias y el ejército nos presentarán batalla. También me puse a leerlas para no pensar en la hija de puta. Laurita, en cambio, no durmió, pues el bebé estuvo llorando toda la noche, cosa de la que me estoy enterando ahora a las ocho por mamá. La pobre, en su manía de temer por mí, ahora teme que Carla me haya pegado una gonorrea o una sífilis. Viendo la prisa con que estoy devorando el desayuno, me dice: te vas a atorar. Sabe que no quiero dar tiempo a que papá me agarre en la cocina y se ponga a interpelarme sobre el trabajo que no acabo de encontrar. Hoy ni estoy para discusiones sobre mi derecho a participar en la liberación de Cuba ni para que me vuelva a

sermonear respecto a Carla y todo lo otro de ayer aquí en la cocina. A dónde iré, no lo sé. Esta no es La Habana. Este Miami de nuestra llegada, es estar frente a la Nada. Miami es demasiado nueva para tener historia o somos nosotros en ella los demasiado nuevos.

Es un drama sordo que se incubaba con violencia en el corazón, que llega a hacerte dudar de tu propia existencia. Nada de lo que ves tiene sentido. Eres un extranjero en un planeta inventado ayer mismo. Un planeta donde ya no eres el turista. Ya Miami no es el anuncio en la revista Bohemia, la valla en las carreteras, la tarjeta postal que se envía a los amigos con la vista de grandes hoteles, un pedazo de playa azul; el paraíso alucinante donde todo era posible, las tiendas inmensas donde solíamos llenar las maletas al entrar el verano, el cielo a donde se va los domingos. Ni este Miami es el de antes, ni nosotros los de entonces somos los de ahora. La película ha terminado. Y Miami continua pasando por tu lado dando miedo con su mudez inmutable, parecida a una cinta de ciencia—ficción en la cual unos terrícolas extraviados buscan la ruta del regreso, y no saben, no saben si Miami está en Estados Unidos o en el sitio más desolado del espacio. Nadie en ella se conoce y a nadie le importa nadie. Todo lo que antes llenó de codicia los ojos del turista ha cobrado de pronto una vida monstruosa. Del cielo caen vigas, escaparates, pent-houses enormes que ningún corazón resistiría. Cuando al fin te quedas sin un centavo, desaparecerán en los establecimientos las últimas breves sonrisas. La ciudad quedará sumida en la más profunda oscuridad. Te sentirás entonces más solo que el primer hombre. No hay callejones en la memoria que puedan salvarte, escaleras de incendio por donde huir. En Miami nada conduce a ninguna parte. No me resigno a un destino de extranjero eterno en este planeta acabado de inventar.

Inspirado, al pasar por lo de Cheo, juego el 18. El versito de la charada decía: “Huequito que hiede mucho”. Esa es la trampa. El punto, por supuesto, pensará en el bollo, que en la charada china es el 35. El pescado también hiede, me digo, y anoche soñé con un pescado que por chiquito lo tiraba al mar de nuevo mientras revisaba la lancha en que vinimos de Cuba. Por si acaso, también le puse algo al

chivo, y al pescado grande, los dos con pase para la Bola y combinaciones de parlés de los tres. Quién sabe. Si no todo, a lo mejor algo de lo que en estos días me he jugado lo recobre hoy. O no podré seguir jugando. El empleo que busco sigue sin aparecer.

La última esperanza era el doctor Concheso, a quien tenía por gerente de la Camaronera. Pero allí nadie lo conocía. ¿Cubano?, dice pensativo el guardajurado después de buscar en el registro de personal, puede que esté aquí pero trabajando con otro nombre, nunca se sabe con esta gente. Juzgándome americano por mi pinta, me deja pasar a buscar por mí mismo. Pienso en el infierno al verme metido en aquel lugar húmedo, fétido y caliente. De manera muy especial la nave de envasado donde por efecto del vapor parece estar lloviendo desde que hicieron el mundo. Todo allí es muy artesanal. A donde te vires verás canales vertiendo agua en interminables artesas. Por fin diviso a Concheso allá al final de la nave, metido hasta la cintura en una artesa llena de camarones. Está en camiseta, un gorro blanco le cubre la calvicie, al parecer batiendo en la artesa con una paleta o sacando algo con una pala pues el espeso vapor no deja ver. Según me acerco las escamas que lo cubren lo hacen brillar como un pez muy blanco. No cree que pueda interesarme trabajar allí, ni él podría asegurar que el dueño me acepte a menos que esté muy urgido de mano de obra. Las condiciones como puedes apreciar, me dice, son malas, y el salario, peor. A los negros les pagan la mitad del salario para del americano blanco, y a los cubanos nos pagan la mitad del salario de los negros. En esto, se acerca el dueño. Negado a aceptar explicaciones, manda al doctor Concheso para la caja: —Vaya a que lo liquiden. Aquí se viene a trabajar, le dice. Ni tres minutos llevábamos hablando.

Repasando este percance, duplicación en cierto modo del experimentado en la fábrica de sillas de aluminio La Siberia, o que le llaman La Siberia los cubanos de aquí, doy con Polifemo. Entalcado, y como siempre de traje y chaleco y en buena

forma física aún, no obstante andar ya por los cincuenta. En La Habana, lo visitaban hasta celebridades de Hollywood. Aquí se le veía a menudo con personas allegadas a la familia del gobernador del estado, y con un alto militar que era o había sido jefe de la base militar de Opa Locka. En uno de esos prontos míos, se me ocurre proponerle la lancha. Estaba al vencerse su decomiso y papá se negaba a darme dinero para el rescate. Yo había oído decir que Polifemo y su mujer, él por negro y ella por blanca, se veían obligados a vivir en partes diferentes de la ciudad. Adecuando la lancha, podrían vivir juntos, le digo.

—Pero yo no soy marinero —dice asombrado.

—Ni falta que le haría. La lancha permanece amarrada al muelle. En Hong Kong todo el que no tiene casa vive así. Además, son cuatro días...

— ¿De cuáles cuatro días me habla usted?

Me miraba incrédulo.

—Cincuenta que fueran. También pasan volando.

—Todos pasan volando, pero no se haga usted ilusiones. Viví lo de Machado, cuando esta gente de aquí al fin dejó de apoyarlo. Yo tenía entonces la edad que tiene usted ahora y los vi llegar con sus acorazados y deponer el gobierno de Grau porque Guiteras les daba miedo. ¿Por qué no lo han hecho ahora? Porque Rusia les tiene puesta allá arriba una perra y dentro de poco les pondrá un hombre también, y ellos lo saben, según me ha dicho mi padrino espiritual, que nunca se equivoca. Por eso en el caso de Guatemala actuaron enseguida y ahora en el de Cuba lo están pensando todavía. Así que a esos cuatro días de su ilusión póngale usted cuatro millones más.

—Razón de más, entonces, para que piense en la lancha, en su hija.

Me observa con ojo clínico en busca de un rastro de sinceridad.

—La idea no es mala, caso de estar en buen estado la lancha. Pero me niego a que me elijan dónde vivir. Eso me corresponde hacerlo a mí. Y ése es el derecho que ustedes no han hecho valer aquí para los de mi raza. Guiteras habría

empezado por ahí. Lo primero es no dejarse coger la baja, nos decía tocándose la sobaquera por encima del traje.

Me interesa venderle la lancha, pero no montarme con él en un tren equivocado.

—Todos aquí estamos de favor. Y aunque ni así fuera. Usted no puede llegar a casa de quien lo ha alojado por unos días a cambiarle sus leyes. Resuelva, resuelva con lo de la lancha. Y olvídense del pasado. En Nochebuena todo el mundo estará Allá. Miraba el reloj de leontina que pendía del chaleco, muy caballero a la antigua. Solo le faltaba el bastón, porque sombrero tenía. Esperaba un auto negro que sin darnos tiempo a terminar la conversación pasó a recogerlo con un chofer de gorra blanca.

—Bueno —me decía en ese momento—, si la cosa es tan provisional como usted dice, entonces tal vez ni tengamos tiempo de cumplir con las formalidades legales de la compraventa. Mucho menos con las de reparar la lancha, pintarla y acomodarla para vivir en ella. De todos modos, le prometo pensarlo.

Y ya desde el auto:

—No sé qué pueda decir mi señora.

Con esta improbable esperanza sigo vagando por la ciudad. No soy yo en realidad quien vagabundea. Es otro el que se hunde en estas calles lleno de la melancolía del otro Miami: el antiguo, el Miami del viajero, el del turista que fuimos. El Miami que nos borró la revolución que estábamos por borrar tan pronto los americanos se decidieran a convoyarnos. Espíritu había, lo que faltaba era el apoyo de esta gente, el entusiasmo con que los rusos y los chinos estaban apoyando con pertrechos de todo tipo e ideologías extrañas a los de Allá. Pensar en esta meta me levantó el ánimo. ¿"La revolución", dije?, ¿que nos borró "la revolución"? La contrarrevolución quería decir. Pues aunque aquí en Miami odien esa palabra, es aquí sin embargo donde en realidad está la Revolución. La

Revolución con mayúscula. En Cuba está la Contrarrevolución. O sea, lo contrario de los ideales de la democracia presentes en la Carta de Guáimaro de 1869 y en las posteriores. De modo que mientras no logremos restituírselos a Cuba, voy a seguir considerándome un hombre de Guáimaro, un seguidor de Agramonte, un soldado de Céspedes, es decir, un revolucionario.

Caramba, esto podía dar un artículo periodístico. Por polémico, que es lo que se busca en los periódicos, encontraría un editor deseoso de publicarlo, me echaría unos dólares en el bolsillo y empezaría a abrirme espacio en la vida política de Miami.

Embargado por este nuevo propósito, dejé de pensar en buscar trabajo. No es que perdiera las ganas de hallarlo, es que ni idea de a dónde encontrarlo tenía. En el club de cazadores, por donde días atrás empecé a buscar, están de hecho cerrados, en lo peor de la temporada baja, y para la alta, completos con el personal de siempre. No obstante, la secretaria del gerente, que me conoce de La Habana, me tomó los datos. Tal vez en el invierno del año que viene, me dice con simpatía. En el invierno del año que viene estaré en La Habana, ¡digo, ya viéndome en mi Porsche llegar todas las tardes a El Carmelo de Calzada y yéndome con una jevita acabada de sacar del celofán, y así durante todas las tardes del mundo. Coristas, actrices en busca de papel, audaces muchachas o muchachitas de provincias que andaban por la capital sueltas como el ganado. Iban a El Carmelo a hacer relaciones, deseosas de ser llevadas a Varadero, a El Floridita, a Tropicana y, por supuesto, a vivir la emoción de ser singadas por un tipo importante, en fin, muchachas decididas a vivir los días de su juventud. Luego del '59, iban a aquel templo con aires de restaurante y a perder su zapatico. Diecinueve de las que yo conocía se casaron con rebeldes, de aquellos que todavía traían en la mano el callo que les dejara la manquera del arado de toda una vida y deslumbrados con estas jovencitas recién salidas de la adolescencia que conservaban todos sus dientes, no tenían barriga y olían a rosas con algo de confituras de importación.

Aquí, aun para lavar platos, le había oído decir a Américo, que se conocía ya Miami al revés y al derecho, estaban completos los americanos. Hasta podría el polémico artículo que venía gestando y era por el momento mi esperanza, abrirme las puertas de una nueva profesión. En estas, me vi llegar al *Walgreens* de Flagler. Es el sitio donde acostumbrábamos a reunirnos los cubanos, el lugar donde encontrarse, donde cambiar impresiones con los conocidos de antes y los que acaban de llegar con noticias de Allá, el lugar donde dejar recados, donde recogerlos, y a la vez, una especie de cátedra de asuntos políticos, con algo de ring de boxeo.

El debate de hoy por la mañana no es nuevo, pero traerá sangre, dejará un discapacitado de por vida y sanciones de cárcel. Se trata de establecer si por fin los americanos son maricones o se están haciendo. ¡Eso es lo que yo quiero que me contesten!, está gritando Alcober, cirujano muy respetado que fuera en Cuba uno de los primeros en su sector en pronunciarse contra Castro. Lo calé desde los tiempos la Ortodoxia, había dicho entonces, y ahora, tabaco humeante en mano y los cuatro pelos rubios que le quedan muy erizados, está diciendo que para él no tienen importancia los campos de entrenamiento en Centroamérica de que se viene hablando como se hablaría del Cielo puesto que de allá todavía no ha venido alma nacida a confirmar su existencia. Tampoco cree en los alzados del Escambray.

El ex senador Ruiz Báez le hace ver que los americanos les están tirando armas para rebelar un continente.

—Aunque así sea. Matando un comunista hoy y otro mañana no se resolverá eso.

—Pero eso también es como enviar marines.

Carlos Rodríguez el de “Rodríguez y Rodríguez” importadores de víveres y licores finos, contesta mostrándole el puño con el dedo del medio levantado. Es un

cuarentón largo que sin ser vasco encestaba todavía a mediados de la década de los '50 trepando por las paredes del frontón. Y por si Ruiz Báez no hubiera entendido lo del dedo parado, definitivo agrega Rodríguez:

—Mira ¡ésta! —y se la toca.

—Por Dios, señores —interviene Arboleya con toda corrección—, déjense de esas cosas.

Después de todo, los americanos saben lo que hacen. Por algo son los americanos.

—Aparte de que terminarán yendo para Allá —comenta el Padre Rosendo, siempre de rosario en las manos.

Pero Rodríguez ha enrojecido.

—¡Fantasías, Padre, fantasías!

—¡Dejadlo hablar, oíd la palabra de Dios! —se escucha decir majestuoso a Conte Agüero que acaba de llegar.

Rodríguez vocifera con ganas de hacerse oír hasta en el cielo:

—¡Ahora está Rusia de por medio. ¡Armas, petróleo, lo que sea! Ahora hay que mamársela a los rusos. Y a los chinos —agrega en tono profético.

—Disculpe usted, señor Rodríguez —tercia Arboleya de nuevo con toda corrección—, pero le veo a usted muy escéptico.

—¡Y yo lo veo a usted muy comemierda!

Ya días antes, Rodríguez había dicho que le fastidiaban los aires que se daba Arboleya con sus espejuelos de montura gruesa, su modo de levantar la cabeza para hablar y sobre todo su cuello largo y su nuez desmedida. “Nunca he soportado hombres de cuello largo”, había dicho encabronado, y menos si tienen una nuez de esas que parecieran una pelota de golf atravesada en la garganta. Le recordaban un gallo que ha perdido la pelea, un aura tiñosa sacándole las tripas a

un muerto. Y enloquecido, continúa Rodríguez enloquecido golpeando sin parar en la esquina de la vidriera con la cabeza de Arboleya.

En ese momento siento algo duro en la espalda al tiempo que me dicen: la bolsa o la vida. Me vuelvo a medias y es Carla fingiendo voz de matón mientras me apunta con un dedo.

Bajo una lluvia de botellas y cristales te saco agarrada por un brazo del titingó que de un minuto para otro se ha formado allí. Estamos a medianía de cuadra y aun te sigo arrastrando por un brazo.

Es un feliz sobresalto, un nudo suave en la garganta, tal vez una mano tibia sobre el pecho; no se sabe. Reparo entonces en que han llegado policías, carros patrulleros. Nos abrimos paso con trabajo a través del gentío acumulado en la acera. El tráfico se ralentiza. De todas partes sale gente corriendo, asomándose a ver. No has desayunado y hablas de tomarte un jugo de tomate.

—¿Y usted es comemierda? —se le encaraba en eso un cubano a otro en la esquina de Biscayne y la 2 del NW, entre cosas de uso, fotos de La Habana, canastas con girasoles, cajones con dulces, en fin, el baratillo de la calle Monte armado aquí y que como por arte de magia desaparecerá, se hará invisible, al llegar la policía velando por el ornato. Los que se habían alejado, regresan ante el encristalado de la acera, caminan de aquí para allá, comentan lo del *Walgreens*, le dan vueltas en el dedo al llavero, algunos sacan el peine y se retocan en el reflejo de la fachada.

Las voces se mezclan, se superponen. Quisiera estar solo contigo, decirte cosas. Pero esta cafetería es una colmena, un avispero, llega uno a sentir la opresión causada por la multitud en un juego de pelota en el estadio. Pienso en el parque, tan cerca, imagino árboles, lugares donde acostar tu cabeza sobre mi pecho para sentirla sonar como un caracol.

El viejo que está en la banqueta siguiente a la nuestra continúa con el dedo en el vaso dándole vueltas al hielito de la Coca Cola mientras habla con otro viejo y a través del espejo nos mira. Las voces continúan superponiéndose. Uno por allá dice que a él se la toca Ventura. ¿Silvia? No, hombre, no, Silvia nunca fue señorita. Atrás de nosotros, en espera de banquetas que se desocupen, hablan de lo del drugstore. Discuten quién tenía razón, si Rodríguez, si Arboleya. Parece ser que el cabo Jovellanos había torturado a Marcial durante la tiranía y ahora Marcial se aprovechó en el *Walgreens* para partirle el cráneo. Otro grupo, pero todo esto mezclado, discute si será verdad que en la semana venidera abrirán el banderín para los entrenamientos contra Castro. El embullo en esto es general. Sorprendo en el espejo al viejo del dedo metido en el vaso dándole vuelta a los hielitos haciéndote señas. Son por lo claro señas para que salgas a verte con él. Me imagino que es el viejo que el día anterior te dio los quince pesos. Aunque blanco en canas, mirándolo bien, no es tan viejo. Y eso ha sido el horror. El asco brutal que revuelve el estómago, el sentirse uno caer desplomado sobre sus propios zapatos. Nada de esto se olvidará nunca y empiezo a asesinarte pedazo a pedazo, hija de puta, a arrancarte brazos, piernas que voy feroz depositando en los latones del barrio para que se los lleve el camión de la basura. Seco la lágrima de furia que me invade, que acribilla el corazón y lo cercena. Ya habrá tiempo bastante para llorar. Ahora que mi alma rueda con tal de que yo te tenga, que mi vida se hunda en las calderas del infierno. Nada me importa ya ser contigo el esclavo sumiso, la porquería que rueda despedazada entre el torbellino de los ómnibus, la hoja de papel después que todo el mundo se ha limpiado con ella. Todo esto es muy viejo, la suerte está echada. Lo he comprendido ayer por la mañana mientras echado sobre la cama de tu cuartico en el infierno contemplaba la franjita de sol llena de punticos en movimiento. Y hago por olvidarme de la seña que le he visto al viejo hacer mientras con un dedo de la otra mano seguía dándole vueltas a los hielitos. Claras señas de salir a singar enseguida. A singar por lo claro.

Le pongo atención al comentario sobre los heridos. Los detenidos, un montón; con Arboleya no se sabe lo que puedan hacer los médicos, a Rodríguez lo desbarató

la policía en el suelo pues se volvió un animal resistiendo. Al Padre Rossendo le zafaron un brazo. Continúa llegando gente con noticias, entre ellos llega uno que sin duda te conoce y también te está haciendo señas con la lengua según veo por el espejo. El doctor Paneque felicita al cabo Sacauñas y le pide al viejo que te hacía señas de salir a singar que lo ayude con un par de dólares. Había permanecido detrás de él, esperando la oportunidad, con los ojos fijos en el dedo que le da vuelta a los hielitos en el vaso. Los dependientes ruegan de nuevo bajar la voz. Un par de brazos caen de repente sobre tus hombros, desde atrás. Es Rocki, el hijo de Néstor, que en La Habana llevara a cabo importantes acciones contra Castro en el sector eléctrico. Trae la cabeza ensangrentada y un ojo abollado, pero te está tocando una teta. Por lo visto todo el mundo te conoce. Eres la mujer pública de Miami. La puta de la ciudad. El viejo del dedo en los hielitos del vaso dice que también Guiteras era bocón, y ya ve usted. Y vuelve el muy cabrón a hacerte la seña cochina. ¿Lo mato? ¿Me pongo en ridículo? Es el escalofrío, el asco feroz, la vida que se hunde entre la mierda. Casi el galletazo; la mano de furia que acostumbra a impulsar mi brazo. Como me has estado observando en el espejo, te aferras a mi brazo, me dices con prisa que por favor. Ya al salir, te anticipas, me dices que no hable, que no pregunte. Lo dices con tristeza. Y te quedas en silencio con tu bolsa de playa al hombro, los ojos muy empañados, pero sin lágrimas.

Estamos acostados boca abajo sobre la arena de Crandon Park, apretados los cuerpos, dándonos la lengua. Me encaramas una pierna sobre las piernas. Te la quito pero la vuelves a poner. La gente nos mira, los salvavidas. No tanto por lo buena que estás como por las marcas que como una estela de lujuria te cubren.

—Acuéstate encima de mí.

—¿Estás loca?

—Cobarde.

—Saca la pierna, te dije.

El sol arde en lo alto, un sol ligero con grandes períodos de sombra. La mayor parte de los playeros continúa en los toldos, el resto anda por la cafetería, hay muy pocos en el agua. Acaban de llegar unos japoneses con espejuelos oscuros y una pelota de colores. Las nubes se cruzan y entrecruzan en un cielo empedrado y descolorido. El aire continúa restallando los toldos. Ya el mar empieza a alcanzarnos los pies. Sigue allá abajo con su suave chapoteo y uno lo oye lamer dentro de uno. Es todo tan efímero, pienso mirando al mar borrar el deseo que acababa de escribir en la arena.

—¿En qué piensas?

Pensaba en las muchas vidas que tal vez he vivido. No solo ahora dentro de la presente existencia. Pues, cosa curiosa, también este momento de ahora en la playa me era conocido, tenía la impresión de haberlo vivido con anterioridad. Un *deja vu*, digamos, semejante al experimentado antier cuando nos encontramos. Era un encuentro pendiente. Por eso se lo había dejado a Dios, no quería precipitarlo. Sabía que estabas en Miami y aunque me moría por encontrarme contigo, a nadie al llegar aquí le pregunté por ti ni salí a buscarte. Dejé que aparecieras. Pero de nada de esto te hablo. Me la estás agarrando con ternura por dentro de la trusa.

No es el momento, y lo sé, pero necesito preguntártelo. Dices ríspida que no has llevado la cuenta.

—Pero más o menos.

—No puedo saberlo.

—Un cálculo.

—No sé, no llevo esas cuentas. Me los singo y ya. No lo anoto en ninguna parte.

¡Dios mío!

—Cógeme aquí, aprovéchame ahora.

—¿Y en tu casa lo saben?

—No he preguntado.

No sé si han pasado diez minutos o diez siglos.

—Y el primero, ¿quién fue?

—No se lo pregunté.

—¡Carla!

—En un bar. Me equivoqué de baño, lo vi orinando, vi que la tenía grandísima, me acerqué a mirar y después ya sabes. Para mí que era mexicano.

Sin saber si con odio o compadecido, pregunto al fin:

—¿Y por qué, Carla? ¿Por qué?

—Porque me gusta.

—Pero ¿por qué?

—¿Conoces algo mejor?

—¿Y por qué conmigo no?

—Porque es cuando yo quiera. Ahora quiero. Pero aquí.

Vuelves a tender una pierna encima de mis piernas.

—En el cuarto.

—Aquí.

—Iríamos presos.

—Entonces no tienes ganas. Al mexicano del baño equivocado, no le importó.

—Estaban en un baño.

—Del baño nos habían botado. Nos metimos entre dos autos parqueados y todavía no se había puesto el sol. Lo de él era acabar lo que en el baño empezó.

—Suéltamela, que aquí no se me va a parar y me estás haciendo daño.

Te tapo de nuevo con la toalla una parte de los muslos y las nalgas. Qué vergüenza. No han faltado los que al pasar se han detenido a mirar la estela, el catálogo de marcas que eres de la nuca a los pies. Cada vez que te los he tapado, te los has descubierto de nuevo, incómoda.

—Me gusta que se vean.

Caminamos por Miracle Mile hasta Douglas sin hablar. Me tomas de la mano con firmeza y casi me arrastras por unas cuerdas hasta la entrada principal del cementerio Woodlawn.

Avanzas buscando tumbas con los ojos.

—Por aquí está enterrado alguien que quiero mucho —señalas con el dedo—. Quizá sea en esta, o en esa, o tal vez en aquella.

Te arrodillas junto a una fosa.

—No es posible —digo—. Son tumbas vacías.

El viento te revuelve el pelo.

—Cada tumba viene al mundo con su difunto ya dentro.

No te entiendo, pero me callo.

—¿Por qué no aprovechas y miras a ver si la tuya está por aquí?

Señalas un poco más allá.

—¿Qué te parece aquella?

—Vámonos. No me gusta este lugar.

—Es maravilloso.

—Es horrible.

—Es bellissimo. Obsérvalo.

Señalas una hilera de tumbas recién cavadas.

—Parecen perros, echados ahí con la boca abierta, aguardándote desde que empezó la vida.

Y añades, sonriente:

—Pero ni los perros suelen ser tan leales.

Te cruzas el índice sobre la boca. Avanzas un trecho por el sembrado de tumbas abiertas.

Regresas despaciosa, leve, los ojos lilas como nunca, de tumba en tumba.

La voz se te ha nublado.

—Si yo supiera a qué velocidad se muere uno en Miami te diría con exactitud cuál es la tumba que busco. Pero, por mis cálculos, bien podría ser ésta —señalas la tumba que antes indicaras.

Te arrodillas junto a esa tumba, tomas un puñado de tierra y lo besas. Me erizo. Te guardas otro puñado en la cartera.

—Vámonos, Carla.

Arriba el sol se ha apagado.

—¿La encontraste?

Guardo silencio. Vamos de la mano, las cabezas caídas.

—Es una lástima.

—Mi tumba está en La Habana —digo.

—La mía también.

Media noche. Hemos caminado la ciudad de cabo a cabo. Antes, insististe en cruzar el Rickenbacker para arrepentirte casi a la mitad. Por fin llegamos a la casa. ¿A la casa he dicho? Ha sido todo un andar de almas en pena que no termina, y ahora dices que preferirías haber ido a ver las palomas.

—Pero elegiste playa y cementerio.

—Elegí mal.

Te me cuelgas del cuello.

—Prométeme llevarme mañana.

—¿A dónde?

—A ver las palomas.

Entramos al cuarto.

Es tan chiquito como el de anteanoche y huele a rancio, pero al menos tiene un ventilador en el techo. Cartones pintarrajeados haciendo de paredes: Fidel Castro con la cabeza cortada, dos letreros de “Abajo el comunismo” y “Bolberemos”. Una morronga con labios de mujer y el pelo suelto. Ese es el cuarto. Has comenzado a desvestirme. Yo también me desvisto.

Otra vez tus nalgas. Con chupones, es verdad, pero tus nalgas: brillando ahí bajo el bombillo lúgubre. Entro en la cama lleno de odio y a la vez de perdón. Pero nada. En vano. Ni con ternura ni de la otra manera. Y no sé, no sé. Fue como estar muy bebido. Cuando vuelvo a tomar conciencia de mí, tal vez porque no me he atrevido a pegarte, te tengo fuera de la cama agarrada por la trenza y te estoy meando con un chorro estremecedor. Lo veo caer poderoso por la cara, por la cabeza, por las tetas, hija de puta maricon, a todo lo largo de la trenza, lo veo brillar, hacerse espuma y luego vapor al dar sobre tus chupones, sobre tus marcas

indecentes que obsesivo he estado meando una por una. Sin embargo el gusto que te estás dando debajo del chorro de meao —aunque sea un gozo falso, simulado, una ficción interesada para hacer venir a la policía de todos modos en vista del escándalo que has causado en una casa que de repente parece estar siendo sacudida por un terremoto—, tiene un poder tan irresistible que cuando vengo a darme cuenta ya no te odio y te tengo clavada ahí en el suelo donde ya el orine empieza a enfriarse, te tengo ensartada, estoy hundido hasta el fondo en tu cuerpo, metido en ti para toda la vida, indefenso y brutal, embistiendo con la furia de un mastodonte, y tú estás jadeando y pidiendo ya hace una eternidad que por el culo también, mi padre, que no me vaya a olvidar del culo por amor de dios, por lo que yo más quiera... En tanto, no ha cesado el bombardeo de objetos lanzados por encima del tabique. Ni han parado las maldiciones, los insultos. Pero yo ahí, sordo. Perdido en mi nube. Que caiga la puerta, que traigan los bomberos, que vengan con Eisenhower en persona, cojones. En esas, el cielo se abre, la tierra se hunde, estoy a la derecha de Dios, quizás a la izquierda del diablo, no se sabe, no se sabe, quién lo sabe, pierdo la noción, la memoria.

El tiempo se reanuda. Estaban los pájaros y un toro amarrado que se ha muerto en el pecho. Quedan los pájaros. La lila humedad de tu rostro. Estás tan suave, tan dichosamente destruida. De ser con otra, enseguida estaría odiándote, te habría dado la espalda. Estaría inventando la manera, un dolor de cabeza, las muelas, algo para ponerme la ropa y perderme. Pero contigo es al revés y permaneces debajo de mí. Yo sé que es el silencio pero oigo música. Todo esto es muy peligroso. Pero ahora no pienso. Sencillamente te amo, me dejo arrastrar. Han pasado las furias y te acaricio el pelo. Perdóname, perdóname.

—No tiene importancia.

—No me lo perdono.

Te aprieto contra el alma.

—No seas bueno ahora, quiero odiarte.

No te entiendo, pero te amo. Te digo palabras de cariño y empiezas a llorar. Te me vas enredando como un pez por dentro. Al despertar te encuentro dormida con los labios aferrados a mi frente, mi cabeza amanecida entre tus manos. Ya sé que tendré que volver esta noche. Y mañana. Y todas las noches del mundo.

A la mañana siguiente te acompaño a la Gibson; lo de la iglesia no está mal organizado. Tenías razón. A pesar de la gran cantidad de refugiados llegados ayer, hoy la cola apenas tiene media cuadra. Un par de horas y nos iremos. Al fin entramos.

Nos conducen al local. Qué vaho. Qué peste humedad. Gente amontonada, apretujada. Las tarimas en hileras. Por aquí los hombres, por allá las mujeres. El olor a naftalina. Vestidos. Chaquetas. Calzoncillos. El pasa pasa. El repellón. Los pechos inclinados sobre las tarimas. Ropas que se levantan. Narices encogidas. Dos o tres conocidos de La Habana. Ni siquiera saludan. Uno en cierta forma se avergüenza de estar aquí. Pero ésta Carla con sus cosas... Pensarán que yo también he venido a buscar... Después de todo, esto conviene a la política del viejo. Primero alquila la mitad de la casa, luego ven al hijo en la Gibson. Se pondrá de lo más contento.

—¡Mira esto! —Enseñaba una mujer a otra— ¿Para qué donarán esta porquería?

—Y agradécelo después... —contesta la otra.

— ¡Quiénes se creerán que somos!

Las manos. La apretazón. El grajo. Las voces.

Carla ha visto una chaqueta que parece en buen estado. Va a tomarla. Otra mano la toma al mismo tiempo. Forcejean. Levantan la vista. Sonrisas. Es Petra, antigua condiscípula en el Sagrado Corazón. Carla dice que ella la vio primero. Petra dice que no, que fue ella. Mantienen la sonrisa pero ninguna de las dos cede. Se

apagan las sonrisas. Se cruzan palabras duras. Carla suelta. Petra se va diciendo que tanto lío por una mierda. Se lleva la chaqueta.

Mejor nos vamos. No sirvo para esto. Parecemos buitres. Detrás de nosotros una señora dice que esto pasa por ligar las donaciones.

—Debieran poner dos tipos de locales Somos cubanos, pero no todos somos iguales.

Una gorda de vestido estampado se le encara.

—Si le molesta no venga.

—¡Jesús...! —dice la primera mujer— Está visto que los americanos dejan entrar en este país a cualquiera.

El marido de la gorda interviene, le sujeta las manos. La primera mujer se envalentona, le mira la facha.

—¡No sé qué pueden haberle quitado a usted!

—¡La libertad! —chilla la mujer que el marido tiene agarrada. — ¡la libertad! ¿Le parece poco?

La primera mujer no responde.

Carla ha logrado conseguir una saya, unos US Keds rojos corte bajo y otras dos piezas. Nos vamos.

Ha pasado una semana. Ayer se nos venció el cuarto. Le he dicho al doctor esta mañana que le traeré el dinero por la tarde. Carla dijo que ella lo conseguiría. Pero no. Mientras estés conmigo estás conmigo y con nadie más. Ya sé que lo haces porque me quieres, mas no me quieras de esa manera. Hemos sido tan felices en estos pocos días. No eres mala, lo sé. No es necesario que me lo expliques. No acostumbras a explicarte, pero tampoco sería necesario. Sencillamente algo te

pasa. Todo ha sido tan brutal. Quién sabe si llevándote al siquiatra. Además, contigo vuelvo a sufrir, amor mío; a ser triste, como antes, como entonces. Yo tampoco he sido malo, Dios lo sabe. A veces siento que el corazón no me cabe en el pecho. Esto hay que estar dentro de uno para saberlo. En ti me reconozco, me encuentro un poco a mí mismo, te lo digo. Por fin estamos juntos, al fin. En horas como estas pienso que somos casi la misma cosa, llegados del mismo dolor, con igual misión. Otras veces estoy de mal humor y entonces creo estar saciando un viejo sueño, llevando la ropa de un muerto, usando algo que en otro tiempo fue importante porque estaba distante, lejano, imposible. No sé. Todo esto es muy complicado. También pasa que aquí sin mujer no se puede vivir y esto es sórdido pero tú eres económica. Pero quizás no. Desde que me recuerdo, me he pasado el tiempo amándote las nalgas, pendiente de tus tetas, de tus, ojos. Tal vez esté haciendo un papelazo. Se me ha visto demasiado contigo. Todo el mundo aquí sabe quién eres. Mis amigos, es decir, mis conocidos de antes han de estar arrancándome las tiras de pellejo. Pero eso en definitiva me importa un carajo. Hoy cada cual está en lo suyo. Cuando el mundo se derrumba es preciso vivir como se pueda. Uno se pasa la vida sin pensar y de pronto comienza a hacerlo. Entonces uno se vuelve peligroso. Ahora el honor consiste en sobrevivir.

Salimos del Woodlawn, pero continuamos preguntándonos sobre la vida y la muerte mientras deambulamos por las tranquilas calles de Coral Gables. Visitamos el cementerio casi todas las tardes. Rectificando lo dicho en nuestra primera visita al lugar, decías que mi tumba no sería esta ni aquella ni la otra, sino la que me toque. Como me había quedado pensativo; mientras te ponías el blúmer, decías que eso no debía preocuparnos. Pero que si alguna vez la reconocíamos debíamos serle fieles, pues por nosotros esa tumba había estado abierta todo el tiempo y llena de nosotros desde siempre.

Mientras le doy vueltas a esta tesis, buscándole la arandela suelta que sentía sonando por alguna parte, tocan en la puerta. Pregunto que quién. Dicen que el doctor Ramírez. Despierto a Carla. Anda, ahí está tu padre. Dile que entre. Vuelve a cubrirse la cara con la almohada; sigue de espaldas, una nalga fuera donde ya

apenas se podría señalar el trasunto de una vieja mordida. El doctor entra. “Quiay”, me dice. Se sienta a los pies de la cama. Con un canto de la sábana cubro la nalga desnuda. El calor es grande a pesar del ventilador. Fuera la bulla es insoportable. El pasillo siempre atestado. Fogones. Una tabla de planchar. El cruce cruce. Los cubos de agua. Las palanganas. La cola para el baño. El mundo entero en el pasillo. Préstame un poquito de sal. ¿Verdad que zurciéndola se ve bien? No importa que nazca ñato si respira bien. ¡Callen a ese niño, cojones! Parece que falsificó un cheque, ¡Ay niña!, eso no es hilo negro ni jabón que se gaste. Esta mierda que da el Refugio, ¡miren, miren esto! ¡Bah!, pero si ella se los ha estado pegando desde que llegaron...

“Cinco días hace que tu madre no aparece”, se queja el doctor Ramírez. La nalga ha vuelto a quedar fuera, mira al doctor fijamente. Le ve la facha. Está peludo, no se afeita; el cuello de la camisa blanca percutido, la corbata arrugada llena de manchas. En otro tiempo el traje pudo ser negro, ahora no se sabría. Y el tic. El tic en el cuello. Es un Carlos Prío en la desgracia, piensa la nalga. Lo ve agarrarse las manos una contra otra como para evitar que se le caigan, los ojos a dos metros de las cuencas. Ay Castro, Castro, qué poco te queda. ¡Cinco días! ¿Qué te parece? La nalga dice algo con los hombros pero no se le entiende. El doctor mueve más el cuello, hunde más los ojos. ¿No te preocupa? La nalga vuelve a sacudir los hombros. Otras veces ha estado hasta una semana, ¿no? El doctor se para, va a la puerta, se queda de espaldas. La nalga lo contempla. Te digo que se está extralimitando. La voz de la nalga es pastosa, cansada. Observa al doctor, lo ignora. Es joven, tiene que vivir su vida. El doctor se vuelve. La nalga lo ve levantar las manos engarrotadas a la altura de los ojos, sostenerlas. ¿Y la mía?, ¿y la tuya?, ¿tiene que destruir las? La nalga es sorda debajo de la almohada. Sorda. Aquí nadie destruye a nadie; cada cual escoge por sí mismo y se destruye si quiere. Su voz sigue llegando desde otro tiempo, desde el otro mundo. El doctor tiembla dentro del traje. La nalga no le quita el ojo de encima. El doctor habla. Acusa a la madre de la nalga. La acusa. La nalga dice que a ella no le importa. El doctor se vuelve con las manos crispadas sobre el pecho. Dice que su mujer es una puta. Y tú, ¿por qué no te matas, cobarde? El viejo cae de nuevo sentado a

los pies de la cama, echado a llorar, la cara entre las manos. La nalga dice que va a vomitar. Ni una sola vez Carla se ha vuelto a mirar al padre, solo la nalga ha permanecido atenta, fosforescente. El padre pide un trago, cualquier cosa, lo que sea. No tenemos, le digo. ¿Tres dólares?, ¿podieran prestarle tres dólares? Hace días que no tiene pacientes ni hace nada, dice. La policía vigila. La nalga dice que no tiene dinero, que salga por ahí a asaltar a alguien. Ya con explotar a mamá es bastante. El viejo la acusa de puta a ella también. La nalga se saca la almohada de la cara, salta en cueros sobre la cartera colgada en el tabique de plywood. Ha sido como una ráfaga, como un relámpago. ¡Toma! Le entrega dos juegos de vistas de Polifemo en cueros en tercera dimensión. ¡Véndelas! Salto sobre las cuatro manos, sobre los dos relámpagos. ¡No!, ¡no! ¡Eso no! ¿Dinero no es lo que quiere? ¡Pero eso no, Nalga! ¡Eso no! Las vistas caen al suelo. El viejo cae de espaldas atravesado en la cama, el brazo doblado sobre la cara. Tenga. Le meto en el bolsillo superior del saco tres de los cuatro dólares que me quedaban del premiecito que cogí con el 28. Me quedo con el último dólar. Silencio. La nalga se cubre con la cartera. Se ha dejado caer en el suelo, sentada sobre las piernas. Le ruega al doctor que se marche. El doctor tiembla. Yo les pido que se seren. Pronto estaremos en Cuba. Todo esto nos parecerá entonces una pesadilla. Me acuerdo con estas palabras del señor alto de los espejuelos en la cola de la Gibson, el que evitó que tropezaras con el enano que salía de debajo de una tarima donde se había metido a orinar. El viejo se pone en pie, llega a la puerta, quita la tranca, vuelve la cabeza baja, agachada. Sí, dentro de diez minutos estaremos Allá, me responde. Tira la puerta. La nalga vuelve a ser una persona. Quiere tener una puta que produzca y que no se acueste con nadie. Le digo que no sea dura. Tú también eres un idiota, como él. Discutimos. Está muy bien que Castro gobierne en Cuba, está muy bien que los débiles desaparezcan, que los muertos se mueran. En sus ojos no hay odio, no hay nada: hay la muerte; y su trenza desnuda resbalando entre los senos. Nunca te entenderé. Tú nunca entiendes nada; vete, quiero estar sola. Eres una puerca, una malvada. Quizás sean estas las cosas que me atan a ti. Tienes algo que yo hubiera querido tener.

Algo que nunca tuve y me volvió triste y quién sabe. Sabes enfrentarte a las cosas. Sabes ser dura. Mirar por la nalga.

Salgo del cuarto. Voy loco. El dinero. ¿Ya lo decidió?, me intercepta el doctor Jiménez en el pasillo. Es el dueño de la casa. Ya la semana anterior me pidió que me afilie a su organización; es una de las más importantes, me ha dicho entonces. Ya tenemos trescientos miembros. Ahora estamos recogiendo dinero para armas y aviones. Lo atajo. Sí, sí, ya sé, pero debo pensarlo. ¡Cómo! Para luchar contra Castro y el comunismo no hay que pensar. ¿Usted no es católico? ¿No quiere volver a Cuba? Es que papá me ha pedido que no me afilie todavía a ningún grupo. Pero este es uno de los más importantes, le repito; lo presido yo. Se nos acerca la señora que nos abrió la puerta la primera noche. Trae una niña de la mano. Mi señora. Ya nos conocemos, dice ella, todavía nos debe la puerta que hubo que romperle y la colchoneta enchumbada en orine. La puerta la rompieron ustedes, señora. ¿Por qué estás usando mi cama?, pregunta la niña. ¡Cállate!, la reprende el doctor. La niña se mete el dedo en la boca, baja la cabeza. ¡Usted no sabe los sacrificios que hay que hacer!, me explica. ¡Imagínese!: con lo que nos da el Refugio. Le pasa a la niña la mano por la cabeza. La niña se le abraza a las piernas. La mujer se apena muchísimo. Me cuenta que allá en La Habana, era abogado en un bufete de la calle Lamparilla. Civilista. Un civilista. Representábamos compañías azucareras, igual que su padre. Dele usted mis saludos. Por favor, doctor, si se lo encuentra por ahí no vaya usted a decirle... Despreocúpese. El recuerdo de La Habana ha humedecido los ojos de la mujer. Desprende a la niña de las piernas del padre y se la aprieta contra el pecho, le da un beso y vuelve a lo de la puerta, por lo menos pague usted la mitad, dice, pero el olor del arroz quemándose la hace correr a la cocina. ¿Se decidió?, me apremia ahora el doctor; Pero hoy me da lo mismo una cosa que otra. Además, he oído decir que en eso de las armas y aviones los de las organizaciones se están buscando una plata. Si he de vivir con mis propios recursos, deberé desde ahora ir

asegurándomelos. Ya me las arreglaré para entrar en la junta directiva de la organización. Aunque por lo que se ve, este doctor no le ha de estar sacando gran cosa. Quizás ni tenga miembros aún. Quién sabe por dónde empezó a numerar el muy cabrón. El hecho de que papá me haya pedido que no lo haga pudo también influir en que lo hiciera. Es ya un duelo lo que tenemos armado. Tampoco estoy seguro de poderle pagar hoy al doctor. El cuarto, no la puerta. Firmo. ¡Magnífico! ¿Ve?, ahora es usted el 301.

He estado en casa y papá me ha dicho que no. Mamá, igual. Laurita, como siempre, sin un centavo. Y de contra la discusión, la bronca. Papa no cede. Igual que en La Habana.

Cuando se pone así, al terminar de descargar un camión de cojones completo, empieza con el otro, y si lo dejas, descarga un tercer camión. Me parece estarlo oyendo.

—¿No querías exilio? Come exilio ahora, y acostúmbrate porque esto va para largo. ¿Me oyes? Y cuidadito con esa locura de ir a Cuba, porque si antes de que te diera la locura por venir para acá no mataste a tu madre, ahora la de ir para Allá la mataría sin que te quepa la menor duda. Recuerda lo que dijo el doctor Concheso. No lo olvides.

Locura, ¿no? Oírle decir eso me daba gracia. Locura gracias a la cual lo saqué de frente al pelotón de fusilamiento como aquel que dice. ¿Matando a mamá? Matándola él, si vamos a ver. Sin negar en lo demás su magisterio, era amigo de olvidar los detalles cuando le convenía. Eso no tenía que haber sucedido. Pero él siempre tan callado, tan a lo militar. “Cuando yo te diga sígueme, sígueme.” No señor, somos una familia, no un ejército. De haberle seguido yo en La Habana, estaría en prisión. Laurita y mamá, que no habrían resistido, estarían muertas. Pues fusilarlo les habría parecido poco a esa gente. Qué días, dios mío. Pero sobre todo, qué tres semanas aquellas.

Todavía cada vez que siento el olor del café, vuelvo a verle en aquel día que no pasa hojeando por arriba el periódico *Revolución* de manera de tomarle el pulso al momento, llega de nuevo Leonora con el café humeante en su bandeja con tazas y cafetera, y vuelve Eugenia, que borda enfrente sentada en una pequeña mecedora, a comentar tal vez sin intención: “Léalo rezando el caballero para que hoy no le traiga malas noticias”. Nada de particular al parecer en esa escena que a la larga iba a permitirme estar ahora haciendo el cuento, y que en su momento fue el comienzo de aquellos veintiún días que me mantuvieron hablando con Dios todo el tiempo, pidiéndole consejos, necesitado de desaparecer, de no haber nacido, de ser un ave, un gato. Así de simples son las cosas, y de complicada la escritura del Señor.

El brusco gesto hecho por papá con las manos al oír el comentario de Eugenia hace que mamá le derrame encima el café ardiendo que le servía, y fuera de sí, enloquecida por completo, agarre a Eugenia por el cuello. ¿Estás comiendo mierda, Eugenia?, ¿Estás comiendo mierda? Intercedo, papá también, con trabajo se la sacamos de entre las manos. Sin embargo, sorprendiéndome, papá regaña a mamá. Muy severo, la manda a disculparse, le recuerda que Eugenia lleva en casa veinte años, precisa que Eugenia siempre ha sido, y será, recalca, un miembro importante de la familia y que lo del café ha sido un accidente en el cual Eugenia no ha tenido culpa. No considerándose suficientemente excusado aún, va a la cocina a explicarse de nuevo con Eugenia, a secarle las lágrimas. Le ruega perdonar a mamá y termina abrazándola, todo esto así como si Eugenia en vez de ser una criada fuera su abuela y él, la Caperucita roja.

Haber hecho esa comedia ha de estar quemándole el alma y ni se atreve a mirarme ahora. Va y viene por la sala a grandes trancos con su tabaco, sabiéndose el animal más estúpido del mundo ¡Haber, carajo, regañado a mamá, a esa esposa a la que él, tan salvaje para otras cosas, siempre había tratado con la delicadeza con que se manejaría una reliquia muy preciada!. Pero el miedo es así. Tiene eso. Hasta a un Einstein podría ponerlo a comer yerba. En eso estaría

pensando él que tan lógico es. Porque si Eugenia no es la espía que él y mamá suponen, el exabrupto de mamá, por ser el primero en todos los años que lleva Eugenia en casa lo disculparía con creces un tomar de manos, sin necesidad de humillarse. Y si por el contrario fuera Eugenia la espía, la infiltrada del G2 que él y mamá suponen, entonces este sorprendente, insólito trato en una casa donde tantos camiones de cojones ha oído ella descargar, la haría saber que había sido descubierta.

Qué solo, Señor, qué desamparado me sentía, Carla. De repente la inteligencia, y aun la hombría del padre que tanto había admirado, la osadía, el espíritu aventurero del ídolo que me llevara a cazar desde niño y a pescar y a montar a caballo, el padre que me enseñó a boxear y a remar, mi maquinita humana con todas las respuestas, mi oráculo, mi héroe, mi dios personal, en fin, mi genio de la botella se me había derrumbado. Pero sobre todo, qué miedo. Para no aullar, pero también dispuesto a aumentarle la auto humillación en que le siento metido mientras va y viene por la sala, me he puesto a cantar “Reloj”, bolero de Lucho Gatica, tan de moda en esos años. Y él, que a su vez me ha leído el pensamiento, me sale con el aquello de que ojalá y yo hubiera estado en el exilio y yo le digo que ojalá, y él dice que sí, que ojalá, y yo le vuelvo a decir que sí que ojala, y por joder añadido que después habría salido electo representante y después senador y después me hubiera hecho rico construyendo obras públicas para el gobierno y con el tiempo me habría declarado asqueado de la política y me habría dedicado a construir edificios de propiedad horizontal y a comprar tierras y casas, ¡y mierda, cabrón!, revienta él, interrumpiéndome, eso fue hace un siglo, cojones, y entonces yo no tenía un centavo que perder. Da pena ver lo que en un año le ha sucedido, pero a mí en ese momento no me da pena, y aprovecho para detallarlo ahora que lo he sorprendido al desnudo, ahora que he visto que no es el hombre que parecía ser.

Se ha puesto viejo, amarillo, no duerme, la barriga le hace un pliegue, se pasa las noches caminando por la habitación con la luz encendida, si duerme sueña con el doctor Castro (como lo llama en público, en privado le da otro nombre), despierta

en un temblor, hay que llamar al médico, le han caído encima todos los años del mundo aunque todavía no ha cumplido los cincuenta, y ahí está saliéndome con que aquí, mal que bien, se vive, y yo le digo con sorna que sí, que se vive, y él dice que aunque nos lo quitaran todo podríamos aguantar hasta que lleguen los americanos y yo le digo que sí, que aunque tenga uno que acostarse a las seis de la tarde y no tenga un club al cual ir y encima de eso tenga el señor de la casa que ir a disculparse con los criados que nos vigilan y a abrazarse con ellos y a darles besitos para no hacernos morir de miedo, y él estalla, empezando a descargar su primer camión de cojones, ¡pero comes!, ¡y vistes!, ¡y tienes tu convertible y tu avioneta! , y yo le pregunto por el honor, y él a su vez me pregunta por la barriga y termina diciendo que qué puedo saber yo lo que es honor, cojones.

Desde el principio, mamá ha traído una palangana con agua y jabón, le trajo una guayabera, le limpió el café con una toalla mojada mientras Leonela limpiaba el piso, y él, rezongando, se quitó la guayabera manchada, se puso la limpia y abrazó a mamá y la besó casi llorando. Le estaba rogando a Dios que se apiadara de mí cuando salió a atender a alguien que llegó sin telefonar primero y lo esperaba en la planta baja. Mamá, que seguía sin salir del susto por lo sucedido con Eugenia y que en el mayor silencio nos había visto guerrear, viene a mi encuentro sollozando, me abraza, dice que lo estoy matando, dice que él está así como está por mi culpa, que él sabe lo que hace, que le dé un voto de confianza, y yo le doy un plazo, si en quince días no se deciden a irse, me iré yo, que ya no aguanto el país ni la aguanto a ella ni lo aguanto a él, que los dos son un par de cobardes, y ella dice que me aguante la lengua, que me la corte, que papá sabe lo que hace, y yo le digo que sí, que sabe pedir perdón a los criados y sabe dejarse quitar hoy la publicitaria, mañana la constructora, después su participación en el Banco, y ella dice que nos quedan los edificios, y yo le digo que se los quitarán también y ella dice que cuando vengan los americanos los recobraríamos, que todo esto era muy provisional, y que en todo caso no podrán quitarnos el dinero y las joyas que tenemos enterrados y que yo lo veo todo muy negro, y que si no pienso en Laurita, que todavía Laurita no se ha decidido a dejar a Heriberto, y ahora, con el niño, y yo le digo que como no termine Laurita también metiéndose a

comunista, y mamá dice que todo lo contrario, que todavía podría Laurita convertir a Heriberto, que aunque comandante, Heriberto es un buen muchacho, que ya ni duerme él tampoco, que por lo que Laurita piensa Heriberto ha despertado aunque no lo diga, y yo le digo que Heriberto es un cobarde, un comemierda y un equivocado, y un pendejo, y que tengo razones para decirlo aunque no se las voy a explicar, y mamá dice que, está bien, admitido, lo que él sea, pero que Heriberto es un buen católico, y yo le digo que no me convence, que ni ella ni papá creen en lo que dicen, que de un tiempo a esta parte no hacemos más que mentirnos y que con lo que tenemos Afuera nos bastaría, y ella dice que no lo crea, que Afuera no es como aquí, que allá afuera los dólares duran poco, y yo le digo que cuando son pocos, y ella dice que cuando son muchos también, y yo le vuelvo a decir que no lo creo y ella dice que yo nunca creo nada, y yo le pregunto haciendo girar un dedo en torno de mí si son muy importantes las basuras que llenan la casa y aun la casa misma, y ella poniendo cara de Hatuey en la hoguera dice que no son basuras, dice que ese cuadro y esa vajilla y esos muebles y aquella lámpara de lágrimas y cuanta cosa hay en la casa, y la casa toda; le han costado un pedazo de vida, y yo le digo que para qué le sirven ahora si no se las puede enseñar a nadie, y ella, cada vez más aterrada, pero son cosas mías y las toco y sé que son mías, y yo le digo que las podemos enterrar, y ella pregunta si enterraríamos a Laurita también, y yo, viendo el estado en que se ha puesto, intento calmarla, pero está fuera de sí y dice que de La Habana no hay quien la saque, coño, y que esperará a los americanos diez años, veinte años, cien años, el tiempo que haya que esperar a esos hijos de puta, pero que de La Habana no hay quien la mueva, y yo le digo que se calme, que me está dando miedo verla así, y ella dice que más miedo le da a ella pensar que pueda perder todo estas cosas que son su vida, toda su vida, las humillaciones que estas cosas le han costado, dice que han sido casi veinticinco años viviendo exiliada en su propio país, en su propia casa, y se vira para que no le vea las lágrimas, y en eso el claxon sonando allá abajo, a la entrada de la casa de Carla, el fatídico claxon, y agarrándome mamá por un brazo, en un raptó, corre conmigo a la ventana, casi arrastrándome, diciendo despavorida como nunca antes la había visto, ¡mira, mira eso, mira qué espectáculo!, ¡los

criados heredando a los dueños!, ¿estás viendo?, mira eso. ¿Lo ves? La antigua cocinera, un poco menos prieta que Eugenia, caminaba a abrir la verja de par en par para que entrara el Chrysler, seguida por cuatro muchachitos que antes no estaban en la historia porque de seguro los dejaba al cuidado de alguien en el solar donde vivía. El negro, antes el chofer, entra con el Chrysler, no lleva gorra, ni uniforme, ni a nadie detrás. Él es ahora el doctor Ramírez, solo le faltaría el maletín. Y mamá me pregunta, ya con los ojos desorbitados y la voz quebrada, rota en mil pedazos, si era eso lo que yo quería que nos sucediera a nosotros, y yo no sé qué idea pudo pasar por mi mente, pero no me he podido contener, sé que le voy a hacer daño pero no me puedo contener y se lo digo de una vez, ¿es eso, lo que te importa?, ¡me avergüenzo de ser tu hijo!, ¡a la gente como tú, Jesús no las deja entrar en el cielo! Y en eso, sucede.

Qué susto. Qué tres semanas aquellas. Cuánta promesa hecha a los santos. ¿Pegarme un tiro? ¿Ahorcarme? Pensar que eso la acabaría de matar me salva. Fueron los veintiún días más amargos de mi existencia, todo el tiempo hablando con Dios todo el tiempo pidiéndole consejos, todo el tiempo necesitado de desaparecer, de no haber nacido. Juanín, psiquiatra primo de Dominguito, tipo filomático con el que antes salí dos o tres veces a remar y que, un mes después lo fusilarían en la Cabaña (nunca se supo por qué), me decía que aun sin la discusión de marras, mamá de todos modos habría tenido el infarto en el lugar y hora en que le dio. Lo atribuía al estado de nervios en que durante un año la había tenido viviendo el miedo a Eugenia, y al hecho de haber entrevisto en el espectáculo de casa de Carla que me había mostrado, una visión del destino que le aguardaba a su casa de abandonar ella el país. Pero yo no lo creía, pensaba que Juanín me lo decía para aliviarme la conciencia en aquellos veintiún días en que ni el doctor Concheso ni ninguno de los otros cardiólogos que la atendían sabían si volveríamos a contar con ella.

Son tiempos en los que todavía se puede abandonar el país sin autorización del régimen. Vas a la Pan American, compras un pasaje y te apareces en el Aeropuerto. Salida que no tardarían en prohibir, me decía yo viendo el éxodo masivo de profesionales que estaba teniendo lugar. A este paso, me decían Dominguito y Enriqueta haciendo las maletas, el mes que viene no queda en la Isla un médico, no queda un dentista, un boticario, un cura.

¿Te imaginas?

Eso precisamente era lo que buscaba el régimen. Obtendrían casas para repartírselas a la masa, y el régimen se libraba de la gente que piensa. En un plazo de diez años podrían fabricar tres veces más profesionales que los que ahora se iban; profesionales inofensivos, corderitos agradecidos que se lo deberían todo al régimen o, peor, a Castro. En tanto, la falta de profesionales para salvarte la vida o empastarte una muela, sería más leña al fuego para el odio contra el imperialismo yanqui.

De ahí mi urgencia en largarnos. O viajábamos ahora o cuando cerraran la puerta, nos cogería de este lado. Papá, que estaba en lo suyo con Aureliano, se burlaba, lo daba por fantasías mías, decía que yo me aprovecharía hasta de la superstición de encontrar una escoba atravesada en el suelo para urgirlo a hacer las maletas. Uníanse a aquel mal presentimiento mío algunos fusilamientos: el primo de Dominguito, Perico, contertulio habitual de casa, Romagosa, contertulio también; estaba el fusilamiento de Laborde, que no era contertulio pero vivía al doblar de nosotros, y estaba la detención de Acevedo el marido de Juana Baeza, sin que se hubiera vuelto a saber de él. Demasiado cerca de casa sentía a las patrullas del G2. Y se lo advertía a papá y a mamá. Antes lo hacía como burla, ahora con pavor.

Papá y mamá, que también los sentían acercarse, por principio sospechaban de todos los miembros de la disminuida tertulia. Pero en particular, sospechaban de Eugenia. Sin poder fundamentarlo, mamá estaba segura de que Eugenia era la espía. Temiendo que se le ocurriera envenenarnos, o que la mandaran a

envenenarnos, puso a cocinar a Leonora, y dedicó a Eugenia a la vajilla, a la ropa blanca, a los adornos florales y a bordar monogramas en la ropa de cama y en los pañuelos de papá. Todo esto con el cuento de que Eugenia había cumplido cincuenta años de edad, más la fábula de que al cumplir cincuenta y cinco años la jubilaría con una pensión. Y si quisiera quedarse a vivir con nosotros, cosa que nos haría muy felices, se le respetaría su cuarto y su derecho en la cocina a presidir la mesa de la servidumbre. Mentiras, por supuesto, comentaba con papá. El resto de la servidumbre dormía fuera de la casa y no tenía acceso a la vida íntima de la familia. Aun así, alegando mamá justificados motivos económicos, había reducido la plantilla a la mitad.

Como de ninguno de estos miedos estaba yo enterado, seguía viendo en Eugenia una nana, una tía abuela, un ser querido en cuyas piernas me sentaba todavía de repente y le pedía que me hiciera uno de los cuentos de su abuelo, cimarrón antes de pelear con Maceo. Lo hacía por volver a sentir sus dedos ásperos y cariñosos peinándome como en los tiempos de mi niñez. Por oír la dulzura de la voz que tantas nanas me cantara, unas veces dándome sillón hasta dormirme, otras sentadita junto a mi almohada. Y a veces, cuando de noche me oía despertar con miedo a la oscuridad o porque había tenido una pesadilla, viniendo a la carrera a dormir conmigo. Hasta sin pesadillas la llamaba solo por sentirme abrazado por ella, metido entre sus brazos. Fue por eso que tan frío me dejaría papá cuando al ir yo también a regañar a mamá por lo que le había dicho a Eugenia cuando lo del café derramado, me dice al oído, después de habérmelo dado a entender por señas palpándose la lengua: Nos está espiando, pero disimúlalo, no cambies con ella. Por supuesto, a pesar de la seguridad con que me lo dice, no lo doy por cierto, no lo puedo dar por cierto. En cambio, extraigo de su conducta y de la de mamá en el episodio de aquella mañana, una pregunta. ¿Si fuera de hablar mal del gobierno ellos no estaban metidos en nada, por qué ese miedo a Eugenia?

La pregunta tuvo su respuesta al mes siguiente; pues al mes siguiente, me entero del peligro que nos hallábamos y de las razones secretas de papá para no abandonar el país, puesto que emigrar, se detendría un laborioso atentado contra

Castro que habría sacudido el país. Era una acción con la que, según creía él, no podrían relacionarlo. Ninguno de sus contertulios participaba en la misma. Los utilizaba de fachada, para que Eugenia, creyendo hacer lo suyo, fuera su mejor abogado ante los del G2, consciente papá de que los del G2 nunca creerían que en casa de un siquitrillado de envergadura no se hablara mal del régimen. Después, y ahí es cuando él y mamá empiezan a temerle a Eugenia, surge la incógnita de si esa mujer no habría visto y oído más de lo que ellos creían, o de si Eugenia en busca de puntos no estaría informando de más, digamos, trabajando para quedarse con la casa. Mamá la había visto un día hablar por teléfono con una cara muy rara y estuvo por preguntarle con quién hablaba. Temiendo que le contestara que con nadie o que le fuera mentir, no se lo preguntó; en definitiva, pensó que si no se comunicaba desde la casa, lo haría en la calle al salir a comprar los víveres frescos de la casa, cosa que llevaba veinticinco años haciendo. Después soñó que nos espía. Y así, puesto que al que velan no escapa, atando cabos por aquí y por allá, uniendo datos que en su momento parecieron insignificantes, mamá llegó a estar convencida de que Eugenia era la espía. Papá, sintiéndose sitiado pero dispuesto a resistir, vende El Tocaroro, lo regala casi. Era su yate. Un precioso yate de motor y velas cuyo capitán vivía pasándole la mano, cosa de tenerlo listo para zarpar tan pronto papá se apareciera en Barlovento en plan de pesca o de paseo. Creía con esa venta haberle dado al G2 muestras de inocencia, de no estar metido en nada. El pobre. Era en aquel momento el conspirador más indefenso del mundo. Por ingenuos como él había podido el G2 a esas alturas consolidar su poder. Yo, aunque nunca trabajé con esa gente, había aprendido mucho de sus métodos.

Cuando me entero de lo que planean, estoy listo para jugársela al G2. Tienen previsto detener a papá al día siguiente. Lo harán tan pronto salga de casa la segunda de las dos personas que a partir de las diez de la mañana están citados con papá. La primera, un arquitecto que ha trabajado con él durante diez años. Es la persona que le entregará los explosivos para siete explosiones simultáneas por control remoto y los medios para producirla. Técnica en la cual deberá papá instruir a la segunda persona citada: un desconocido con vestimenta y equipo de

fumigador que sobre las once y media fingiría vendrá con el pretexto de fumigar la biblioteca.

Es una información indudable. Citas, personas y detalles de la misma, son confirmados por papá, que muy asombrado se abre al fin conmigo. Me los ha hecho llegar a través de mi hermana, en cuya casa se metió subrepticamente, Sierrita, nombre de guerra de un oficial del G2, con el que tenía mucha aventura compartida desde marzo del '58 cuando me lo envió Manolo Suzarte con tres muchachos más, para que los enseñara a disparar. Lo hacíamos en la pequeña finca de recreo que tenía papá colindando con la laguna de Ariguanabo. Lugar ideal, hábitat de miles de yaguasas, guineas salvajes, patos de la Florida, y cuanto pájaro pueda imaginarse, siempre había por la laguna y sus alrededores gente cazando, de modo que oír disparos en aquellos parajes no llamaba la atención. Cuando un mes más tarde Sierrita es comisionado para ejecutar al teniente que asesinó a Ledón y a Fundora (dos muchachos de la gente de Fontán), lo escondí en casa durante treinta y nueve días sin que papá ni nadie lo supiera. Lo metí en mi atalaya de la azotea, donde tenía mis y mis pesas, y un refrigerador y una camita, y un pequeño buró, algunos libros, varios trofeos y el buzón para las cartas que me escribía, y tenía baño. El lugar donde me refugiaba para estar solo. Por la noche salíamos a poner bombas en un Nash viejo que Sierrita dejaba a la intemperie en el patio de su madrina de santo, la cual le había hecho tatuar en la espalda, de lado a lado y de cintura a nunca, una Santa Bárbara. Al Nash le habíamos abierto un hueco en el suelo y por ese hueco íbamos dejando nuestros regalitos con el cuidado de un ave que se detuviera a poner un huevo. Agarrado con una tenaza, bajamos el petardo al asfalto, y a cambiar de calle, y de barrio. Quince o veinte petardos todas las noches puestos de esa manera.

En la noche del 29 de agosto, víspera de mi cumpleaños diecinueve, fue preciso dispararle en Luyanó a un caballito. (Así le decían entonces a los motociclistas de

la policía). Nadie lo hubiera querido. Era él o nosotros. Vio explotar la bomba, no nos detuvimos cuando hizo sonar la sirena de la Harley y ya lo tenemos ahí junto a la ventanilla a noventa por hora, apuntando con su 45. Este azar nos deja sin poder salir del barrio. Estamos sitiados. Logramos sin embargo llegar a la calle Reforma. Pero también en Reforma nos encontramos una seguidora avanzando de frente y otra acercándose por detrás. Abandonar el Nash es dejar huellas digitales (Sierrita no tiene carterita dactilar pero yo sí). Y la seguidora de enfrente ha empezado a dispararnos.

No hay alternativa. Ripostando, abandonamos el Nash, y a correr. Pistola en mano entramos por una puerta abierta. Empezando lo que va a parecer un sueño, nos favorece el tropelaje que se forma entre el montón de gentes, vecinos del barrio que están en la sala de aquella casa viendo en la televisión el programa de Pumarejo "Reina por un día" y el grupo también numeroso que miraba el programa por la ventana y entró a la casa en estampida a guarecerse del tiroteo. Murito al fondo, azoteas, y media cuadra más allá, llegando a Rodríguez, nos descolgamos por un patio y salimos a una casa de la calle Fábrica. En la sala, una vieja que había estado oyendo *La Novela del Aire* cuando empezó el tiroteo y que ahora, al vernos de repente a su lado, nos mira entre aterrada y maravillada, sin saber si hemos bajado del cielo o qué. Tampoco la vieja me es desconocida. Todo lo sucedido a partir del comienzo del tiroteo lo había yo vivido en otro tiempo. Incluso me acordaba del sombrero de paño negro de ala corta en la percha, me acordaba del taburete con el cuero del respaldo medio zafado y el fondo maltrecho y me acordaba del búcaro de plástico rojo atestado de flores de papel y cagadas de mosca en una repisa. Tres cosas por las que le ofrezco a la señora cien pesos. Se los voy a aceptar porque los necesito, dice ella muy resuelta, saliendo de su asombro. Pero tengo que pagárselos con bonos del 26 de julio, le digo, porque en efectivo no traemos ni un centavo. No es lo que ella esperaba, pero es dinero también, dice. Toma de encima de la máquina Singer al lado de la radio una chaqueta azul marino y se la da a Sierrita. Aunque le va a quedar grande, le dice, póngase este saco. Lo tenía para coserle un pantaloncito al más pequeño de mis nietecitos. A usted le quedaría muy chiquito, dice hablando del saco conmigo. Ni

tres minutos hemos estado allí. Haciéndose el cojo, Sierrita, toma Fábrica abajo, hacia Vía Blanca, sombrero de paño negro y chaqueta azul marino. Yo tomo hacia la Calzada de Luyanó, en la cabecera opuesta. Llevo el taburete al hombro y el búcaro junto al pecho. De repente alumbrada como una mañana de sol a las nueve, Fábrica es un infierno de perseguidoras que llegan aullando y de policías tirándose de ellas a registrar las casas.

Se me planta delante un teniente de mediana edad, bloqueándome el paso. ¿Mudándose a esta hora? ¿Y ese cachivache?, pregunta asombrado mirando el taburete hecho leña que llevo al hombro. Ahí es donde se sentaba mi viejo a tomar el café, le digo. Por favor, oficial, se lo suplico, que esa desgraciada me va a alcanzar, y ya le dije que no le iba a aguantar una más. Rápido, el teniente me palpa la cintura por delante y por detrás. Bueno, dice respirando aliviado, usted enójese, pero no la mate, que por eso echan años, y me cede el paso con premura mientras por señas manda a darme vía libre. Está limpio, les grita. En el búcaro llevaba la pistola y un segundo peine.

Todo aquello seguía pareciéndome un sueño del que estaba por despertar, la filmación de una película, algo que no era real y por eso mismo no sentía ni gota de miedo. No podía sentirlo. Sierrita lo atribuiría a los poderes de su Santa Bárbara.

En las cuatro semanas que siguieron, ya clandestinos, pero escondiéndonos por separado, hacíamos el trabajo con un Studebaker que nos consiguió Dominguito. Aunque ya con sus diez años, era una delicia conducir aquel carrito. Ni lo sentías al arrancar, y por empinada que fuera una cuesta, el Studebaker ni se enteraba. A ese le hicimos un hueco más grande que al Nash para poner bombas más potentes, de mayor calibre, artefactos cuyo estruendo al explotar en la calle hiciera volar vidrieras y hasta puertas. El propósito era hacer bulla, meter miedo, hacer saber que la revolución estaba en la calle, que la consigna del M-26-7 de “Cero Cine, Cero Compras, Cero Cabaret” era para cumplirla.

Son peligros que unen, experiencias que casan secretamente, miedos que sueldan. Uniones por lo general para toda la eternidad. Aparte de que Sierrita, que seguía creyendo a Castro un dios, ya venía desencantado con los del G2, sin entender que tuviera que renunciar a su religión para seguir haciendo el trabajo que le gustaba hacer.

Gente de escaleras de incendio y de puertas de fondo desde que me recuerdo, tan pronto me doy cuenta de que papá y mamá están metidos en algo grave, única cosa que explicaría el miedo tan salvaje que Eugenia les inspira, comienzo en secreto a cavar mi túnel. Vendo mis dos relojes Omega y unas piezas que había importado a principios del '58 para la *Piper*. A través de un tercero insospechable, compro en Caibarién una lancha vieja. Es de petróleo, pero por lo que me habían dicho, tenía capacidad más que suficiente para lo que yo la quería. Haciendo creer que la enviaba papá, la hago trasladar a La Coloma con el pretexto de calafatearla. Por ser La Coloma un lugar de pescadores hay (o había) allí gente que se dedica a eso. En La Coloma le habían calafateado a papá El Tocatoro, y también El Mendrugo, su yate anterior. A fin de no encontrar la lancha en los burros si llegara a necesitarla, mando a decir (siempre haciéndoles creer que es de papá de quien están recibiendo las órdenes) que la dejen fondeada frente al astillerito, que esperen por una resina novedosa que debía recibir de Holanda la cual ahorra trabajo y alarga la vida de la embarcación pero que debía ser aplicada con la nave recién sacada del agua. Con la lancha había enviado un bidón de petróleo de los de cincuenta y cinco galones.

Mediante una supuesta llamada equivocada, papá aquel memorable día 25, deja un aviso cifrado en el teléfono de un tercero a sus colaboradores citados para el día siguiente. Yo de corre corre he invitado al pianista Frank Emilio para una velada íntima ese propio día a las a las nueve la noche, y mamá ha encargado flores a Goyanes y un buffet a El Carmelo para diecisiete personas con un camarero y un barman. Después, para ilustración de la supuesta espía Eugenia, y

para los del equipo del G2 que desde quién sabe cuándo nos tendrían cogido el teléfono, habla con su hermana Chenchá, la madre de Enriqueta. Le pregunta si sabido algo nuevo de Enriqueta y Dominguito, y le pide por favor venir a ayudarla, ella que tan buena mano tiene para esas cosas. —Tom te recoge y luego te lleva.

Todo esto con Eugenia al lado sacando manteles y servilletas y poniéndolos en pequeñas tongas sobre la mesa. Yo después de almuerzo he parqueado el Pisicorre afuera, para que se vea desde la calle. Le encasqueto la parrilla que le poníamos para ir a la finquita del Ariguanabo los fines de semana y ayudado por papá pongo un kayak en la parrilla, pongo dos sombrillas, cuatro sillas plegables y encaramo a mi perro Coronel, —que siempre iba a la finquita con nosotros y después se ponía a cazar por su cuenta. Sobre las cuatro, salimos para el Havana Yacht Club donde Américo, por ese tiempo a cargo de la intervención de los clubes; a cambio de fugarse con nosotros, nos aguardaba para meternos en un panel de suministros del Yacht Club donde viajaríamos embutidos entre grandes cajas de ropa de milicia. Mamá vuelve a rogarle a Eugenia y a Leonora proteger al buffet de las moscas y del gato de casa de Carla. Sobre las siete estaremos de regreso, le dice a Eugenia y le tira un beso con los dedos. Por primera vez en casi un año, habló ese día por teléfono sin sentir demasiado miedo, me dirá ya en alta mar con la luna empezando a salir.

Ahora en Miami doy vueltas por la ciudad sin haberle podido sacar un centavo a nadie en casa, pero dejándolos muy preocupados. Y quedándome yo también muy preocupado por lo que pudiera suceder con mis padres cuando llegue mi momento de hacer efectivo el juramento que de rodillas en el suelo les hice. Aunque no tuviera Allá ni un centavo, iría. Y siguen pasando escaparates, vidrieras. No sé qué hacer, cuál puerta tocar. Le debo a mi padrino cien dólares. Y al doctor deberé pagarle hoy mismo o mañana a más tardar. De lo contrario, nos botará del cuarto.

Tengo, tengo que conseguir dinero. No puedo permitir que sea Carla la que... De ningún modo. Jamás. Se me ocurre entonces ir a casa de Dominguito.

Todavía Dominguito vivía en la calle Zoreta al fondo del campus de la Universidad. Toco. Vuelvo a tocar. El visor de la puerta.

—Pasa. Le están sacando una muela —dice Enriqueta muy seria al abrir—. Estás andando con ella.

No contesto.

—Aquí no la vayas a traer.

—No pensaba hacerlo.

—No sé qué le ves —y se acerca para que la bese al tiempo que se me pega con mucha intensidad abriéndose la bata. No trae nada debajo.

Mi gesto de desagrado la detiene.

—Entonces has venido porque necesitas dinero.

Me franqueo.

—Pues jódete, pídeselo a ella que debe estar podrida en dinero acostándose con todo el mundo como vive.

—Dile a Dominguito que estuve aquí.

—No te vayas, él tiene algo que puede interesarte. Es un asunto contra Castro.

—Cuando esté, volveré, —digo ya en la puerta.

—¡Pero si está aquí!

—¿No le estaban sacando una muela?

—¿Un refresco, una cerveza?

—Ni agua.

—Entonces entretente con las noticias.

Empezaba el noticiero.

Pura propaganda. Igual que allá y con seguridad tan demagógico y mentiroso. Al fin, precedido por Enriqueta, salía Dominguito de su habitación con el dentista. Era el doctor Beatón Uribe, profesor universitario y ortodoncista afamado en La Habana que fue. Para despistar a la policía, lleva el instrumental de su oficio en una bolsa de *Saks Fifth Avenue*. Nos presentan y se marcha. Por Dominguito, que al tener la boca anestesiada no se le entiende, habla Enriqueta.

—Ni que me lo hubiera dicho un pajarito —decía.

Un americano conocido de ellos anda buscando un piloto de confianza para dejar caer unos paquetes en determinados puntos de la Isla. Dos o tres vuelos. Me observa, comprende.

—¿Hay que aterrizar?

—Este viaje no, dejar caer los paquetes en los puntos indicados.

—¿Paquetes de qué?

Ni ella ni Dominguito lo saben, pero pagan bien.

—Eso ya no es como antes —digo—. Ahora le tiran a las avionetas. Y las tumban.

—Cruzar la calle también es riesgoso —replica Enriqueta fingiendo indiferencia.

—Si no fueras mi prima hermana te mandaba a donde ya sabes.

—De acuerdo, pero la proposición estará en pie hasta las nueve de la noche de hoy. Hasta las nueve.

Regreso al cuarto. Le pago al doctor. Está viendo la televisión. El aparato

apenas cabe en la sala, amontonado con las camas, los bultos. En el centro, la mujer, planchando. El doctor se pone misterioso. Ha salido conmigo al pasillo.

Primero me pide excusas por la intromisión. Termina de contar el dinero por segunda vez. Me lo pregunta muy serio,

—¿Usted le ha vuelto a pegar a Carla? Me sorprende.

—Yo nunca le he pegado, hemos forcejeado, pero pegarle...

—¡Ah!, me había parecido... Nos debe todavía lo de la puerta. Recuérdelo.

—Pues les pareció mal, doctor.

—Entonces investigue, porque parece que alguien le pegó o que a ella le dio ahí una cosa, y no se olvide de lo de la puerta.

Vuelve a contar el dinero.

—Se ha pasado el día llorando. Quizás fue la visita del padre. ¿Sabe usted que ellos vivieron aquí unos meses?

—¿Quiénes?

—Sus padres y ella.

Para de contar.

—No me da la cuenta.

—Doce pesos, le digo.

Vuelve a contar.

—¡Ah, sí! Ahora sí. Ahora tienen un muy buen apartamento. ¿Usted no ha estado allá?

Déjeme contar otra vez, parece que se había pegado uno... qué cosa más extraña.

Uno, dos, tres...

Entro en el cuarto. Enciendo la luz. Carla está con la cara roja de llorar, los ojos hinchados, tirada en la cama, empapada en sudor bajo la sábana.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué llorabas? —Está temblando. Miente.

—¿Yo? Algo fosforescente se enciende de repente en sus ojos. Algo malévolo. Aparta la sábana. Se saca el blúmer. Abre las piernas, aparta la trenza. Y mientras comienza a acariciárselo y a poner ojos de felicidad.

—Ven.

Es un golpazo, una puñalada. Me siento parte de la inmundicia que una yegua como tú tiene que devorar,

—¡Putá! ¡Degenerada!, —estallo— ¡Me cago en el corazón del recontracono de tu madre, depravada!

Tiro la puerta.

Doy vueltas. Me voy hasta la torre del Refugio en el 600 de Biscayne y allí me encuentro con amigos. Hablamos de Cuba, de la gente que parece estar entrenándose en Centroamérica, pues al respecto no hay todavía nada oficial. Lo están haciendo con bastante misterio, parece que para sorprender a Castro, caerle arriba sin que se lo espere. Hablamos de los refugiados que llegan a diario y de los que regresan a Cuba, fulanos que van a repatriarse, ahora que allá están regalando las tierras y las casas que son de nosotros, en fin, como decía Conte, los perros que muerden la mano que les diera de comer, y a los que en el aeropuerto mientras la policía mira para otro lado, se las cobramos, les dotamos del debido recuerdito, de la avería que hiciera saber a La Habana que en este bastión por la libertad y la fe, no olvidamos.

Con toda esta acción desplegada como un poseso durante horas, se me ha ido pasando el asco por ti, siento que eres un animalito desamparado que necesitas mi protección. Ha llegado la madrugada y te necesito. Voy a buscarte. Pero no estás en el cuarto. Encuentro un papelito prendido con un alfiler en la almohada. “Me fui para siempre, maricón”. Doy una fuerte patada contra el plywood del tabique, se forma el alboroto.

—¡Coño, si todavía no ha pagado la puerta y mira lo que hace!

No hago caso. Salgo a la calle. Camino. Doy vueltas. Me miento la madre. Regreso. Puede ser que hayas vuelto. Nada. Me tiraré en la cama. Quizás te arrepientas, quizás vuelvas antes del amanecer. Aquí debo estar para cuando regreses. Seguramente regresarás. Tú también me necesitas. ¿Por qué te necesito yo? No sé. Nunca se sabe, pero te necesito.

Contigo me hundo en la mierda pero te necesito. Eres como un calmante, como una adicción. Pero no vienes. Me duermo. Tampoco vienes al otro día. Doy vueltas. Papá me ha dicho que a casa no regrese hasta que no rompa contigo. Miami me queda chiquito. Necesito olvidarte, pero no puedo.

Las calles se te vienen encima con sus escaparates, sus vidrieras, la gente de compras, ese automóvil, aquel traje. Los letreros. Las vidrieras. Ese hombre cargado de paquetes, esa vidriera atestada de frutas tan perfectas que parecen artificiales, bañadas de todos los colores, llenas de todos los olores, ese jamón muriéndose detrás del cristal. El mundo tiene crueldades pero ninguna como esta. Hay de todo pero no puedes comprar nada. Mira aquellos dos detrás de los cristales, con qué gusto mueven las mandíbulas lenta, aplastantemente. La servilleta, la grasa de las manos, la cerveza. Otra vez el pollo, lenta, aplastantemente. Esa chaqueta. Daría la vida por poder comprármela.

En La Habana, para completar en secreto el dinero de la lancha me había desecho de mis relojes, hasta del anillo de mi graduación de bachiller. Y dadas las circunstancias de nuestra fuga, ni tocar los closets. Las vidrieras. Un mundo de hambre te da vueltas en la cabeza. Piensas en las veces que dejaste un bistec casi entero en el plato. Las veces que ni siquiera te quisiste sentar a la mesa, las latas de comida que en casa se botaban, los jamones colgando encima del fogón que Eugenia ahumaba de un año para otro.

Con lo que gane en este vuelo alquilaré un apartamento y me mudaré solo. Papá no quiere que me meta en nada y ya estoy metido. También estoy demasiado grande para seguir viviendo como un colegial. Aquí la cosa es distinta. Ya no estamos en La Habana. Aquí hay que agenciárselas. Brutal que es el exilio. Te creías inmortal y te enseñaron una tumba. Te creías bello, puro, redondo, y te hicieron ver por dentro, estabas lleno de intestinos, de vísceras, de porquería. Estas cosas suceden pero uno no debería saberlas. Cuando eso ocurre la vida se vuelve mierda. A alguien tienes que cobrársela. Cómo no vas a ir a Cuba. Si en vez de ir ahora a tirar paquetes probablemente de dinero o de propaganda, tuvieras que ir a tirarlos de dinamita, irías también. Es grato poder dormir tranquilo, satisfecho del deber cumplido, es bueno parecerse a Dios. No pensar, no preocuparse. Ser bello todo el tiempo. Era bueno levantarse con la única preocupación de la ropa que te ibas a poner. Llamar por teléfono, hacer citas. Llegar a El Carmelo y ver siempre alguna joven esperando una sonrisa, una invitación. Los tragos, la posada, Varadero. Siempre alguien esperándote.

Es la vida en sociedad lo mejor que se ha inventado. Los amigos siempre dan fiestas. Tus manos limpias, la ropa impoluta, perfecta. El tiempo no cuenta, hablar de precios es ridículo. Tu tiempo se reduce a desear, a ser distinto, hermoso. ¿Quieres un material nuevo? Te pasas por la oficina del viejo. Siempre levantas algo, nunca hay problema. Eres Dios. Un pequeño, rubicundo, poderoso dios. La pobreza es mierda. Yo la entiendo, pero no la acepto. Jamás. No es que se venga o no se venga a la Tierra con un destino, el mío era aquel. El buey no padece porque siempre ha sido buey, igual el mediocre, por eso no pueden sufrir lo que yo sufro. Los viejos días volverán, Volverán. Por lo pronto, hoy empezaré a volar a Cuba según mi conversación de la semana pasada con Mr. Cleo.

Llego al cuarto y te hallo sentada en la cama acariciándose la boca con la punta de la trenza, abriendo sobres y revisando mis cartas, leyendo mis poemas. El

corazón me revienta en el pecho. Para este instante había preparado un discurso, una golpeadura. Ahora solamente acierto a preguntar:

—¿Dónde has estado?

—Con tipos, por ahí, —dices sin levantar la cabeza.

Me dan ganas de matarte. De sacarte los ojos con las uñas. De entrarte a puñaladas, romperte dos botellas en la cabeza, echarte agua hirviendo, morirme en presidio; no sé.

—¡No cambias! ¡Qué manera de escribir basura!

Las piernas se me cuarteán.

—¡Quién te manda a leer lo que no es tuyo! Eso es una frescura.

Te saco el poema de las manos.

—Basura. Poeta, Vallejo. ¿Por qué no aprendes de Vallejo? Lee a Vallejo. Ahí sí hay un poeta.

Te gusta hacerme daño, humillarme. Sabes que no pretendo ser poeta, que jamás publicaría lo que escribo. Al principio fueron textos escritos para darme el gusto de hacer bulla en tu Olimpo, y después los compuse como quien se pone a hacer solitarios. Con todo, me ha dolido oírte los llamar basura. Sabes dónde golpear. Sabes destruir, volver polvo, fango.

Sacas un poema que te habías guardado en el seno. Lo lees. Luego me agitas el poema en la cara.

—Oye eso ¿Esto es poesía? —Te quedas mirándome.

Poco a poco, sin embargo, va apareciendo la sonrisa, la ternura.

—De todos modos es halagador saber que has escrito estas cosas por mí.

Te dejas caer en la cama, blanda, suavemente; los ojos lilas, la mirada húmeda, la trenza arrepentida, pobre, destartalada.

—¿Por qué haces esto, Carla, por qué?

Llega el americano y me voy con él en un Ford. Me proveen de ropa. Subo a la avioneta, como en mis buenos tiempos. Es igual a la Super Cub mía, solo que pintada de gris. “La cosa por Camagüey está tranquila”, me dice. A eso de las cuatro despegó. Llegaré a Cuba con el sol bajo pero sin que todavía sea de noche. Puedo estar de regreso para comer. Ha sido un viaje tranquilo. Te elevas y te parece estar en otro mundo. Aferrado a los mandos vuelas como un pájaro. Allá abajo el mar se ve sereno, un poco pardo a veces, cruzado por anchas ráfagas de luz. Lo pardo, la oscuridad, otra vez la luz. Las ráfagas. A lo lejos el último pedacito de sol se hunde en el horizonte. Las ráfagas de luz van siendo menores, las aguas van siendo más pardas. Más. Un manto definitivamente pardo ha caído sobre ellas. Se mueve lenta, blanda, incluso olorosamente. También se percibe su rumor. No es el rumor de las olas, es el rumor de la quietud. El dulce rumor del silencio. Alguna vez pasa una lancha, un bote, un barco, alguien hacia la costa. Parecen cajitas de fósforos, pequeñas laticas resplandecientes, divertidos juguetes de niños. También los envuelve la quietud, el rumoroso color pardo del silencio. Tú ni te sientes. Eres el dueño de todo. La inmensidad es tuya. Penetras el aire y te parece estar entrando en el paraíso. Es como violar algo muy dulce, muy casto. Es una suerte especial, una sensación, un modo, algo que no podría definirse. En el aire te sientes más seguro que en ninguna otra parte. Te sientes más bravo, más grande, más capaz. Pero sobre todo, te sientes mejor. Allá arriba todo es noble, todo es puro, inmortal —sin tiempo es la palabra. Nunca se piensan cosas malas. Allá arriba se es un ángel. Se está tan cerca de Dios. Es Dios y tú. La eternidad y tú.

Consultas el mapa y ya estás en Camagüey. Cruzas el río, el puente. Ajá, allá a la derecha está el tronco ardiendo, un poco más allá el hombre con el Coleman, las dos palmas voladas por el rayo, ahí: esa es la referencia. Déjame elevarme un

poco más no vaya a ser una trampa. ¿Y si los han descubierto? ¿Y si han confesado? Allá voy. Dejo caer mis paquetes, doy la vuelta. Ha sido una hermosa vuelta ancha en círculo. Qué lástima que no se pueda permanecer en el aire todo el tiempo. Dos horas más tarde estoy aterrizando. El americano me felicita, el jefe de la base militar me da la mano. Me cambio de ropa, me meten en el carro, me llevan de nuevo para casa de Dominguito.

—Le ruego la mayor discreción, Mr. Tom.

—Despreocúpese, Mr. Cleo.

—Esté listo para una nueva salida.

—Considéreme a sus órdenes.

—Le felicito otra vez, Mr. Tom.

Al día siguiente compro un Oldsmobile 88 de segunda y encontramos un apartamento en North Miami, lejos de los conocidos y más cerca de la base aérea y nos mudamos. No es gran cosa pero ahora estaremos nosotros dos solamente. Estiraré el dinero lo más que pueda. No pienso volar a Cuba de nuevo. Es peligroso. Mucho miliciano, mucha antiaérea rusa y china sin que Eisenhower acabe de darse por enterado de que al viejo armamento de Garands, Springfields y ametralladoras San Cristóbal que los rebeldes heredaron del ejército anterior, le han sumado la feísima Pepechá, los fusiles R-2, y el Fal que hasta puede derribar avionetas como la mía, y la metralleta checa para el combate a corta distancia, además de municiones para cien años. Senilidad, ceguera, costos de tener un presidente de esa edad que los rusos están aprovechando.

Como primera instrucción a los de Allá, dieron la del entrenamiento diario. Marchadera por la calle de noche, arme y desarme todos los días, en todas partes, para formar aguaje, crear atmósfera de guerra; prácticas de tiro al blanco, mucho

arrastrarse entre nidos d alambre, mucho pasar y volver a pasar bajo el fuego rasante de las ametralladoras a diez centímetros de tu cabeza hasta perder el miedo. O la cabeza. A ese paso, cuando por fin lleguemos, habrá Allá un gran ejército entrenado y equipado. Súmese a ese entrenamiento el cebo de haberles dado (o prometido) tierra y casas. Por diez habrá que multiplicar la motivación de cada uno de esos milicianos. No me engaño. Estuve entre ellos. Fui uno de ellos. Sé cómo trabajan. El método ruso sin saltarse ni una coma.

Sin saltarme ni una coma yo tampoco, suscribiría hoy, cincuenta y siete años después, la precedente apreciación de cómo iban las cosas en Cuba por aquellos días. En Bahía de Cochinos el enemigo no fue la gentil bayamesa prometida por los diseñadores de la CIA. Quien nos recibió fue el otro, el que yo conocía. Aquel que además de contar con el entrenamiento, gozaba ahora de medicina y educación gratuitas, se encontraba asistiendo al emocionante espectáculo de una campaña de alfabetización, y ávido esperaba además el resto, los contenedores infinitos de las abundantes regalías por llegar. Pues como de costumbre en estos fantasiosos regímenes de estirpe leninista, lo que el tirano no ha podido hacer o regalar aún, lo promete para cuando llegue el porvenir. Promesas que hace con la naturalidad de quien hablara de la llegada de un tren, o del próximo invierno.

Han pasado varios días. Hemos tenido algunas discusiones, sobre todo por la noche. Casi nunca quieres hacerlo. Te sacudo, me hago el que voy a ahorcarte con la trenza. Luego te pasas dos o tres días bien. Entonces vuelves a lo mismo. Te sigo deseando como el primer día. Esto quizá sea porque nunca te he tenido de veras. Eres fría, ajena, distante. Abres las piernas y crees que con eso basta. El día que llegue a desesperarte, a tenerte completamente, a hacerte gemir como un animal moribundo, te mandaré al diablo. Pero quizás no. Te me vas haciendo imprescindible. Debe de ser que nunca me había enamorado. Debe de ser que

nunca me habían querido. Debe de ser..., bueno, debe de ser que el amor te vuelve idiota, qué carajo.

—**E**stoy embarazada —me dices con una suave voz caliente un día en que te tengo tumbada sobre mis piernas. Estábamos mirando la televisión y mis manos jugaban con tu trenza.

De momento no sé qué decir. El miedo y la alegría se juntan. Un muchacho ahora sería un estorbo. Pero también sería un hijo tuyo. Jamás me han gustado los muchachos. Pero este no sería un muchacho. Sería un hijo. Todo esto es una verracada. Un muchacho y un hijo son la misma cosa. Pero no son la misma cosa. En este caso sería un hijo tuyo. No sé. Un hijo nos ataría, nos impediría. Pero también sería como tener algo de ti, un brazo, una pierna, como empezar a tener algo tuyo o como darte yo algo mío, dejarte algo mío, sembrarte algo de mí. Me doy perfecta cuenta de que no es cariño por el hijo. Es una especie de venganza por tu indiferencia. Es también un poco de vanidad, una necesidad íntima de prolongarme. No sé. Estas cosas se piensan de distinta manera. Aquí no intervienen las ideas. Son cuestiones de la sangre. Qué diablos me importa tener un hijo. Mañana esto se acabará, porque algún día se tendrá que acabar lo nuestro, y entonces será un asunto tuyo, un problema tuyo. Solamente. Pero no fue así.

—¿Te molesta?

—¿A mí? Con tal que hagas con eso lo que tienes que hacer...

Silencio. Se hace un largo silencio. Mis manos se han paralizado en tu pelo. En tu cara no hay expresión. No puedo saber si te ha gustado o no, pero no es cuestión de que te guste o no, es sencillamente que tiene que ser así. Nuestro derecho a ser felices lo demanda. Te paras. Apagas el televisor. Te sientas en el butacón de enfrente. Comprendo ahora por qué desde hace días has querido dormir con un oso de peluche.

—Eso mismo había pensado yo. Además, no es tuyo.

La puñalada, el hoyo traperero por donde desapareces, Tom. Cómo te odio en este minuto.

Pero quizá no te odie. Simplemente te odio. Cada una de esas palabras tiene que haber pesado media tonelada. La mente se me congela. Quedo aplastado debajo de las palabras.

Todos los escombros del mundo han caído sobre mi humilde persona. Enfrente estás tú, tu cara dando vueltas frente a mí. Es un ventilador que se va poniendo azul, violeta, hasta que se pone negro. Entonces ya no eres tú. Eres una inmensa bola de hierro golpeando contra mi costado, demoliendo algo perdido que hay dentro de uno, no se sabe dónde, pero que debe de estar, seguramente, más abajo del alma, después que se pasa el ombligo. Sin embargo no has dicho una sola palabra más. Has de estar localizándote una mancha en la ropa, como mamá, sacudiéndote con el revés de los dedos alguna pajita imaginaria. Quizá estés mirando por la ventana. Contemplando al oso tal vez. En realidad yo no te veo. Tus palabras se han quedado suspendidas en el aire. Tan ahí están que se ven. Hay palabras que no se oyen. Esas no sirven, se van, se pierden. Pero hay palabras que se entierran, palabras que no se oyen. Esas son las que se ven, las que casi se pueden tocar, y tú las ves que se quedan ahí, mirándote, golpeándote con muchas manos. Así están tus palabras: suspendidas sobre mi cabeza, sobre mi sangre, sobre mis oídos helados, sobre sabe Dios qué dios Íntimo. Pero debo sobreponerme.

Comienza el ventilador a girar hacia atrás. Regresan los colores, a la inversa. Reaparece tu rostro. En el segundo transcurrido he vivido todos los años del tiempo. Yo también regreso de otro mundo. Puedo ser inteligente. En este segundo transcurrido has pensado como nunca, Tom, te has adueñado de toda la sabiduría. Has amarrado el dolor. Está ahí pero no puede moverse. Está bien oculto, guardado, prohibido. Cuando contesto me doy cuenta de que he contestado tus palabras en el acto. No puedes haberte dado cuenta de los golpes que me has dado, Carla, del derrumbe que me sepulta. Las piedras, los

escombros. Sacas una mano Tom, la otra mano, la cabeza. Límpiase esa sangre. No has visto nada, Carla. Ha sucedido como un golpe, como un chispazo, un alambrazo que te permite sufrir y saberlo todo en un segundo. El tiempo es un invento, una fantasía, un negocio de relojeros. La intensidad es lo que cuenta, ésa es la gran medida. Y te sientes feliz, satisfecho. Tu honor de hombre ha sido salvado. Con toda la despreocupada indiferencia de que se pueda ser capaz, contestas:

—Tratándose de una puta.

En los siglos transcurridos durante este instante he comprendido que debo destruirte, que tengo que destruirte. Nos quedamos en silencio. Quién sabe las cosas que pasan por la cabeza en momentos como estos. De buena gana te echara a la calle pero debo darte la impresión de que no me importa, de que te tengo aquí como un objeto más. Tengo una batidora, tengo una radio, tengo una TV, tengo una aspiradora, tengo un bollo. Trataré de ser tan natural como hace dos minutos. Tomo unas historietas de Superman. Paso a Dick Tracy. Don Fo. Nunca comprendí por qué Don Fo era tan feo, olía tan mal. Pero hoy Don

Fo no me interesa. En el fondo Don Fo era una buena persona. Pero el mundo está lleno de buenas personas. Todo el mundo para Don Fo sería demasiado. En el fondo me gustaría que lo envenenaran. Por idiota. Hoy odio a Don Fo. Lo odio con toda mi alma. De buena gana le entrara a balazos. Tú comienzas a silbar. Eso me molesta. Debieras estar llorando. Pero ¿llorando por qué? ¿Llorar una puta que confiesa llevar en la barriga un hijo de otro? No, mi querido Tom, usted tiene que ser inteligente. Siga mostrando frialdad, póngase al nivel de ella. Usted ha caído en la trampa del amor y eso hay que pagarlo. Solo le queda el recurso de la inteligencia. Entonces te avisan por teléfono que el americano te espera en casa de Dominguito. Le dices a Carla que quizá regreses temprano para almorzar. Cuando regresas ya es de noche. Carla no está. Sus pocas cosas están colgadas donde siempre. Pero ella no está, y tienes la impresión de que se ha ido para no volver. Te tiras en la cama, te duermes. Tienes de nuevo ese sueño siniestro que te persigue. Despiertas solo en la cama a la mañana siguiente. No piensas nada.

Tampoco sufres. Te sientes destruido, nada más. Tienes la impresión de haber asesinado algo, a alguien o de haber sido asesinado, o de ambas cosas a la vez. Eso es todo lo que puedes saber. Es una sensación bien difícil, pero solo eso: una sensación. Si llegase a convertirse en una idea tendrías que suicidarte. Por eso no se piensa, tampoco se sufre, es mucho más fácil, te dejas morir a pedazos. Los recuerdos se evaporan, los proyectos se diluyen, solo queda esa cosa que arde después que se pasa el ombligo, después del alma, más abajo. Entonces te mueves por la casa como un loco. Si te pegasen, te dejarías pegar. Si te diesen un beso, matarías a quien te besase. Tienes unas ganas horribles de hacer algo horrible. Pero ¿qué? ¿Matar? Eso no sería horrible. Ah, si el mundo fuese un perro, algo que se pudiese juntar con las dos manos, coño, y estrangularlo. Mejor llamas a Dominguito.

Horas después estás en la Base. Entras en la *Piper* y sales para Cuba. Hoy lo harías aunque no te pagasen. Hoy no vuelas contra Castro, hoy vuelas contra la vida, contra la mierda. Hoy vuelas porque necesitas volar, ser grande, tener alas, zafarte de la tierra, internarte por donde no hay nadie, por donde es el silencio; los basureros allá abajo relumbrando como joyas; estar solo, alejado, suspendido, rozando el infierno. Con qué ganas te dejarlas caer contra esas casas de ahí, incendiar la cuadra, ver el pánico, la muerte calle abajo. Con qué ganas. Cinco horas después estás de nuevo en casa de Dominguito. Todo ha salido O.K.

Entregaste los paquetes personalmente. Esta vez fueron explosivos, armas. El que los recibió te entregó un sobre lacrado que entregaste personalmente a Mr. Cleo. También trajiste a un tal Llopiz. Si lo ves mañana en la calle no le reconocerlas. Así de poco lo miraste. La próxima vez será una quema de caña. Hay que estar listo para la zafra, te han dicho. Al despegar en Cuba crees haber oído disparos, pero no es seguro. No le pusiste atención. Diste una vuelta sobre el pobladito del ingenio donde se entrenaban unos milicianos y tiraste una granada incendiaria. Necesitabas hacerlo, ver arder algunos ranchos, ver a los milicianos correr y ponerse a disparar como si pudieran alcanzarte.

Regresas al apartamento, sin prisa. Nadie te estará esperando. Entrás, te acuestas. Otro día igual que el anterior. Pasan diez días. Has quemado tú solo la caña de un central. Estás en caliente y aprovechas. Acumulas dinero. Pero ya tu desesperación no da para más. Te pasas los días encerrado, de la casa para los cañaverales y de los cañaverales para la casa, sin pensar, sangrando. Encerrado. Muerto. Ni siquiera has tenido valor para escribir un poema, un poema que fuera. Sangrando solamente. Andará con otro, seguramente. Con otro. Pero a mí no me importa que andes o hayas andado con otro o con muchos. En este momento lo único que me importa es que vuelvas, que estés. Y no vas a volver. Lo sé. Sin embargo, tienes que volver. Ahora que por cada vuelo están pagando casi el doble de antes, tienes que volver, que aprovechar todo esto. Me necesitas. Te necesito. Salgo a buscarte. Ando, rebusco la ciudad, pregunto. Sí, te han visto, andas con otro. Con otros. Andas por los bares pero no te encuentro. Voy al cementerio pero no estás. Voy al antiguo cuarto. Nada. Allá tampoco has estado. Te han devorado, te han desaparecido. Sin embargo tengo que encontrarte. Sé que no te quiero, me consta, pero te quiero. No es amor, es de otro modo, yo no sé. Pero es eso. No te he podido destruir y tú me estás destruyendo. Es necesario que te encuentre, que te abrace, que te destruya.

Al fin viene a verme tu padre un día. Dios ha tenido compasión de mí.

—Es necesario que vayas a ver a Carla —me dice—. Temo por ella.

Me cuenta que te pasas la vida borracha, que estás llegando a la casa después que termina la madrugada, que a veces ni siquiera vas a dormir.

—Imagínese. Todavía no hace nueve días que se hizo un aborto.

Voy a verte. Le he pedido al doctor que él no esté en la casa cuando yo llegue. Me abre una mujer de pelo entrecano, una vecina. Me indica tu cuarto. Es un lindo, modesto apartamento lleno de claridad desde donde puede verse el río. Estás tirada boca abajo en la cama. Registro el cuarto con la mirada, pero no veo nada, solo sé que te encuentro, que te tengo, que me tiro de rodillas sobre tu pecho, ahí caído sobre tu trenza.

—No deberías haber venido —dices sin volver la cara.

No es tu voz. Son como unos finos, pequeños cristales rotos removidos por un viento desconocido. No acierto a decirlo de otro modo y lo digo:

—Perdóname.

Te echas a llorar y yo también. No sé cuántas cosas nos hemos dicho sin decirnos nada. Pero llega el momento en que es necesario saber qué ha pasado en estos días, dónde has estado, qué has hecho, qué ha sucedido, con quiénes has andado. Son cosas que lastiman pero que necesitan saberse. Tu tiempo es mío y aunque no te tenga toda, entera en toda tu extensión, necesito saber qué haces durante ese tiempo. Es un modo de atormentarse, que te procura el amor para que seas feliz en tu dolor, un modo de reducirte que necesitas para saberte un animal, un latón de la basura, cualquier cosa.

— ¿Qué has hecho en estos días?

—He andado por ahí. Con tipos.

Lo sabía, lo he sabido. Me lo había dicho tu padre, me lo habían dicho en la calle, pero necesitaba preguntártelo para oírte decir que no, para que me dijeras que tú también te habías pasado el tiempo como yo en la casa, en la cama, con una borrachera de lágrimas cuando no de ron. Pera que me dijeras que aquí habías permanecido esperándome, sin salir, con mis fotos sobre tu pecho. Lo conozco, lo sé, lo sabía todo, pero necesitaba de esa pequeña, amable, inocente mentira. Pero tú no mientes, tú no mientes y me atas aún más a tus vicios. Dentro de mí lo poco que hay cae al suelo y tú caes con ello, hecho una porquería, una basura, una mierda, eso mismo. Pero necesitas preguntar. Ser cruel contigo mismo. Comprendes que se puede vivir con todo el honor o sin ningún honor, lo que no se puede es vivir con un poco de honor. Eso es no vivir, no ser nada. Eres un hombre o eres una cosa, un perro. Pero algo tienes que ser. Un poco de honor es como ser un hombre con la cabeza de un perro y los pies de latón. Y eso es no ser nada. Eso es ser un monstruo. Asume entonces el papel de perro, camina como

perro, di las cosas que dicen los perros y sé un perro. Entre tantos perros nadie se dará cuenta y serás un hermoso perro rubio de ojos castaños y te llamarás Leal.

— ¿Quién te dio el dinero para el aborto?

—Papá mismo me lo hizo.

—¿Tu padre?

—Él tiene la culpa, ¿no?

Es horrible pero no entiendo. Trato de no entender, de no saber. Por debajo de las cosas que no se entienden hay un mundo de cosas que se saben, que se presienten, que se conocen que se comprenden, pero que te obligan a no saberlas, a no entenderlas. Hasta un perro tiene el derecho de mantenerse inocente. Si fuera un hombre buscaría debajo de tu respuesta, pero soy un perro. En lo adelante solo he de mover el rabo. Ese es mi papel. Y aullar, pero por dentro, sin que se enteren los vecinos. Por debajo de las patas.

—¿Vuelves conmigo?

—Eres un mierda, un mierda. Eres un mierderito.

Mentira. Soy un perro.

No puedo contenerme y ya con la mano en el picaporte para irme te lo pregunto:

—¿De quién era?

—Tuyo, claro.

La casa, el mundo se me viene encima, de nuevo. Otra vez los ladrillos, los escombros, la bola golpeando contra las costillas, y tú enfrente, detrás, a los lados. Justamente, soy un perro. Y caigo a tus pies con la cabeza oyendo en tu barriga, diciendo amor, ladrando mierda.

La partida para Cuba es inminente. En Miami no se oye hablar de otra cosa. En el *Walgreens* del encuentro de los cubanos, en la torre del Refugio, en los periódicos, en los noticieros y donde quiera que se encuentren dos cubanos, aparece el tema. Aun así, persisten las divergencias. La presencia del esbirro de ayer en las filas expedicionarias no ha logrado obtener el quorum deseado. Ayer en la entrada del Refugio eso fue candela. Y hoy, está Conte tratando de conciliar los ánimos. Todavía desde la acera, oí el bocadillo que vislumbraba el porvenir que por fortuna Dios nos apartó del camino. Decía el autor de aquel inolvidable bocadillo:

—¿Usted sabe cómo se mata?, ¿usted ha matado?, ¿sabría usted, digamos, hacer un nudo para ahorcar a un detenido? ¿No lo sabe? Entonces cálese, y vaya aprendiendo a hacer ese nudo, y a hacerlo bien hecho porque después que estemos Allá y nos hayamos constituido en gobierno, tendrá usted que hacer muchos nudos de esos. La cosa no será como a usted se la han pintado. No señor. La cosa no será llegar, será mantenerse en el poder.

Según Conte, Cuba había estado inmersa en una guerra civil cuyo término era aún impredecible y de la cual todos los cubanos éramos culpables. Todos. Los de esta orilla y los de la otra. Razón por la que, como se proponía demostrar si no lo seguían interrumpiendo, ningún exiliado tenía derecho a mirar a su vecino de exilio por encima del hombro. Era una realidad que costaba trabajo reconocerla, pero una realidad innegable.

Idea que yo compartía. Con dolor, pero la compartía. Era algo que pude ver con claridad una media tarde par de meses atrás, cuando al tocar en casa de Dominguito, quien me abre la puerta es Ventura. El coronel Ventura. Esteban Ventura Novo. Por fortuna, no tuvo tiempo el muy cabrón de sacar la pistola. Cuando desde el suelo iba a sacarla, atontado como aún estaba, ya tenía puesta en la cabeza la Browning de Dominguito. Hasta vino la policía llamada por algún vecino. Pero Ventura les explicó que se trataba de un malentendido y se retiraron. Todavía hubo que seguirlo aguantando y aguantándome a mí. Intentando herir mi

orgullo, decía que no me hiciera ahora el machito, que de no haberse aparecido papá en la estación con Salas Cañizares, él me habría hecho hablar. Dominguito, que había sido más torturado por él que yo, pero que ahora parecía ser su jefe o tener algún ascendiente sobre él, lo apoyaba:

—El cuerpo humano tiene una resistencia. Yo mismo hablé, fui yo quien te echó para alante, y echó para alante a Heriberto y a su hermana Hilda y dio la dirección de las dos casas donde teníamos a la gente del atentado del sábado.

—¡Cojones!, y Heriberto creyendo que había sido yo el delator.

—Pero fijate que ninguna de esas delaciones tuvo consecuencias.

Era verdad. Las casas que Dominguito entregó, estaba convenido que fueran desalojadas si en cuarenta y ocho horas no volvían a saber de él. Heriberto, ya estaba clandestino y en plan de salir para la Sierra, y caso de cogerlo la policía a él o a su hermana, el padre de ellos, amigo y compadre de Anselmo Alliegro habría acudido a salvarlos, como en efecto sucedió. Tampoco en el caso mío había calculado mal.

—Bien interrogado, no hay quien se quede sin hablar, confirmaba un exiliado venezolano, ex ayudante del derrocado Pérez Jiménez, hombre alto y flaco, maestro de artes marciales, que acompañaba a Ventura y cuyo cadáver aparecería semanas después flotando en un canal ya en avanzada descomposición. El tipo había logrado inmovilizar a Ventura hasta pactar la paz.

La cosa terminó con disculpas de ambas partes y mandando a buscar comida china y cervezas. Por más que me doliera, Ventura tenía razón. Cuando en el '58 Ventura me agarra, estamos en guerra y él hacía su trabajo.

— Además, diste lugar.

Sin elevar el tono, como quien inicia una conversación casual, antes de ordenar atarme en una silla, me pregunta si voy a hablar y yo empiezo a hacerme el loco. No es hombre de estudios pero sí muy leído y le gusta que eso se note. Tampoco es gente de perder tiempo y le gusta que eso también se note. Mira la hora.

Manda a uno de sus hombres por cigarrillos. Traen un cartón, lo abren y ponen las cajetillas en una mesa contra la pared, de donde un cabo se los iría entregando, ya encendidos.

—Lo que te voy a hacer no te va a gustar —me aseguró muy reposado mostrándome el cigarrillo prendido—, ni a mí me gustará tener que hacerlo. En Rusia, ni te tocaría. Te traía a tu madre y a tu padre, te los ponía delante y antes de que te matara al padre estarías hablando. Esa monstruosidad precisamente es lo que intentamos evitarle a este país.

El odio con que me afincó en el pecho los dos únicos cigarrillos encendidos que tuvo tiempo de pegarme, me demostró que era sincero.

Después de lo de casa de Dominguito, no fuimos amigos pero nos llevamos bien. Incluso, con los años, le encargamos a su agencia (modesta pero muy eficiente Pinkerton local) la seguridad de papá y la mía en ocasiones. Dramáticas cosas de la guerra civil que hoy van siendo anécdota.

Pero volvamos a la idea de Conte en aquel Miami de la Antigüedad antes de disgregarme con el episodio con Ventura en casa de Dominguito. Luego de un repaso a la historia universal, concluía Conte:

—El amor a la patria y el odio al tirano que la oprime son hoy un mismo sentimiento. Sea pues, ése el sentimiento que nos una y hallemos en ese sentimiento el perdón para el asesino de ayer.

—¡Asesino el coño de tu madre! —replica desde el fondo una voz ofendida— Y otra vez la bronca, el salpafuera, hijeputa. Los funcionarios norteamericanos que tramitan los papeles de los recién llegados, advierten que, o se llaman al orden los señores polemistas, o se llama a la policía.

Siguen argumentos duros, desesperanzadores, pero correctos. Los mismos de papá, ni que Conte se los hubiera escuchado, y en definitiva los mismos de Ventura, y de Dominguito, y después, con el tiempo, de cualquier cubano exiliado con dos dedos de frente. Esa gente de Allá no permanecería de brazos cruzados cuando les quitaran lo regalado por Castro. Ya antes de retirarse de la Isla los

americanos que nos convoyarían en la invasión, los tendríamos quemando caña, echando abajo puentes, arrasando cuarteles, tendido eléctrico, redes de gas, de agua, de teléfono. El copón divino.

Han tenido un arma en las manos, han sido entrenados para usarla y que han matado en el Escambray y en la Sierra de los Órganos y en La Cabaña y en Boniato. Puesto en buen español, esa gente de Allá nos obligaría a vivir, durante mucho tiempo, haciéndoles lo que durante cinco años nos hicieran los batistianos a nosotros. Luego entonces, se debe cambiar la visión de los militares del régimen depuesto.

Ocupados en culpar a Batista por meterse en plena madrugada en Columbia a Carlos Prío Socarrás, nadie entonces se dio cuenta de la realidad. Nadie la comprendió. Nadie, todavía a estas alturas, la había sabido justipreciar. Batista está en ese 10 de marzo, deponiendo un gobierno corrupto. Está extirpándole al país un gobierno minado por el caco y el gánster, insultante gobierno que amenazaba prolongarse en las elecciones previstas para el primero de junio del siguiente año 1953, dado el fraccionamiento que el suicidio de Eduardo Chibás había dejado entre los ortodoxos.

—De acuerdo —interviene con mucha facundia un tipo medio calvo que iba a obtener un rápido quórum—. Pero al meterse Batista en Columbia está dando lugar a que Castro se meta en el Moncada.

Sigue aquí una versión del viejo enigma filosófico de quién fue primero, el huevo o la gallina. Batista, se defendía Conte, entró en Columbia a fundar, a construir; allí no hubo sangre. Castro, en cambio, entró en el Moncada donde no vive Batista ni está Batista de visita, ni ninguno de los guardias del cuartel ha matado a nadie todavía. Los ha sorprendido durmiendo, los más en tragos, acabados de llegar de los carnavales, y en un país en paz. Porque, salvado el disparo que terminara con la vida de Rubén Batista en febrero del '52, el país después del 10 de marzo había permanecido tranquilo. No es la situación que se vive en el 1957 cuando los del Directorio Revolucionario asaltan el Palacio Presidencial sin disfraces de soldados

y a pleno sol —donde sí vive Batista y donde sí está Batista en ese momento y cuando ya está corriendo la sangre por las calles hace rato.

Conte ha adicionado que su versión de la Historia era una verdad inobjetable a la vez que no lo era, puesto que la Historia no la hacen tanto los hechos como la interpretación que de los hechos se haga, por lo que dejaba el tema abierto para su discusión.

—¡Increíble que hayan podido esos locos llegar al despacho de Batista y salir con vida muchos de ellos! —me había comentado Ventura, que admiraba aquel valor, aunque liquidara fríamente a cinco de ellos un mes más tarde—.

Según Ventura, el desafuero constitucional de meterse en Columbia a deponer a Prío puede considerarse un mal menor; a diferencia de lo que él llamaba el intento genocida del Moncada, donde el otro, el ambicioso, prometiendo deshacer el desafuero de Batista, se disfraza de discípulo de José Martí, y no más tomar el poder, busca alianza con los rusos, fusila a todo el que se le oponga, le quita lo suyo a todo el que tenga algo, mientras proclama con la mayor cara dura del mundo, ¿elecciones para qué? Ruiz del Valle evoca, con voz tomada por la melancolía, que además de poner orden en el país, Batista creó la nueva Habana. Menciona los túneles, El Vedado moderno, la Plaza Cívica, seis modernos hospitales, la Ciudad Deportiva, y varias urbanizaciones.

—Toda esta Nueva Habana —remataba—, creada en menos de siete años y con un azúcar lejos de su mejor precio.

—Toda esta Nueva Habana, —replica desde el fondo una voz indignada — mientras Batista mataba y robaba.

—Robar en Cuba, menos Estrada Palma, todos los presidentes han robado—.
tercia Ruiz del Valle.

No faltan desacuerdos, hay malas palabras, incluso se cruzan insultos, pero de ahí no pasa.

Democrático, irrumpía en ese momento, más que interrumpir, la voz de tambor del capitán La O. No sé si leyéndolo, decía muy fluido desde el fondo del vestíbulo:

—Como coda a eso que decía Conte, me gustaría agregar algo. Como se sabe, aquellos a quienes ayer matábamos o torturábamos para que ellos no nos mataran y para asegurar la paz de la familia cubana como era nuestro deber, son los mismos que hoy se despachan Allá fusilando y rompiendo puertas para llenar sus cárceles. Por eso no deberá darnos a nosotros ninguna pena hacer Allá lo que tengamos que hacer. “Para que no me lo puedas hacer tú mañana, te lo hago yo hoy.” Esa es la coda.

Una tardecita de abril de 1960 caminaba por San Rafael hacia el Parque Central donde tenía parqueado el automóvil. A la altura del cruce con Industrias, vi a dos dirigentes nacionales de la CTC vestidos de milicianos igual que yo y armados igual que yo. Los imaginé salidos de alguna reunión y en espera de ser recogidos por un chofer, ya que en esa calle no se podía parquear. Tenía con ellos las mejores relaciones, por lo cual no debían darme miedo. Pero me lo dieron. O sentí miedo al verlos. Fue algo muy extraño. El mundo se detuvo. El universo desapareció de golpe y yo me hallaba en esa nada sin historia, en esa intemperie de lo que no ha sido ni será nunca muy solo y sin saber quién era. Cuando me sentí volver de aquel viaje por la eternidad que tal vez duró un segundo, buena parte de lo que entonces estaba por suceder en el país me había sido dado vivirlo y olvidarlo en aquel instante, quedándome de ello tan solo la sensación de haberlo vivido, de haberlo sabido. Tenía helado el cuerpo y estaba sudando frío y tembloroso. No tengo otra manera de explicarlo ni en el hospital pudieron explicármelo los médicos. Un verso de Félix Pita Rodríguez me vino a la mente: “Recordar el porvenir es arriesgarse a vivirlo de nuevo”. Agradecí el haber olvidado lo que tan de repente había sabido. Qué susto. Aunque no era susto, era algo más. Era miedo y era dicha a la vez. La inmensa dicha y el pánico, de quien

sabe que ha ocurrido algo muy grande, pero no sabe por qué y para qué. Dicho con otras palabras, ya yo no era yo. Esto me ha permitido seguir sintiéndome alguien que después de muchos años de haber sido dado por muerto en la guerra, logra regresar a su casa.

Mamá no me dejó quemar la ropa de milicias que amontoné junto con la boina, las botas, el zambrán. Ella no lo hacía por conservarlas, lo hacía por Eugenia, para no enterarla. Por el modo en que llegué a la casa abrazando y besando, mamá y papá me creyeron loco. Fui a la sala, donde hallé a papá revisando los periódicos, y lo sepulté en uno de esos abrazos que parecieran no dejar un hueso sano. Todo esto sin hablar, sin poder hablar, porque ni yo mismo sabía lo que había sucedido.

Muchos años más tarde, leyendo las cifras de un informe preparado por un grupo de cubanos para la Comisión de Derechos Humanos en Ginebra, tuve la impresión de conocerlas de antes, la impresión de que como un eco del porvenir que retumba en el pasado las había conocido y olvidado en aquella tardecita de mediados de 1960 que cambió mi vida.

No reinaba entre los futuros expedicionarios una verdadera unidad. Persistían los escrúpulos, las supersticiones incluso. El Padre Ross, mi último confesor en Belén no dudaba en ganar la guerra, pero iba deseando perderla. “Ganar nos costará el alma”, me decía el Padre Ross en el avión rumbo a Centroamérica. Los mismos argumentos que le escuchara a La O el año anterior, pero que dichos con otras palabras, parecían nuevos.

—No es momento de pensar en el alma, Padre. A usted no le gustaría que le cortaran una pierna ni tampoco tener que cortársela a otro, pero puesto a escoger entre amputado o amputador, no se detendría a pensarlo.

—Déjate de sofismas conmigo, Tomás —me dice con la pena de quien me estuviera viendo arder en el infierno—. Es la hora de la verdad.

Mi conciencia me lo advertía, pero el otro que soy yo no sabe taparse los oídos. Viendo la tristeza de Carla me daba cuenta, aunque dando por sabido que no me hablará de eso. Con los codos en la baranda del balconcito que airea el flamboyán, hablaba con Dios al levantarme y Dios me decía que no fuera, que la voz del Padre Ross es su voz, y yo respondía que ir no era no solo un problema de honor. Era un acto de amor a la patria, una ofrenda de amor a la humanidad y es por consiguiente, un acto de amor a Él. Impedirle a los rusos consolidarse en Cuba, les impediría extenderse por el continente, donde por desgracia persistían; persisten las condiciones para que un virus como el de ellos pueda prosperar en diez minutos. No recuerdo si fue Bolívar o Rubén Darío quien mirando a Estados Unidos expandirse por América se preguntaba si tantos millones de seres terminaríamos hablando inglés. Cuál de los dos lo dijo no cambiaba nada. Lo que sí cambiaba, y mucho, era saber que estábamos a tiempo de impedir que tantos millones de seres en este continente terminaran hablando ruso.

¿Cómo podría, pues, perderse el alma tratando de salvarle el alma a tanta gente? La realidad nunca ha sido ideal. Además, Señor, me siento obligado a ir. Ayudé a esa gente a copar la Isla, a apoderarse de ella. Soy parte de aquello Un pedazo muy importante de mí se ha quedado Allá y sin ese pedazo yo no soy yo, no me siento yo, no podría sentirme yo. Es mi manera de explicarlo. No permitas, Señor, que sea mi porvenir el de un eterno mutilado de su patria.

Empero, a veces no estaba seguro de aquel discurso mío, propio de un hombre que aunque creía en Dios, dudaba de su juicio. Qué suerte la tuya, le dije a José Antonio un día al regreso de quemar caña. Hablo de José Antonio el mecánico de mi avioneta. Mulatón amante de la cerveza, del lechón asado y de las buenas hembras, y en La Habana uno de los hombres más valiosos de Dominguito desde el principio en la lucha contra Castro; a José Antonio le tenía sin cuidado lo que después pudiera pasar Allá. Si los vencidos se portaban bien y devolvían lo que no les pertenecía, él no le levantaría la mano a nadie, me había dicho en una barra, cerveza en mano. Pero por qué plantearse esas cosas, esa gente no se nos resistiría. Es por eso que este hombre duro que en La Habana quemó tiendas y

puso bombas, entra en esta historia. Por ser de los que creía que al pisar tierra cubana, saldrían de todas partes a homenajearnos con flores y miel de abejas gente escuálida y descalza por el régimen de angustias en que habían vivido bajo la bota filo comunista.

No lo inventó él. Era una de las más frecuentes predicciones que circulaba en aquel Miami lleno de astrólogos, cartománticas y pitonisas.

Todo esto tiene que ser un sueño. En algún momento tengo que despertar. Tal vez aún no he salido de Cuba. Tal vez soy alguien que sueña, que enumera, que adivina. Alguien que sigue el hilo lógico de ciertos asuntos. Un loco, un novelista, Félix B. Cagnet quince años antes escribiendo el capítulo de su nueva novela radial. Tal vez nada de esto ha ocurrido y soy el producto de ese loco, de ese novelista. No es posible que yo sea yo. Mi persona. Por fuerza todo esto tiene que ser un sueño, uno de los muchos que he soñado en mi vida.

Durante más de cinco horas, sin abandonar estas sábanas donde persiste tu olor pero de donde faltas hace tres días, te he visto con los ojos lilas como nunca pasar con arrepentimiento el dedo por las vidrieras como tienes por costumbre hacer mientras sigues acercándote, llegas, subes la escalera, te tiras de rodillas a los pies de la cama, agarras mis zapatos, los besas. Me cuentas con lágrimas enormes que te has pasado estos tres días sentada junto al espectro de mi recuerdo en Bayfront Park.

Ya de niño, cuando mamá me castigaba, me veía con mis bultos a cuestas abandonando para siempre la casa y no volviendo hasta ser ya ella una viejita y yo un famoso piloto de aviones invisibles al que hasta un Howard Hughes le pedía autógrafos. Al cura Federico, que por castigarme en la escuela me quitaba el postre en el almuerzo y se lo comía delante de mí y además me ponía mil líneas para hacer en casa de sábado para lunes todas las semanas lo maté miles de

veces con la imaginación antes de que por fin, en la vida real, se me ocurriera durante una excursión de los *boy scouts* meterle en la sotana un alacrán que le causó una reacción tal que tuvo que ir a tratarse a España. Me he pasado el tiempo imaginando, inventándole a la vida contrapartidas, oscuras compensaciones.

En la lancha cuando veníamos para acá, soñé infinitos encuentros contigo. Miami por supuesto no era en esos sueños el Miami que me aguardaba, y a diario coincidíamos en lo mejores restaurantes, en las grandes tiendas, en los clubes, en el hipódromo, yo por lo general del brazo de actrices famosas, de ricas herederas en plan de veranear y ni te miraba al cruzarnos, así como si te hubiera olvidado, cosa de humillarte, de darte celos. Recuerdo cada uno de esos sueños con la exactitud con que recuerdo cuando te encerraste en el baño con Gabriela y después te fuiste con ella. Tanto he soñado en mi vida que a veces la realidad y el sueño se confunden en mi memoria. Sin dudas ahora no estás ahí caída a los pies de la cama, besando mis zapatos, pero también es posible que nada de esto que me haces, so hija de la gran puta, le haya pasado a mi persona. Debo, tengo que despertar. O todo lo contrario, debo seguir soñando. Soñar que estos tres días no han sido. Que ellos también han sido un sueño. Que yo no soy yo. Que soy el novelista, el loco, incluso el de otro tiempo que soñaba con un planeta donde solo ondeara la bandera comunista.

También los terrores nocturnos me hacen volver a ti. Por lo general cuando te pierdes me voy a dormir a casa de las hermanas Benítez. Contadoras públicas, dueñas en La Habana de una pequeña joyería, siempre vestidas de negro. Las viuditas, les decían, aunque no se habían casado, y Herminia, la mayor, no tendría más de 34 años. Tampoco se les sabía nada, excepto que tenían unas piernas y una cintura como para adorarlas en el mayor silencio, sobre todo Ana María. Para saberlo, quién mejor que Miguel Ángel Fundora y yo que en el '54 las espiáramos

cambiándose de ropa en Varadero. Aquí tampoco se les sabía nada. Gente muy extraña. No predicán, no practican ningún tipo de religión exótica. Sencillamente no tiemplan, no singan, no les gusta, no lo necesitan. Tampoco son lesbianas.

Es algo que no se entiende aquí ni se entendía en La Habana. Allá nadaban, y según le oí decir una vez a Camilo, que le tenía el ojo echado a Ana María, que entre venta de bonos del 26 y donaciones obtenidas de comerciantes, le habían entregado a la dirección del Movimiento más de quince mil pesos. Aquí en Miami se conforman con ver la TV, ir al salón de belleza los sábados y mantener limpios y aireados los cubículos en que han dividido la casa para alquilarlos por semanas, todos con el espacio neto para una cama personal, una mesita y un palanganero con agua. Eso sí, casa decente, mucho silencio, nada de radios altos y huéspedes escogidos. Mantengo allí un cubículo alquilado. De este modo cuando no estás me salvo de quedarme a dormir solo en casa con la luz prendida imaginando dónde puedas estar a esas horas, con quienes y haciendo qué. También lo imagino en casa de las Benítez, pero en casa y con la luz encendida demoro en dormirme mucho más o no me duermo. Acompañado, necesito la oscuridad, solo, no la soporto. Son miedos que en parte le atribuyo a Eugenia, la pobrecita, con todo lo espía que pueda haber sido (que eso nunca pasó de sospecha). Cuando mamá y papá se iban de viaje a Europa o venían a Miami los fines de semana o a México, uno de los lugares preferidos por mamá. Eugenia permanecía acostada a mi lado hablándome de la otra vida hasta dejarme dormido. Aún me parece estarla oyendo contar, con lujo de detalles, de los espíritus que había visto desde niña, de lo que algunos de esos espíritus le dijeron y del dinero enterrado que le diera un muerto a su tío abuelo Eusebio, hermano de su abuelo el cimarrón que peleó con Maceo.

No me lo contaba para meterme miedo pero el miedo que me daba escuchar todo eso me hacía quedarme dormido tan pronto la oía empezar. Mamá por su parte no dejaba de amenazarme con el Coco si no me comía toda la comida.

Sin embargo no fue hasta llegar a Miami y comenzar a dormir solo, sin nadie más en la casa, cuando el miedo a la oscuridad se me convertiría en terror. Verdadero terror ya instalado para siempre. Tengo miedo del esbirro que tuvimos que matar

Dominguito y yo porque el tipo que tenía que matarlo no llegó y la oportunidad no se volvería a presentar, tengo miedo del caballito que nos cayó atrás a Sierrita y a mí a la entrada de Luyanó, tengo miedo de las locuras que hice con Luciano Nieves, tengo miedo de Emelina la pobrecita criada que se suicidó a pesar de que papá le buscó y pagó médico para el aborto y que la hizo señorita otra vez, tengo miedo de Irma Saavedra y Montes de Oca por las veces que le deseé la muerte, tengo miedo, en fin, de que se me aparezcan todos esos muertos delante de la cama y entonces tengo que encender la luz, prepararme un trago, buscar una pastilla, pensar con prisa, razonar como un hombre inteligente. Pero el terror y el golpe en el pecho no cesan, el sonido del corazón percute sobre la almohada. Es un tambor violento, un tam tam lúgubre que anuncia que el corazón está al pararse, que se va a parar cuando en el instante siguiente los golpes retumbantes empiecen a espaciarse y parezca que el próximo golpe, ése que está ahí al llegar, será el último. En tanto sé que aunque no los vea, todos esos muertos y otros más que no he mencionado para no asustarme más de lo que estoy en este momento, permanecen en la habitación observándome desde su perfecta invisibilidad. Si mirara por un instante fijamente hacia un punto los vería, lo sé, pero también sé que caería muerto del susto. Y agarro la ropa como puedo, el corazón haciendo tam tam, clamando que ya no puede seguir golpeando más, que apenas le quedan cuatro o cinco golpetazos, las sienes a punto de reventar, y estoy en la calle. Busco en el barcito de Lennox y la 9na a Yolanda; a Elizabeth Borne la encontraré siguiendo por Lennox antes de llegar a Lincoln Road en casa de su compromiso Daisy Arias con su cigarro de mariguana oyendo a Johnny Mathis. O camino un poco por Ocean o Collins o Washington, donde a partir de las once florecen haciendo la noche, putas que parecen modelos de televisión o que lo fueron.

O me voy directo a casa de las Benítez a fin de ni tener que sentir el olor de otra que no sea Carla.

Empecé las cartas cuando tenía siete años, escribiéndole al amigo imaginario de los niños que no tienen amigos. Después pensé que me escribía a mí mismo, porque había logrado hacer de mí, dos personas. Una que me escribiera y otra que le contestaba. En realidad, le escribía a Dios para que tuviera piedad del discriminado que me sentía, en la escuela sobre todo. En cajas de zapatos, bajo llave, empecé a guardar las cartas. Eso, al principio. Después le pagué a un muchacho de la calle para que se robara un buzón de correos, un buzón de los de uso público. Ramiro el jardinero, lo fijó a la pared en mi cuartico de la azotea. En Miami siempre eché de menos mi buzón de hierro con el escudo nacional en relieve. Dichosos tiempos aquellos en que me hallaba todavía bajo el influjo de la emocionada prosa de Gustavo Adolfo Bécquer, la poesía de José Ángel Buesa y las novelas radiales de Félix B. Cagnet, el Shakespeare de mi madre no obstante su título de doctora en pedagogía. Días de oro que no volverán. Pobre patria espiritual lo sé ahora, pero mía, mi patria, la que me tocó, la patria del sabor a yuca con mojo y lechón asado que llevo tatuada en el alma, la patria que no cambiaría, puesto que en esa nueva patria no estarían la gente ni los sitios ni las cosas que he aprendido a amar y de la cual estoy hecho. La patria que eres tú misma, Carla, porque tu nombre me la evoca, porque tú olor y tu sabor y el color de tu voz y todo lo otro que eres me la evocarían aun cuando para sentirla en todos sus demás registros no tuviera el himno, la bandera, mi virgencita, mi Celia Cruz con Bienvenido Granda, o la mundial Lina Salomé con la que tantas veces me otorgué el privilegio de completar en el baño lo que jugando, había empezado detrás de una puerta con mi prima Enriqueta. En fin, Carla del alma; amarte, saber que te hicieron para mí tal vez sea, de algún modo, mi más sincero sentir que la patria no es una palabra, una abstracción, y Dios te bendiga, patria mía, himno de mi corazón. Muero de ti.

Desdoblar pliegos, como he estado haciendo en estos últimos días, si bien puede ser triste, es también revivir la odisea de llegar al Miami actual. Verlo extenderse de horizonte a horizonte hasta tocar el cielo a través de lo que fueran ciénagas y fangueros poblados por el cocodrilo y el mosquito. Ahí está el Tomás en su papel

de hombre público, haciendo por hacer de Miami nuestra ciudad; y haciendo por la lucha contra Castro. Esas cartas resumen la historia de mi vida.

En una se detalla el atentado que tuvimos que llevar a cabo a tontas y a locas Dominguito al cabo y yo porque el cabrón de Heriberto, designado para disparar en aquella operación, no apareció, y sobre todo, porque era una oportunidad que habría costado vidas dejar pasar, Resume además, cuatro acciones de mis días de fugitivo escondido en casa de Susana Orozco que nada tienen que ver con mi trabajo nocturno con Sierrita. Susana, la puta que pagó mi padrino para que me iniciara. Tan pronto en la iglesia del Carmen terminaba la misa dominical de las ocho, y con el papelito de constancia firmado por el cura para presentarlo en la escuela el lunes, volaba hasta el solar de San Francisco casi esquina a Neptuno, detrás de la iglesia del Carmen donde vivía Susana. Me mudé de iglesia para ahorrarme la media hora de viaje en guagua desde la capilla de Belén en Marianao. Todavía no tenía edad para la cartera dactilar. Y los minutos del domingo eran preciosos. Preciosos.

Locuaz, risueña, Susana se bañaba con agua hervida con canela y conocía todos los secretos de su oficio. Sin desdorar Carla, con ella en la boca, ni tú en tus momentos más inspirados.

Antes de Susana, yo era uno de esos pobres diablos que no han acabado de ponerla donde va cuando ya se están viniendo. Humillación, vergüenza que me llevó a pensar en el suicidio un sábado por la tarde cuando me dijo llorando la pobrecita Emelina: así nunca acabarás de metérmela, Tom. Aquella melancólica muchachita que trabajaba en casa ayudando a Eugenia, iba a mi cuartico de la azotea a que yo le leyera versos de Buesa, y luego de cinco intentos, se fue tan virgen como llegó. Solo por eso merecería alfombrarse con claveles como en el pasodoble de Agustín Lara, el paso de Susana Orozco. Susana era muy exigente y además, cobraba por hora.

—Con lo que te he enseñado, y con lo que te dio la naturaleza —le decía al adolescente infatuado que fui—, por donde pases el ojo, será ver las señitas, los suspiros, los teléfonos anotados cayéndote a los pies.

En los años que siguieron nos veíamos a veces para practicar un rato, para confrontarnos, ya sin lucro, fraternos, deportivos, como tenistas que al cruzarse en el club acordaran un nuevo partidito para el sábado siguiente.

Gracias a esa hermosa y desinteresada relación nacida de manera tan peculiar, cuando en el '58 me veo perseguido, sin un pero, es Susana Orozco quien me acoge en su casa. Viven con ella su madre, mujer todavía joven, y su hermanita de once años, a la que mantiene semi interna en una escuela de monjas, pero a las dos, ese mismo día Susana las acompaña hasta la Terminal de Ómnibus rumbo a Palma Soriano. Y me acoge. Me salva la vida y cambia la suya.

Vivía en el tercer piso de un edificio en San Lázaro entre Oquendo y Soledad, casi frente al almacén de víveres El 1005. Desde allí, mientras salía con la compra de la semana, vio llegar aquella media mañana de fines de septiembre, al coronel Esteban Ventura con mucho estrépito de perseguidoras y sus uniformados con ametralladoras escaleras arriba, y antes de que acaben de meterme en la perseguidora ya está Susana telefoneando. Le había hecho memorizar el teléfono de casa y el directo de papá en su oficina.

Como Susana después de mi detención en su apartamento de San Lázaro no puede quedarse en La Habana, vuelve a Palma Soriano, pero como hasta Palma Soriano llega el largo brazo de Ventura, Susana Orozco, a quien la revolución le importaba un carajo, decide no seguir huyendo. Por lo que a mi regreso de Nueva York me contaría al año siguiente, llegó a la Sierra Maestra con las armas de un guardia rural que se encontró en la carretera mientras llovía, y lo dejó desnudo y dormido debajo del encerado de un camión de carga, Bajó de heroína rebelde.

Hablar contigo tiene eso bueno: da ánimos. Siento a La Muerte con sus graves maneras pisándome los talones, pero después de hablar contigo tal vez tenga que esperar. No me rendiré. Tú me das ánimo. Y lo quiero ver. Nací para verlo me dice

mi memoria del porvenir. Lo imagino uno de esos sorpresivos “de pronto” de la vida. Una larga noche que se desploma, y sale el sol.

Esto me hace recordar mi encuentro con Ballester, el hijo de tu profesor de francés. Tienes bastante en común con él aunque vine a darme cuenta hace poco. Helado, pero helado me dejó el flaco Ballester cuando luego de abrazarme me responde: “¿Aquello de Allá?, agotado, compay. Ni Aladino con su lámpara maravillosa lo salvaría. Aquello es un barco que se hunde. Tenía que ser”, seguía Ballester empezando a enumerar. —Traicionó a todo el mundo, nos traicionó a todos, se traicionó él mismo. Empezó traicionado a José Martí, de donde decía venir. Desde el principio nos cosió la boca. Censuró libros. Periódicos, los de él. Y en los demás medios, igual. Martí habló de una república de pequeños y medianos propietarios, y él se convirtió de hecho en el propietario de la nación. Nos volvió deshonestos, trapalosos. Y ahora se ha hecho enterrar a unos pasos de José Martí, digo, si es que ahí estuvieran sus cenizas y no la piedra pelada esa con su nombre y un poco de talco de la precavida marca Porsiacaso”.

Torrencial como de costumbre, hacía el flaco Ballester esta declaración en Madrid, en casa Ruiz del Toro, un viejo amigo, quien sabiéndonos de paso por la capital española, nos invitó a almorzar en su casa, callándose la sorpresa del encuentro. No calculó mal. Esas han sido unas de mis horas más agradables. Encontrarme de nuevo con el Flaco, caramba. Qué alegría. Participamos a principios del '58 en un par de trabajos ordenados por Aldo Vera, colaboramos después con el padre Boza Masvidal, en la tesorería del Movimiento 26 de Julio; y en el '59 trabajamos en el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados fundado por Faustino Pérez.

El flaco y yo nos conocíamos desde el '56, de las clases de primer año de Derecho, carrera que para mí iba terminar con el cierre de la Universidad luego del Asalto a Palacio y que Ballester completaría después del '59. Eso le iba a deparar el triste honor de presidir el sumarísimo juicio que se le siguió a Sierrita, y del que todos sabíamos que saldría para el paredón. No tenía defensa posible el muy cabrón, no la tenía. Aquel león de los años del gran sueño, había sido sorprendido

intentando volar la refinería de Regla. Pero se daba la circunstancia, y es por esto el triste honor, de que el Flaco Ballester le debía la vida a Sierrita, quien en 1958 lo recogió del suelo en Monte y Belascoaín en medio de una balacera en la cual le perforaron al Flaco un pulmón. Sierrita, echándoselo al hombro, se monta con él en una guagua de la ruta 20 enviada por Dios que se detuvo al verlo plantado en la calle, con su hombre al hombro y dispuesto a dejarse arrollar, y a la que no le permitió parar hasta el hospital Calixto García, donde aprovechando la confusión causada por tan violenta irrupción, desapareció.

—Están formando cuadros, —me dijo con pesar Faustino, mi tutor, que vivió de trueno en trueno pero incapaz de desertar, al verme con la cabeza metida entre las manos. —Están formando cuadros y necesitan probarlos; necesitan hombres en los que puedan confiar—. El miedo que este secreto me causó, debió estar presente aquella tardecita de San Rafael con los de la CTC.

Por supuesto, este episodio ni se mencionó en aquel reencuentro en el que el Flaco no se dejó adentro ni una coma. Seguía su relato con mucha atención un empresario catalán con un ojo de cristal aunque no se le notaba, con el que Ruiz del Valle parece tener negocios. Aunque no estaba invitado, era una de esas visitas que pueden llegar sin previo aviso. Franco, decía a mi llegada, mató a su padre, le desapareció a dos tíos, quemó la huerta familiar y él por su parte había perdido su ojo derecho combatiendo a la juventud falangista con guijarros, pedazos de hierro, y cuanto objeto apareciera, en sus años de estudiante. Sin embargo, después de la caída del muro de Berlín, pensaba que tal vez con la derrota republicana, se salvó España de verse convertida en colonia del imperialismo soviético.

Enjundioso, viajado y todavía en buena forma aunque ya bastante otoñal, lo acompañaba una de esas jóvenes secretarias por las que tan a menudo suelen los ejecutivos cambiar a sus esposas de años. Con aquella joven, sucedería algo muy interesante. Insultada oyendo a Ballester, le interrumpe sin poder contener su rabia: —vosotros sois pro imperialistas—, pero el Flaco que para cáustico no tiene precio, dijo parándola en seco, —se engaña vuestra merced, yo soy

antimperialista, profundamente antimperialista, no podría conocer vuestra merced a nadie más antimperialista que yo.

—¿Y cómo podéis entonces expresaros del difunto Fidel de ese modo?

—Ella adora a Fidel Castro—, intervino el catalán sacando la cara por su preciosidad con disfraz de secretaria.

—Stalin también era antimperialista, —acoté.

La novia ideológica del difunto Castro intentó replicar pero el flaco Ballester, la dejó con la palabra en la boca. Necesitaba hablar, necesitaba desahogarse, hacer catarsis con todos los resentimientos que lo atenazaban.

Relató vesanias, dio cuenta de estupideces, fraudes, mentiras, traiciones.

Levantarse en Cuba por la mañana y comprobar que todavía no se había ido a pique el barco hundiéndose en que vivían, porque país no podría llamarse la Isla, era lo peor de aquella larga agonía. Todo el mundo deseando que se hunda, y el barco hundiéndose pero sin acabar de hundirse ni dejar que nadie se atreva a ayudarlo a irse a pique de una vez.

—Hablar, hablan. Allá habla hoy todo el mundo. ¿Pero levantar un dedo para hundir el barco?, eso, ni por lo que dijo el cura. —Y apiadado de sí mismo, seguía aquel viejo amigo haciendo un dibujo goyesco del infierno que había terminado siendo el gran sueño de nuestra juventud.

—Los de mi generación —decía el catalán—, nacimos sabiendo que Franco era el malo. O yo al menos lo creía. Pero vosotros que os habíais creído con un boleto pagado para el viaje al cielo, cómo pudisteis, de dónde sacasteis fuerza para presenciar semejante transformación del personaje que os vendiera el boleto y no volveros loco.

—Porque esas cosas no suceden de golpe —concedió Ballester, didáctico—, Se van adquiriendo. Como el hábito de fumar o el de beber, lo van enredando a uno sin darse cuenta. Además, al principio yo pensaba que, a pesar de todo, aquello era posible.

—¿Y después?

—Porque me parecía imposible que no fuera posible.

—¿Y en tanto?

—Ver pasar los trenes.

—Hasta ahora —rematé contento de saber al Flaco, que fue uno de los muchachos de Fontán a quien yo había enseñado a disparar, a aquel hombre del alma en otro tiempo, al fin, carajo, al fin Acá, del lado de nosotros. Qué bueno, qué alegría.

—¿Hasta ahora? —Ballester no podría mostrarse más sorprendido. —Estoy aquí de visita.

¿Sorprendido él, dije? Sorprendidos nosotros.

Por lo que con la mayor naturalidad contaba, tiene en Madrid un hijo, más cuatro nietos y dos bisnietos españoles. El otro hijo varón y la hembra más chiquita viven en Miami, con hijos y nietos nacidos allá. Y la otra hembra vive en México, esa no tuvo hijos pero tiene una legión de perros. En Cuba están él y su mujer.

—Un barco que se hunde, definición correcta —asevera el catalán—. Un barco que se hunde. Todo el mundo huyendo.

—Todo el mundo, menos este —enmiendo yo, con dolor.

No menos irónico, responde el flaco

—Como tú cuando Girón. Tu padre lo había vendido todo, ustedes no tenían nada allá.

—No es igual. Yo fui a Cuba a ganar. Yo estaba convencido de que ganaríamos. Tú en cambio regresas a un barco que hace agua por todos lados.

—Tampoco así, Tom... —riposta el flaco muy serio. No es un barco. Es mi barco. Mi Titanic.

—Pero tú no eres el capitán.

—Pero he sido uno de sus músicos. Soy uno de sus músicos.

—¡Joder! Algo así como un hechizo —dice entre asombrado y respetuoso el catalán del ojo de cristal rompiendo el silencio que siguiera a aquella confesión.

—O una culpa muy grande —comenta definitivo Ruiz del Valle, llenando de nuevo las copas con un buen tinto de La Rioja al tiempo que llega su esposa a avisar que podíamos pasar al comedor.

Dinero no me falta. Todo lo contrario. Puedo mantener el carro, el apartamento y a Carla con sus gastos. Mañana volveré a volar a Cuba. Está siendo peligroso. Cada vez se hace más difícil, pero hay que hacerlo. Quiero dejarle dinero a Carla. Al fin me deshice de la lancha y Mister Cleo paga bien, pero aquí la vida cuesta cara y Carla gasta, lo de ella es comer en los mejores restaurantes y traer juguetes para el apartamento. Le ha dado por eso. Y a mí me da gusto verla. Mírala con su gatito de peluche hundido en el pecho. Ahora viene al sofá, se tiende junto a mí, suave, blandamente, así como si ella misma por la gracia de un efrit misericordioso se hubiese vuelto gato. Nos ponemos a jugar, en silencio, como siempre. Hermosa cosa ésta de poder hablarse sin palabras, con los ojos solo, o con las manos, con esa cosa del cariño propia de los ancianos y de los niños.

En uno de esos momentos, llega el doctor Ramírez. Yo mismo le he abierto la puerta. Entra con prisa, sin siquiera saludarme. Carla no levanta la cara, sigue con su peluche. El doctor permanece mirándola larga, horriblemente, con unos huecos que alguna vez debieron de tener ojos, algo con lo cual mirar. Todo él trae un color cuyo nombre está por inventarse. Comienza a temblar y termina cayendo en el sillón de enfrente. No es él lo que cae en el sillón, son unos huesos, un pellejo, un miedo convulsionándose. —Tu madre, es todo lo que dice. Tu madre, es todo lo que alcanza a decir de nuevo. Y solloza. Tiembla. Se agarra la cabeza con las manos. Se derrumba. Carla despaciosa pone el gatito de peluche sobre la mesita

lateral, junto a la foto en colores del Parque Central de La Habana. —Ya sé, se mató, —contesta con la mayor tranquilidad, se suicidó.

El viejo asiente con la cabeza. Se ahoga. Tiembla por todos sus agujeros. La cabeza desaparece por entre el sucio cuello de la camisa. El traje lo devora, lo arrastra. Se pierde entre la ropa. Carla vuelve a tomar el gato. Lo acaricia con dulzura, como si el gato hubiese cometido alguna travesura. Le da en la carita. Luego sonrío, —Federico, gatito mío. Le da un beso. Otro beso. Se lo mete en el seno dejándolo tapado con el camisón de dormir. Se mueve rítmica, casi imperceptiblemente de un lado a otro, como queriendo dormir a Federico. En esa paz, volviéndose hacia el padre, le pregunta de sopetón:

—¿Y tú, por qué no haces lo mismo?

El viejo no contesta. Ni deja de temblar. Por fin estalla en un largo, contenido, profundo, interminable sollozo. Casi se ahoga. Le falta el aire. La sangre se ha marchado de sus huesos. Se dobla, las manos agarrándose el estómago, la frente sobre las rodillas. Y tiembla. Tiembla.

—¡Vete!, ¡Sal de mi vista! —Le conmina Carla—. ¡No te conozco! —y aprieta las manos sobre el gatito dormido en el pecho.

—¡Carla! —exclamo. No me he podido contener. Ha sido algo superior a mí. No es sentimentalismo. Es otra cosa. Pero no puedo seguir. Carla canta una nana para dormir al gato Federico, que probablemente se ha despertado. Es un largo silencio consumido por el llanto del padre. Mañana, dentro de cien años, ahí estarán todavía sus huesos temblando, estarán sus ahogos dibujados en el asiento, fijados en ese espacio que ahora abandona. Quiere decir algo pero no puede y vuelve a caer fragmentado en el sillón. Un hueso primero, otro hueso después. El temblor hace chocar los huesos y los oídos se llenan de sordos cascabeles, claves tocadas envueltas en un pañuelo. Está temblando con todo el temblor que trajo y los nuevos que le han seguido naciendo. Carla extrae del seno a Federico. Le da un beso. Lo pone de nuevo en la mesita, mirando hacia la ventana. Va hasta el espejo de la repisa, permanece observándose. Se arregla el pelo detrás de las

orejas, considera un pequeño, casi imperceptible granito, apenas una espinilla. Desbarata la trenza, con las dos manos se airea el pelo, del bolsillo de la bata saca el cepillo, le quita algunos pelos, hace con ellos una bolita, la acomoda en la repisa, golpea el cepillo dos o tres veces sobre la palma de su mano, lo sopla, una, dos, tres veces, lo mira de trasluz, y empieza a cepillarse. Se cepilla larga, despaciosa, infinitamente. Durante años la mano viaja de la cabeza al bajo vientre desgranando el chorro de pelo negro y lustroso. En las puntas ofrece el pelo cierta resistencia, entonces Carla hace un leve gesto de dolor, vuelve a hacer bolitas con el pelo adherido al cepillo, las vuelve a colocar en la repisa de modo que no se vuelen. Golpea de nuevo el cepillo sobre la palma de la mano, lo mira a trasluz, lo vuelve a soplar, se vuelve a cepillar. El pelo brilla, brilla. El movimiento de la mano parece infinito, casi mecánico. No es una persona, es un robot el que mueve esa mano. Debiera dar sueño su contemplación, a mí me da otra cosa. En un repentino, furioso acceso, el padre se levanta, corre hacia la puerta. Intento agarrarlo pero se me escurre. Carla se vuelve, el cepillo en la derecha, la izquierda empuñando un chorro de pelo.

—¡Déjalo! —Ordena en voz baja pero firme— Tal vez se mate también.

No la oigo. Ramírez tira la puerta de la calle justo delante de mí. Abro. Salgo. De un salto evito los escalones. El viejo corre por la acera. Trastabilla. Corre. Tropieza. A un enano que viene con unos paquetes lo esquivo con un codazo. Paquetes, viejo y enano ruedan por el suelo. El enano grita una maldición. Entonces me doy cuenta de que no era un enano. Casi agarro al viejo por el tobillo. Se incorpora. Sigue corriendo. Nunca había visto cosa semejante. Va loco. Yo también me he vuelto loco. Seguir tras él sería locura. Sería también hacer un papel ridículo. Me detengo. Lo veo volver a trastabillar a mediados de cuadra, caer al suelo. Se incorpora. Sigue. Sigue. Es un viejo animal desenjaulado. Un diablo joven adueñado de unos huesos viejos. Allá al final de la cuadra va al suelo otra vez, de cabeza. Imposible. No sirvo para estas cosas. Doy la vuelta. Subo. Cierro la puerta.

Carla ha vuelto a su antigua posición del sofá, el pelo abierto, revuelto, vedándole la cara, ocultándole las manos que aprietan el gatito contra el pecho. Aparta un chorro de pelo, con ese único ojo al descubierto comenta como si le estuviera explicando a Federico una lección:

—Mamá habría cumplido treinta y siete años el día 30 del mes que viene.

Habla. Habla largamente. Con pausa. Con mucha pausa. Sin emoción. Está hablando de algo que no le ha sucedido a ella, que no tiene nada que ver con ella. Yo la escucho desde el sillón donde estuvo temblando su padre.

—Un cronista social afirmó una vez hablando en privado, no recordar en los últimos veinte años, una joven dama tan elegante.

Entrecierra los ojos para recordarla mejor.

—De ella saqué los ojos —Y después—: —En el Havana Yacht Club la proclamaron “La dama mejor vestida del año” —¿Te acuerdas? —le pregunta a Federico.

Se lo había sacado del seno y lo mantenía apretado contra la cara. Lo besa, le sigue hablando mientras le rasca la barriguita:

—Pobre Federico, como has aprendido cosas que un gatito no debería saber.

Dos grandes lágrimas negras le inundan los ojos. Me mira. Se deja rodar a lo largo del sofá.

Abre el camisón, Federico acostado entre los senos. Abre las piernas.

—Sígame, anda.

Además de sentirlo, he visto el asco. Es un olor carmelita, un paño prieto, una cosa fosforescente, viscosa, algo resbaloso que se anuda a la garganta, que se enrosca, que te hala el estómago hacia arriba. Es algo espantoso. Me vuelvo loco como tu padre. Cuando vengo a darme cuenta he tirado la puerta, y estoy lejos de ti.

He manejado sin rumbo, sin memoria. Soy el amante de una víbora, el concubino de un culebro. Tampoco sé por qué, pero he ido hasta casa del padre de Carla. No está. Me han dado la dirección de la funeraria. Primera vez que entro en una. Será el segundo entierro que vea en lo que llevo de vida. O en lo que llevo de muerte. Pues por una u otra razón, antes en La Habana y ahora en Miami, la mayor parte de mi existencia la considero transcurrida en una especie de muerte moral peor que la muerte biológica.

El entierro anterior fue cuando aquella desgraciada murió. Cuando su cadáver salió por la puerta de la funeraria, no era el cadáver de ella, era mi tristeza la que salía, mi adiós a un niño diecisiete años de rodillas. Nacía de nuevo. El cielo era azul, los edificios, altos, el sol luminoso. Había fiesta en los rostros y mañana era, al fin, por fin, una dulce palabra. Mi penar anterior, mi penitencia, estaba siendo enterrada en aquella caja.

He querido, sin embargo, he necesitado ver el entierro. He ido hasta la esquina de 23 y M. He contado las coronas, he visto a los dolientes y a los que van a presentar respeto subiendo y bajando la amplia escalera. Las damas, de velo o redecilla como si fueran para una iglesia, los caballeros, de corbata negra. Los sacerdotes. Los cola de pato negros, brillosos, llegando, regresando. He comprado los periódicos. He leído en cada uno de ellos la esquela, varias veces las he leído. He esperado a ver salir el sarcófago. He permanecido en la esquina con espejuelos oscuros todo el tiempo alegre, feliz, pero a la vez miedoso de que aquel aristocrático funeral terminara siendo un sueño. Una y otra vez he sacado del bolsillo las esquelas fúnebres recortadas por la mañana de periódico en periódico, las he apretado en la mano, las he contado, las he vuelto a leer. No hay duda. Ha muerto. Por fin ha muerto la hija de puta. Tu vida, Tom, empieza hoy. Empezó esta mañana cuando te enteraste. Hoy es tu primer día en este mundo, acabas de nacer. Al fin, por fin comprendió que estaba en el deber de morirse, que

nos lo debía. Dios la iluminó. Por fin el amor, o el odio, la rabia, hicieron lo suyo en su corazón. Lástima que tardara tanto. Lástima que no haya nacido muerta.

Pero has necesitado ver el entierro. Has esperado en la esquina de la funeraria Caballero. Has estado allí para impedir que el cadáver fuera a última hora a arrepentirse. Lo has velado tú también. Has visto cómo se lo llevaban cual si fuera el cortejo de una reina. En un auto de alquiler lo has seguido hasta el cementerio. Te has acercado al panteón después que lo dejaron solo. Habías permanecido cerca, acuclillado detrás de unos ángeles de mármol. Has visto la curia con sus sahumerios y sus cantos profundos sacados del estómago siguiendo a Su Eminencia el Cardenal Arteaga de rosario en mano, has visto las amistades. Has visto las lágrimas, los pañuelos. Desde donde estás no puedes ver el mármol que se abre, el sarcófago que desaparece pero lo ves. Público, dolientes y amigos: todos se han ido. No queda nadie junto al panteón familiar. Te asomas al panteón. Nada. Hojas secas, flores pisoteadas. Un extraño olor. Una nada. Ella ha sido enterrada, pero has querido estar seguro. Has querido cerciorarte de que ha quedado bien guardada. Entrás en el panteón. La bóveda aún no ha sido sellada. Eso te preocupa. ¿Y si de nuevo apareciera mañana en la casa tomando el sol en la terraza en su eterna silla de ruedas? ¡No! Te rebelas. No. Está muerta. Muerta para siempre. Miras el sarcófago metido en el nicho. Es un sarcófago pesado, de bronce. Lo tocas. Tratas de moverlo. De ese sarcófago no podría salirse ni aunque la hubieran enterrado viva. Todo esto ha sido muy bien hecho por Dios, al fin, caramba. No has podido evitarlo y te has recostado en una de las paredes del panteón dispuesto a descansar, has mirado fijo el sarcófago y has mirado a la muerta cara a cara, con imaginación, aquella cosa guardada, tapada, metida en el nicho por sellar. Sí, qué alivio, casi un suspiro, una sensación de bienestar. Escupes el nicho a la manera de un adiós. Ella no se enterará. No podría enterarse. Pero necesitabas hacerlo. Luego te persignas, pides perdón a las Alturas. Ha sido necesario. Escupes por última vez sobre las rosas pisoteadas y sobre todo lo que quedaba de aquella porquería que ensombreciera tu vida durante dieciséis años y cuarenta y tres días y sales a la calle a empezar a vivir. Sales por la avenida central del cementerio, las manos en los bolsillos, silbando y

golpeando con el pie algunas piedrecitas dispersas por el asfalto, algunas rosas caídas, muertas ellas también. Al llegar al enorme portón te vuelves a mirar hacia atrás. Todo está bien, todo está correcto, y sales a la calle. Allá atrás han quedado muchas cosas. No es solo una muerta. Muchos muertos han sido enterrados en un mismo sarcófago. Pasas balance a tu vida, haces un plan para el siguiente día y te oyes tatarcando mientras caminas hacia la calle 23 aquel último día de diciembre de 1955: "Se va el caimán, se va el caimán..." Se hace de noche. Ya es de noche, pero en tu mundo el sol está resplandeciendo como nunca. Una semana después papá se casa con mamá. Una vieja deuda ha sido saldada. Al fin ya no serás distinto entre tus conocidos. Al fin tú también podrás ser socio del Miramar Yacht Club, en fin, al fin tú también serás invitado a las fiestas de la gran sociedad. Poco a poco -pues esas cosas del pasado dejan secuela- los que antes por conveniencias o por cortesía te toleraron, tendrán que aceptarte. Al fin a partir de ahora la vida será verdaderamente la vida, no una muerte a medias.

—**T**om, hijo mío.

La voz del padre Ángel me saca del ensimismamiento. Acaba de llegar de Cuba. También han nacionalizado las escuelas. Todo Allá ha sido nacionalizado. La doctrina cristiana ha sido abolida e instaurada la enseñanza comunista y atea, dice. No obstante, el sentimiento cristiano es muy fuerte y hay buenos católicos luchando en el Escambray y en otros lugares de la Isla.

La milicia no da abasto registrando a la gente a la entrada de los cines, de los hoteles y demás lugares de acceso público buscando petacas incendiarias. No hace tanto, en el Escambray ejecutaron a un maestro comunista que andaba difundiendo su doctrina atea y enemiga de la propiedad privada so pretexto de enseñar a leer. Mira a dónde llegan, hasta a esos trucos acuden. La desvergüenza en La Habana no puede ser mayor: hay que ver esas milicianas, de fusil por la ciudad, ofendiendo el sentimiento del Señor con sus pantalones apretados.

Continuaba informándome, pero ya no le escuchaba. Estaba todo tan cerca. Me había pasado el buen padre la mano sobre el hombro, se compadecía. “Ah, si este lamentable deceso hubiese ocurrido en los grandes días de La Habana...” Reparo, me doy cuenta de que solo estamos él y yo y tres individuos que beben con disimulo en una esquina. El padre Ángel los señala: ¿Qué os parece? El senador López Consuegra, Paneque, Subsecretario durante el gobierno de Prío, El doctor Rivas, presidente de una compañía de Seguros. Es verdad, caigo entonces, son ellos. Ahora sin embargo, quién lo diría. Quién sabe cuántas libras haya perdido López Consuegra. Paneque se ha quedado calvo, Rivas pareciera tener cien años. Y pensar que han sido meses, no siglos, los transcurridos. Sin embargo, cuántos siglos, si lo sabré yo, pueden caber en unas horas. Decía el padre Ángel:

—Limpien pisos, lavan platos, ¡en fin! Consuegra es mozo en el hipódromo de Hialeah. Os digo, hijo mío, que ese diablo, ese monstruo, no tiene perdón de Dios.

—Mientras me habla, sigo buscando a tu padre con la vista. En vano. Le pregunto al padre Ángel. El pobre. Andaba por allá atrás, echado con una botella. Ha sido un golpe tan duro.

Llegaban en eso tres monjas de tu colegio en La Habana preguntando por ti, Carla, pasan junto al féretro. Sor Sofía comienza a llorar. Bendito sea el Señor. Castro no paga ni en aceite. Yo también lloro. —Vamos, vamos—, me conforta el padre Ángel, pero no puede más y él también se echa a llorar mientras nos apartamos del féretro.

—Señor, Ten piedad de nosotros.

—No sé si ya lo sabes —me dice el padre Ángel—, los criados que se quedaron con la casa del doctor Ramírez encontraron ayer el escondite en la pared donde estaban las joyas de la familia, entre ellas el collar de perlas negras, y lo entregaron a las autoridades para ganar méritos. ¿No os habíais enterado? Aquí salió en los periódicos, y lo dieron en las noticias.

Pasa la tarde. Llega la hora del entierro. Empiezan a aparecer delegados de las organizaciones. Me estremezco cuando el breve cortejo enfila por la calle 8. Al llegar a la fosa somos unas treinta personas. Tu padre no habla. Sigue borracho, las piernas blandas, la expresión ausente. Yo no sé por qué estoy aquí. Pero siento que debo estar. Tal vez sea por ocupar el lugar que tú no has querido ocupar o tal vez sea por sentirme asistiendo de nuevo a aquel entierro ocurrido cinco años atrás, cuando todavía no me había metido a conspirador, pero demasiado tarde después de todo. Toda aquella alegría fue estúpida. Al final la muerte nos tomó el pelo. Dije que se había suicidado. No es cierto. Al menos para mí, se murió el último día de su vida. Lo transcurrido lo demuestra. Cuando en el '59 vino a reanudarse la vida social habanera yo había vuelto a ser el apestado, entonces por razones de credo político.

El padre Ángel abre el librito de oraciones, se prepara a despedir el duelo. Los de las organizaciones piden que hable Conte. Hace un viento frío que arranca extraños ruidos al deslizarse sobre las losas. El sol no ha salido en todo el día. Una vaga neblina comienza a envolvernos. Se le pregunta a tu padre. Dice que como fueron los de las organizaciones los que hicieron la colecta para el féretro y el entierro, que hable Conte. Conte sugiere que el padre Ángel también diga unas palabras. La tarde ha seguido poniéndose fría y encapotada. Los más se han levantado el cuello de la chaqueta. Vistos a distancia, solo se percibirían las siluetas, el ojo encendido de los cigarrillos. Las losas están mojadas, fangosa la tierra de las sepulturas. Alguien se acerca a avisar que está por cerrar el cementerio. Los sepultureros se ven apremiantes. Conte se encarama en un túmulo breve un poco a la izquierda del sarcófago cubierto con sus dos banderas. Con el pulgar y el índice, se aprieta la parte superior de la nariz junto a los ojos. Se ha ido irguiendo más, más, casi se confunde con los árboles bajo el frío viento, que en este cementerio, que es casi un parque, suplen las altas estatuas que han hecho del Cementerio de La Habana una ciudad luctuosa. El rumor de impaciencia del par de empleados se corta en seco cuando Conte rompe a recitar la *Plegaria a Dios* de Plácido. El aire le ha levantado el pelo, el dolor ha enronquecido su voz.

Dice al terminar las estrofas que los agentes del castro-comunismo en Miami han hecho objeto a la muerte de las peores calumnias. Prefiere recordarla Allá, cuando Dios todavía reinaba en Cuba. Se percibe un murmullo entre los delegados. El padre Ángel los manda a callar mientras se persigna pero Conte no se entera. El viento le ha enredado la corbata alrededor del cuello. La muerte del más humilde emigrado es la muerte de un soldado en campaña. La mató la lejanía, la mató la vergüenza, la mató el dolor por el calvario impuesto por Moscú a su pueblo. Otro crimen. Avisan entonces que ya debe cerrar el cementerio. Conte jura, para terminar, que el 20 de mayo estaremos en Cuba. No es momento de lágrimas ni de pañuelos. Tampoco es momento de decir adiós, si acaso, simplemente, hasta luego. Ya nos reencontraremos en el regazo del Señor para decirle: Vuestra tierra ha sido redimida; para decirle: Cristo, aquí estamos, soldados de la paz y el amor. Los muertos de la patria son héroes, modernos dioses, y yo os digo, patriotas, que a los dioses no se les llora, se les aplaude. Por tanto, yo os pido un aplauso para este glorioso muerto por la patria.

Todos nos hemos puesto a aplaudir. El padre Ángel dice que ha sido un muy hermoso discurso. Estoy junto a tu padre, Carla. Le he puesto la mano sobre el hombro. Conte viene hasta nosotros con uno de sus abrazos. Casi hemos emprendido la marcha cuando tu padre observa que todavía el féretro no ha sido enterrado. Lo meten en el hoyo y salimos del Woodlawn.

Acompaño a tu padre hasta su casa. Lo dejo acostado. El padre Ángel promete pasar a verle siempre que sus menesteres se lo permitan. ¡Está un sacerdote tan ocupado en estos días!

Doy vueltas por las calles. Me siento conmovido. No tengo ganas de regresar al apartamento. Me hundo en una barra. Me doy unos tragos. Llamo a Dominguito. Nada. Mr. Cleo no ha llamado hoy. La muerte de esa mujer me ha dolido. Debajo del estante de las botellas, una gran pecera, el bar en penumbras. Los peces van

y vienen entre las algas con sus brillantes colores. Gente aburrída en las banquetas, doblados sobre el mostrador. En la esquina el barman brillando unas copas. Una suave música. Los peces. Los pececitos. Pienso en aquella otra muerte que me había pasado la vida deseando desde que tuve uso de razón. Muerte al cabo inútil, como esta barra. El entierro desfila por la pecera. La muerta es un pez rojo, de anchas aletas; rápida se pega junto al cristal, me hace muecas, se aleja. Regresa. Me saca la lengua. ¡Maldito pez! ¡Y este barman que no lo espanta! Doy con el vaso en la barra. Dejo unos billetes en el mostrador. Alguien me saluda al salir pero ni me entero de quien era. ¡Vaya suerte la mía! ¡Muertos! ¡Basura! Quiero ver a mamá.

La muerta de hoy bien pudiera haber sido mi madre cuyo corazón parece tener asustado a papá de nuevo. Había un pez que se parecía a ella. Todos iban al entierro. No quiero ni pensarlo. Antes de los veintiún días de aquella vez en que no se sabía si sobreviviría al infarto, nunca se me había ocurrido que mamá pudiera morir.

Voy a verla, estoy con ella un rato. Estaba meciendo al bebé de Laurita. Papá sigue experimentando con la gasolinera, la venta de accesorios y de aceite, más el fregado de autos. Semanas atrás me volvió a ofrecer trabajo, pero a tiempo completo. Te pongo la mitad en el negocio, me dice para embullarme. No puedo aceptárselo. No se trata de que volando para Míster Cleo gane en un vuelo lo que no ganaría con papá en meses. Se trata de que Míster Cleo está al darme luz verde para unirme a los entrenamientos, parece cosa inminente, a lo mejor dentro de media hora me están llamando, y como no sé si volvería de Allá, quiero vivir ahora con Carla toda la eternidad que de morir me perdería.

Mamá no ha podido mostrarse más extrañada con mi abrazo. Soy fuego y ella hielo. ¿Te pasa algo?, me pregunta. ¿Te sientes mal?, ¿en qué rollo te has metido? Mamá no comprende. Nadie me comprende. Odio los peces. Odio los muertos. Me odio yo mismo.

Que pase lo que tenga que pasar. Nada me importa.

Llega papá con su ropa engrasada. Se lava. Se saca el overol. Se queda en calzoncillos, listo para entrar en el baño. ¿Qué crees de la situación?, ¿cómo la ves?, le digo por iniciar la charla. —Con tal de que tú no te enrolas en eso de ir a Cuba, por mí se puede caer el cielo. En la gasolinera tienes trabajo y la mitad de las utilidades, y para después tengo algunas ideas que nos pueden sacar a flote en un dos por tres, ¿me estás oyendo? —Papá también se ha vuelto un pez. Hoy el mundo es una pecera. Habrá que salir a inventar otro mundo. Esta gente se ha vuelto mi pasado.

Dejo el Oldsmobile en Ocean Drive, camino hasta Collins, coloreada por los neones. No tendría valor para entrar a un cine. Es otra cosa lo que deseo esta noche lloviznosa. Nunca antes me había sentido tan solo. Solo, esa es la palabra. Los peces. Quiero, deseo, necesito estar con Carla. Del fondo del estómago ha saltado el deseo. Ya lo de esta mañana cuando la llegada del padre con la noticia de la madre muerta está olvidado. Cuando los peces te rodean necesitas del último humano. En casa no he encontrado el afecto que fui a buscar. Un beso, una ternura de mamá pudo haberme salvado. Un chiste del viejo. Muchas cosas en derredor han muerto o están muriendo. Mucho hemos cambiado. Cada día nos quedamos más solos, incluso más sin nosotros mismos. Pero uno no puede permanecer solo y solamente quedas tú, Carla. Tú eres el presente, lo que existe, lo que me toca. Lo demás es el pasado, lo que fue, lo que pudo no haber sido, lo que tal vez estoy inventando. Y voy a buscarte, corro a buscarte rogando a Dios que estés, pero no estás. Me tiro en la cama. No quiero pensar. No quiero saber. Quiero solamente quedarme así, con los ojos cerrados. Olvidar los peces. Dejar que las cosas rueden por dentro. Que los peces se ahoguen. Al otro día tampoco has venido. Al caer la tarde debo volar a Cuba. Seguimos concentrados en la zafra. Cuando regreso al apartamento, todavía no has venido. Pasan tres días horribles. Vas a los bares, Tom. Te emborrachas. Como otras veces, porque lo

sientes y para que no se diga, participas en los piquetes que van al Aeropuerto a recibir a los que vienen de Allá con noticias de los nuevos fusilamientos, de las nuevas carencias, de las nuevas medidas, y a la vez que le das la bienvenida a toda esa gente a través de las cuales volver a sentir la patria distante, te places, con el resto del piquete, en abuchear y patear las maletas de los que regresan, esos cabrones emigrados antes del '59 que regresan a repatriarse aun cuando casi todos ellos son ya ciudadanos norteamericanos.

Pasas por el *Walgreens*. Asistes a una reunión de las organizaciones. Discutes, comes. Pero no vives. Anoche he dormido mal. En el sueño le volvía disparar al motociclista que nos cayó atrás a Sierrita y a mí en los tiempos de la campaña del Cero-3-C. Esta mañana, deambulando, has pasado por la iglesia jesuita de la 2 y la 1ra del NE, y no he resistido el deseo de entrar. No puedo saber por qué he entrado. Pero he entrado. No lo he podido evitar y entré.

Me arrodillo junto a un banco. Rezo un Padrenuestro pero no pasa nada. No me puedo estar tranquilo. Recorro los bancos. Una tristeza inmensa me va ganando. Son casi los mismos rostros de La Habana. Las mismas gentes. Poco a poco te vas sintiendo mejor. Por un segundo las cosas vuelven a estar en su sitio. El cura oficia en su altar. Levanta el cáliz. El monaguillo hace sonar una campanilla. Cabizbajos, las manos juntas, quienes estuvieran de rodillas recibiendo la comunión, regresan a su sitio en los bancos. Ha vuelto a ser como antes. Solo difiere la prestancia de los fieles, la estampa, el peso que ahora tienen. Arriba, el órgano. Dentro de dos minutos la misa terminará. Entonces nos reuniremos en la plaza. El acuerdo está tomado desde la noche anterior. Las damas, de negro, los caballeros con sus brazaletes. Los cirios encendidos. Han sido hechas las filas. A la cabeza van los Caballeros de Colón con un estandarte donde se lee *VIVA CRISTO REY*. Las Hijas de María llevan el Sagrado Cuerpo de Jesús. Comienzan las estrofas. Los himnos religiosos. Nos ponemos en marcha. Al llegar frente al Palacio Cardenalicio se nos unen grupos venidos del Santo Ángel. Subimos por Tejadillo, cruzamos la Avenida de las Misiones hasta alcanzar Zulueta. A la altura del Parque Central somos ya una imponente manifestación. Para entonces los

cantos religiosos han sido sustituidos por himnos de guerra. El elemento civil pro ruso que nos ve pasar desde las aceras nos abuchea, nos dice, les decimos. Los ómnibus se detienen, los automóviles. Pasamos entre la Manzana de Gómez y el Parque Central. La policía no se atreve a intervenir, o parece no atreverse. Sigue el gentío creciendo, tanto el de las aceras como el del público asomado a los balcones. Frente al Centro Asturiano, extendiéndola de acera a acera, las Hijas de María han sacado una tela que dice: *NO QUEREMOS SER RUSOS*. Ahí se forma el desparrame. De abajo de la ropa, muchos de los que se nos habían estado uniendo durante la marcha con cara de devotos, sacan palos, sacan manoplas, pedazos de cabilla envueltos en periódicos. Se le unen a estos vándalos los que en las aceras, armados también, se fingían espectadores. En uno de ellos reconozco a un policía de la Segunda Estación vestido de civil. Cientos de policías de civil, es de suponerlo, participan en el molote que nos está dando leña, que nos está golpeando como si fuéramos alfombras tendidas al sol. Cuando me recupero, cuando vuelvo en mí todo en derredor son perseguidoras, ambulancias, hasta un carro de bomberos llega. Hemos perdido la batalla pero los fotógrafos y los camarógrafos han hecho lo que tenían que hacer. En una prensa ya maniatada, aquí, esta batalla mañana ni se mencionará, pero encontrará en la prensa libre del mundo el eco que le corresponde. Es por otra parte, en el extranjero, donde son útiles estas noticias. Sobre todo en Estados Unidos. Que compruebe Eisenhower el peligro que desde la isla vecina se le cierne. Porque, como los catarros, el mal del oso ruso se pega. Yo que era rico, lo adquirí, le entregué mi corazón. Imagínense, entonces, con qué facilidad no lo adquirirían en Latinoamérica cuando al que no tiene empleo y además es analfabeto, le rebajen el alquiler a la mitad o le regalen dos caballerías de tierra o le den una casa o le prometan convertirlo en doctor. Eso había que impedirlo.

El régimen de La Habana aún no lo ha hecho público pero el decreto destinado a hacer de nuestro país un nuevo eslabón del imperialismo ruso estaba por entonces ya firmado y con su cuño seco estampado en espera del momento psicológico para darlo a conocer. Luis Más Martín, hombre de gran inteligencia no obstante ser comunista, poco antes del golpe de estado por televisión que le

metiera Castro al presidente Urrutia a mediados de 1959, me decía con toda la razón mientras jugábamos una partida de ajedrez. Conquistado por el propio Luis, por Alfredo Guevara y por Lionel Soto entre otros amigos comunistas doctos y mucho mayores que yo, veía impaciente pasar los días sin que el gobierno acabara de admitir que era rojo y no verde olivo como insistía en hacer creer. Y Luis, gráfico y oracular como siempre, me dice:

—Ocurrirá, Tom. Es matemático. Ocurrirá. Hay pasos que no se pueden dar sin que termine ocurriendo lo que en el viejo cuento de “La puntica nada más”. Y esos pasos ya fueron dados por Fidel.”

La misa en Gesu ha terminado y nada ha sucedido. No estamos en la Catedral de La Habana. No hay Hijas de María ni hay cirios. Estas de aquí son las frías calles de Miami. Los árboles pelados. El tiempo de las manifestaciones ha pasado. Esta es otra ciudad, otro mundo. Es la última misa de la mañana. Voy hasta el altar. Me arrodillo. Antes he encendido unas velas. Me concentro. ¿Qué decirte? En mucho tiempo no hemos hablado. En el fondo, quizás no hemos hablado nunca. Y ahora me temo que no quieras escucharme. Nos hemos alejado tanto. Pero ¿cómo decírtelo? En la escuela iba a misa porque me lo exigían. Siempre así. Formal. Impuesto. Vivíamos bien. Bastaba desear una cosa para obtenerla. Fuimos creciendo indiferentes. Tú eras. Tú existías. Menos cuando mamá pasó por lo del infarto, nunca teníamos que recurrir a ti. Ahora quizá te estés vengando. Es decir, nos estés castigando. Incluso me pregunto si antes de ahora había creído en ti de veras no obstante llevar semanas hablando contigo todas las mañanas y sentirme escogido por ti en aquella tardecita de San Rafael que cambió mi vida. Incluso me pregunto si ahora mismo creo en ti. Perdóname. Perdóname. Ahora te necesito. Ahora nos quedas Tú solamente. Quizá no sea justo que después de tanto olvido, o de tanta indiferencia, acuda a ti, pero eso es humano. Así nos hiciste, Señor. Así lo has querido. Perdónanos. Perdóname. Pero ahora nos haces falta... Dinos algo... Danos una señal. ¿Por qué ha pasado todo esto? Si Tú eres ¿por qué ha sucedido, o por qué lo has dejado suceder? ¿Cómo has podido abandonar a tus criaturas siendo Tú tan sabio? ¿Es esto un castigo? ¿Cuánto mal hemos hecho

sin darnos cuenta? Perdóname Señor. No te pongo en duda. Pero ¿por qué lo has permitido? No quiero ofenderte, pero, hablando de corazón a corazón, y Tú perdóname, no fui yo sino Tú quien hizo las cosas como son. Tú quien instituyó el libre albedrío. ¿Cómo, entonces, y por qué, permitirse que pueda ser trastocado el orden creado por Ti? ¿Qué mundo sería aquel donde no fuera uno mismo el producto de sus propios esfuerzos sobre todo en lo que a su perfección espiritual se refiere? Pero sobre todo Dios mío, ¿qué será de nosotros ahora? Todo esto es muy complicado, Señor. No lo entiendo, pero una cosa sé: no puede ser de ningún modo justo lo que nos está sucediendo. No deberías permitirlo. ¡Oh Señor!,

Perdóname. Perdóname. No pretendo modificar Tu plan. Pero no creo. No creo. No entiendo. Perdóname.

Salgo de la Iglesia. Creo que Te he ofendido, Señor. Perdóname. Pero no creo. No entiendo. Con todo respeto, pero hoy, no creo en ti.

Soy en ese momento el hombre más solo, más desesperado de este mundo. El menos nadie.

Vuelvo al Woodlawn por quinta vez en estos días y ¡Al fin! Te encuentro allí, caída de espaldas, el cuerpo entre la tumba de tu madre, donde apoyas la cabeza, y la tumba vecina donde descansas las piernas extendidas. Sopla un suave viento y el sol cae oblicuo sobre nosotros. Hojas secas y arena te cubren de pies a cabeza. He llegado tenue, convertido en aire para no hacer ruido. Gracias a Dios, te he encontrado. Me echo a tu lado. Ni una palabra nos decimos. Te tomo las manos. Hablas a intervalos.

—¿Ves? —señalas la tumba abierta a poco más de dos metros de donde estamos—. Me equivoqué por poco.

Te enroscas la trenza alrededor del cuello, con la punta de la trenza te acaricias la boca. La voz es gruesa, lenta, morada, El viento te sigue revolviendo el pelo, el

viento continúa arrastrando breves ramitas secas. Ciertos pájaros se acurrucan entre los árboles. Es un mediodía un tanto frío. El sol apenas calienta. El cementerio está solo. Nadie se muere los domingos. Sigues hablando. Es una exposición muy pausada. Muy serena. Como hablar de la naturaleza, o describir un cuadro. Te rodeo el cuello con el brazo, los dedos metidos por entre las vueltas de la trenza. Colocas una mano en la cruz de madera con las señas de tu madre. Siento que ésta muerta que es tu madre representa muchos muertos. Un mundo, quizás. Algo muy nuestro que se hunde, que se pierde para siempre.

—¿Verdad que era linda? —dices

—Mucho.

—Y era mi madre.

Te he apretado contra mi cuerpo. Das en la otra tumba suavemente con la punta del zapato.

—Quién nos lo hubiera dicho.

—Son las cosas.

Una lágrima rodaba por tus mejillas.

—Somos nosotros.

Sigues dando con el pie en la otra tumba.

No sé cuánto tiempo llevamos en silencio, apretados el uno contra el otro, cuerpos y rostros fundidos.

—¿Te había dicho que papá se compró una bomba de gasolina? Él mismo está despachándola ahí con Laurita y Américo de ayudantes.

Después de un millón de años, dices:

—En el fondo, no éramos nadie.

—Yo soy alguien —protesto.

Mi reacción intempestiva te ha hecho reventar en un oscuro, incontenible llanto. También tu pelo llora. Muchas cosas tuyas se han puesto a llorar. Cuando te calmas la tarde se ha puesto más fría. Se ha nublado. Cruzan el cielo grandes nubes negras, fofas, muertas. Se despedazan, se integran. La niebla ha estado bajando sobre nuestras cabezas. Casi parece de noche.

—Vámonos —digo—.

Tantos días sin ti, estaba loco por tenerte, pero esta vez me niego. Insistes pero me niego.

—Hoy sería una porquería.

—Por eso mismo.

Convencida de que no lograrás convencerme, vuelves a subirte el blúmer. Te sacudes las hojas, la tierra. Llevas un pulóver negro, pantalones negros, los modos negros. Te inclinas, tomas una ramita, la partes, haces una crucecita, la amarras con un hilo que desprendes del pulóver. La encajas en la tumba de tu madre. Quedas quieta un instante, mirándola.

Después me miras, y señalando la tumba, dices: “¡Pellízcame!”

Echamos a andar, sin hablarnos. Tu cabeza caída sobre mi hombro. Caminamos hasta donde tengo el carro.

—Invítame a un trago.

—A dos, pero en la casa.

—En una barra.

—En la casa.

Conduzco hasta las inmediaciones del aeropuerto y entramos a un bar en Le Jeune, medio desierto. En la otra cabecera de la barra, hay un tipo treintón, de suéter y bufanda gris. El tipo te saluda gentil, con la cabeza. Le devuelves el saludo con amabilidad.

— ¿Quién es?

—Un tipo despreciable.

—Nadie lo diría —comento, aludiendo a la amabilidad que te gastaste con él.

El tipo despreciable hablaba con un medio tiempo. Un arquitecto podrido en dinero pero con muy mala fama. Cuando yo era niño se decía que había matado a la mujer. Nadie lo dudaba, pero nunca se lo pudieron probar. Eso fue un escándalo muy sonado. Siempre andaba con actrices famosas y se decía que daba fiestas de perchero.

A medio terminar el primer trago, vas a donde el tipo despreciable. Tomas de su trago. El tipo te presenta al arquitecto. Ríen, parece que te hicieron un chiste, no sé si lo hizo el tipo despreciable o el arquitecto. Regresas presurosa, y me dices:

—Despreciable y todo, pero me voy con él.

Y te encaminas hacia la puerta donde ya el tipo despreciable te aguarda.

Son cosas que no puedo entender. Un siquiatra me dice por lo claro que te deje, que no tienes arreglo, que eres una adolescente descompuesta. Cuando te pregunto por qué eres así, me hundes en mayores abismos.

—Porque soy muy puta, —me dices una vez. Para no sufrir he dejado de hacerte preguntas al verte volver; me he propuesto no hacerte caso, digas lo que digas. Te sé mía, te hicieron para mí, y con eso me basta.

Lo del tipo despreciable tal vez fuera para herirme, para alejarme. Tu venganza porque me voy a luchar contra Castro. No la única, aunque ninguna como la de aquel viernes negro, cine de horror, pesadilla que sigue ahí a la distancia de los años.

Fui a buscarte a aquella mansión de Coconut Grove, muy cerca del Jardín Botánico. No he dejado de seguir despertando, y aun despierto, me veo sortear cuerpos y pedazos de cuerpos que no empiezan ni terminan; encandilados por la luz del amanecer, destellando en los espejos; yaciendo boca abajo en un sofá, colgando en una ventana con la cabeza y los brazos caídos hacia afuera, abiertos sobre un piano, encima de mesas, de sofás, en el suelo alfombrado. He muerto y me están haciendo la autopsia. Al fin divisó tu trenza y apiadado de ti y de mí, te saco de entre unas piernas; te llevo en brazos a través de aquel laberinto de pantalones y zapatos sin nadie, tetas, sacos, botellas, copas, nalgas, muslos, cuerpos enroscados, dispersos a lo largo y ancho del salón, difuminándose sin comienzo ni fin, y nos hundimos en el auto, yo al menos, como quien entrara en un río que me limpie después de lo que he visto.

El sol empieza a salir, cuelga bajo entre dos edificios; pero yo sigo viendo tetas, muslos, nalgas, cuerpos enroscados, restos de comida, botellas, copas astilladas en el suelo junto a más tetas, más nalgas, más cuerpos enroscados o caídos unos encima de otros, o amontonados bajo una mesa cuya superficie de cristal pareciera no tener fin. Son imágenes que no puedo sacarme de la memoria, que me persiguen mientras me alejo en el automóvil huyendo como si llevara el producto del atraco a un banco y toda la policía del mundo fuera aullando con sirenas detrás de mí.

Tuve la idea de lanzar el automóvil a toda velocidad contra un muro y matarnos. Sin embargo, frené. No te mataría ni me mataría. Eso habría sido demasiada felicidad para ti. Mi venganza sería otra. Al llegar a la casa tomaría mis cosas, metería todo en una maleta, y cuando empezaras a suplicar que no me fuera, negociararía.

—Y ahora vas a trabajar para mí.

Pondrías ojos muy grandes, cara de asombro. Sin creerlo aún me oirías otra vez:

—Sí, ahora vas a ganar dinero para mí. Si otros te tienen, que te tengan en mi beneficio. Que se sepa que soy tu chulo. Y como prueba de que no me importas voy a traer todos los días una tipa distinta para singármela delante de ti.

Necesitaba humillarte. Vengarme. Si te quedaras inválida, si adquirieses una enfermedad incurable, te hubiera cuidado, te hubiera tenido entre mis brazos todas las tardes, todos los días, todas las noches, a toda hora, todo el tiempo para mí solo. Habrías estado siempre muy triste y nos habríamos querido mucho. A veces, muchas veces en realidad, lleno de celos por los días pasados o para que me quisieras más, en medio de una de esas caricias tristes de aquellos días en que tan felices éramos, habría vuelto a hacer la maleta, habría tirado la puerta con fuerza dejándote en el piso llorando y pidiéndome que no lo hiciera, que no me fuera, que no te dejara sola en este mundo. Y media hora después, cuando ya no te quedaran lágrimas y te sintieras la mujer más infeliz del planeta, habría regresado, habría abandonado la maleta en el suelo para arrojarme con furia en tus brazos a decirte que te quería, a sentir en el temblor de tu pecho y en el sabor de tus lágrimas la alegría inmensa de saberme perdonado. Tal vez ese mismo día en medio del almuerzo te habría vuelto a amenazar con irme de la casa, o me habría puesto a recoger mis cosas para que lo intuyeras, solo por verte llorar, amor mío, por verte desgraciada y agenciarme de ese modo la reconciliación, la dicha que nos habría compensado por toda la felicidad que me iba a faltar si no volviera de la guerra.

Fantasías. Fantasías de un iluso. No tengo ese poder contigo. Si me pusiera a hacer la maleta, aplaudirías. Y siento que lloro. Lloro en ese momento, Carla. Tetas y nalgas continúan llenando el mundo de ruidos al correr detrás del auto tratando de darle alcance, pero tú no hablas. Continúas muda, impenetrable, como una estatua muerta, los ojos inflamados, el maquillaje corrido, con trozos de una fina película miserable sobre los labios y las comisuras que el aire de la ventanilla va levantando, haciéndola pedacitos de laca que vuelan.

—Déjame aquí —te oigo decir, iluminada la cara bajo la clara luz de la mañana. Pasábamos en ese momento frente al café de Paula y es lo único que has dicho desde que te saqué del amasijo de gente enredada bajo un piano.

Me oigo decir: —ahora vamos para casa. —Después, ocurre lo que no quisiera recordar. He hablado de unos cigarros de mariguana que días atrás encontré en

casa y dices que me vaya al carajo, que te denuncie a la policía, que te tengo harta con mis amenazas.

—Déjame aquí. Estoy citada con Gary Cooper.

Todo un tiro en medio del corazón.

—Tú y yo hemos terminado —continúas, implacable—. No tenías que haberme ido a buscar.

Parqueo detrás de un Ford azul. Es una operación sencilla pero me toma mil años. Las manos, las piernas me tiemblan. El tiro sigue rebotando, volviendo a sonar, matando de nuevo. Forcejeo contigo para que no te bajes del automóvil. Ni siquiera aceptas escucharme cinco minutos. Por fin cedes.

—En la casa —preciso.

—Aquí. Te quedan tres minutos.

—Bien... —empiezo, me enredo; me doy asco, pero no me doy asco. Todo está muerto de tu parte y eso es lo tremendo. Apelo a un recurso desesperado: te digo que es sífilis lo que tienes, y es mi deber cuidarte, por humanidad. Rompes a reír. Dices que soy más comemierda de lo que pensabas, que me odias y deseas verme muerto. Cambio de técnica, empiezo a ponerme duro. Hablo como si fuera otro o estuviera actuando en una película.

Me reclino con el cigarrillo (he empezado a fumar en estos últimos días sin ti) y bien estudiada la pose, me oigo al fin decir: —Yo no podría odiarte porque nunca te he amado.

Me gustabas, eso sí, y mucho. Pero eso pasó.

—Qué bueno, caramba, —dices, —así podré dejarte. Lo que no entiendo, siendo así las cosas, es ese interés tuyo en que vuelva a la casa.

—Para demostrártelo con hechos.

—Entonces no estás seguro de haberme olvidado. Si lo estuvieras me cerrarías la puerta en la cara, que es la mejor manera de convencer. Yo en cambio te desprecio de veras.

Junto con el tiro en el corazón, este nuevo bocado se queda detonando en la memoria. Es una vibración finísima en el aire que paraliza la respiración y congela la lengua. De pronto me siento yo el culpable, soy yo el que necesita ser perdonado. No sé por qué lo hago. No lo entiendo. Ni lo he madurado mucho ni sé de dónde ha salido, pero lo digo.

—Quiero que me veas singándome a Yolanda.

Palideces, pero te recuperas. Estás con la cara vuelta hacia la ventanilla pero yo sé que estás con los ojos vidriados. Por fin hablas. Así, como si contigo no fuera.

—¿Me seguirías alojando y manteniendo?

Llego más lejos.

—Puedes llevar a la casa a quien quieras. Eso sí, a mí, ni un pelo se te ocurra tocarme.

Pero tu crueldad es más grande que mi necesidad de ti.

—Yo no te llevaré a tantos —dices reflexiva— Por ahora estoy con Gary Cooper nada más.

Me siento bien con ese mulato. Dándome por atrás es una estrella.

Es, de nuevo, el mismo tiro pegado en el mismo lugar del corazón. Me levanto de entre mis despojos y digo como si no tuviera mayor importancia el puñal que acabas de clavarme.

—Entonces estás tan metida con él como yo con Yolanda.

Ahí pierdes los estribos. Dices que a Yolanda no la puedo llevar a casa.

—No mientras yo esté.

—Ni tú a Gary Cooper —digo más tranquilo, empezando a crearme dueño de la situación.

—Entonces no hay pacto —y haces por bajarte del auto.

—Está bien —digo loco, fuera de mí; te suelto la mano para que dejes de gritar pidiendo auxilio. Estás arriba y lo sabes.

—Tampoco te puedes acostar con Margaret.

Echo a andar el automóvil para evitar a los curiosos que te han oído gritar.

—Ni Yolanda ni Margaret, ¿me escuchas? Con ninguna de la dos.

—Pero tú seguirías acostándote con el negrón ese...

—Esas son las condiciones.

Callo, no sé qué decir. Aparece al final de la calle una valla comercial con dos modelos en trusa y espejuelos para el sol. Tal vez sean parte de los cuerpos de la casa de Coconut Grove de donde acabo de sacarte. Ahora lo mío es llegar a la casa, acostarte, llenarte de amor.

Después te haré cambiar de idea, eliminaré tu resentimiento.

—¿Aceptado? —me urges.

Nunca supe leer bien en tus ojos y lo hago por primera vez. Un mundo de ideas pasa por mi mente. Tal vez sea mejor perderte en este momento, que todo pasara como una broma, pero el otro que soy dice sin consideración ninguna para mi persona,

—Aceptado.

Por fin hablas. Han pasado miles de años.

—No puedes tener idea Tom, de cuánto acabas de descender en mi consideración.

No tenías ninguna cita con Gary Cooper, solo querías acabar tu relación conmigo; por eso anoche, habías comprometido a Polifemo a telefonarme al amanecer, para decirme la dirección de la fiesta. Para que te viera allí. Y agregas:

—Pero todavía te apreciaba.

—¡Carla...!

Trato de explicarme pero no oyes, no me oyes. No quieres oírme. Mi mano suelta tu mano sin poderlo evitar, las manos se han soltado solas. Me has estafado y nos hemos perdido.

Ha llegado el aviso de partir, y te invito a almorzar. Para hallarte, he tenido que recorrer Miami, trotarlo durante días.

Te noto más pálida que la última vez. Sombras enormes rodean tus ojos, has perdido la alegre tristeza de otros días y ahora eres triste solamente. Te has puesto mustia, has envejecido; toda tú estás muy amarilla. La piel, la del rostro comienza a marchitarse, un eternidad cansada mira desde el lila de tus ojos y te has vuelto definitivamente vieja y además sonámbula al mirar, al hablar.

Te vas a morir enseguida, y te digo que tal vez no sea la última vez que nos veamos, aunque sé que no nos volveremos a ver, que nos estamos viendo por última vez. Lo digo con dolor y la palabra al decirlo se me vuelve sal ardiente en la boca y algo muy salado me ocurre también en el estómago. Te oigo desde otro lugar donde te veo muy vieja, así como si te hubieran pasado por encima todos los años del mundo.

Es una tarde gris, muy gris —como tenía que ser la hora de nuestro adiós. Porque esto es un adiós, no una despedida. Después del almuerzo, sin decirnos absolutamente nada, he manejado hasta Key Biscayne y luego sin proponérmelo hasta llegar a Vizcaya. Caminamos en silencio a paso lento por el parque sin

disfrutarlo y llegamos junto al mar. El mar nos salpica y tú al fin, mirando a lo lejos, tal vez mirando nada, rompes el mutismo. Dices algo enigmático al parecer pero para mí muy claro.

—Siempre lo supe.

—Todo el mundo va —preciso, tratando de restarle importancia.— Es un problema de honor.

—Papá también va, —dices al cabo. Y agregas—: No sé si por honor o por rencor—. Y después de una larga pausa—. Ni si sean los dos la misma cosa.

El mar continúa rugiendo a nuestras espaldas, las olas saltan y nos bañan. Estamos mojados y no nos importa. El agua continúa rompiendo con furia por encima de nosotros y se hace espuma que rueda y regresa al mar.

—Quita esa cara —digo. —Eso está organizado por los americanos.

Te vuelves hacia el mar para mirarlo de frente y me vuelvo contigo. Deberíamos estar hablando de otras cosas pero no nos atrevemos.

—Pero te pueden matar.

—Te repito que eso está organizado por los americanos.

Te has entristecido y eso me alegra. Me gusta que me quieras así, llorando frente al mar.

—Pero a alguien tienen que matar.

—Tal vez haya su muertecito, sí —concedo, sabiendo que tendremos muchos muertos, que la gente de Allá peleará duro, que no será como por acá lo pintan quienes no irán. —Pero no veo por qué tenga que ser yo el muerto.

De veras no lo creía. También creía que por muy duro que pelearan los de Allá no tendrían oportunidad. No podrían tenerla. Esa guerra estaría en todo momento bajo la pupila de los americanos.

—Pero ¿y si te matan?

Te cubro con mi chaqueta de invierno, estás temblando y empiezas a toser, el viento se ha enfriado y tiritas.

—Iré con los paracaidistas, —le miento por decir algo, —no vamos a tener mucho entrenamiento pero tampoco hace falta. No contestas. Sugiero buscar un lugar para tomar algo caliente.

—No tengo ganas.

Tampoco aceptas la llave.

Al llegar al *downtown*, me hago un manojo de nervios. Ha sido una tarde extraña, aunque bella. Nos queda la noche de hoy en Miami y no me he atrevido a explicarme con claridad.

Quiero que todo salga de ti.

—Te he querido mucho, Carla —digo al cabo.

—No hablemos de eso —Continúas con la cabeza baja. Estás muy triste dentro de tu tristeza cotidiana y eso me entristece y me llena de alegría aunque, tristemente, no sabría decirlo de otro modo.

—Adiós —dices de repente abriendo la portezuela del auto al llegar a la esquina de Flagler y Biscayne. Ya en la acera, te vuelves, también de repente, registras en la cartera con prisa, extraes una foto mía de los días de La Habana, y me la alargas.

—Adiós —dices de nuevo.

—Carla... —digo sin saber cómo reconquistarte, confiando en que lo haré al volver de Cuba, aunque de algún modo remoto sé que eso no sucederá y es la razón por la que ahora no te he impedido irte, dejarme.

Paralizado, te veo desaparecer en el ruidoso grupo de turistas o miembros de alguna convención que salía del Mc Allister en ese momento.

Paso por casa, ya con la mochila en el Oldsmobile. Sé por Menéndez, mi padrino, que papá y mamá todavía esperan que no vaya. Piensan que recapacitaré para actuar como una persona mayor. Y mamá, que esa mañana me odia porque me ama según me dice con cara de loca, se me cuelga del cuello, me suplica que no lo haga, me ruega que no vaya. A esa hora, ni papá ni Laurita están en casa. Están en la gasolinera con Américo. Papá despachando gasolina con Laurita de ayudante y Américo, ayudándoles como tenedor de libros y jefe del fregado de carros. El pobre. Su brazo lisiado en la toma de Santa Clara, lo obliga a tener que oír los tiros desde acá. Esta ausencia de papá y Laurita en casa me alegra. La noticia de que me voy ha puesto a mamá muy mal, le he preparado una tisana para los nervios y le he dado cientos de besos, pero no puedo esperar a que se calme, no tengo tiempo, el avión no espera, ni me atrevería a enfrentarme a papá. Y llorando la dejo, asomada a la puerta gritándome que Dios me proteja aunque, soy el peor hijo que ha venido a este mundo. La comprendo y comprendo a papá. A fin de impedirme ir, de que no tuviera razones para hacerlo, un mes atrás papá le vendió a un corredor de bolsa vecino de los Kennedy en Martha's Vineyard todas sus propiedades en Cuba, todas, incluidas, las dos casas, la de nosotros y la de antes, la de la llamada esposa legítima. Todo. ¿Vendió, dije? Las regaló. Todas esas propiedades por menos de la veinteava parte de su valor real.

—¿Por qué no esperas a venderlo después, cuando se constituya el nuevo gobierno?, le digo en vísperas de cometer esa locura.

—Porque con lo que Allá se va a formar, entonces no valdrán nada, —contesta. — Nadie compra en un país en guerra.

De ahí que mamá se haya sentido tan sorprendida por mi decisión. La pobrecita. Se quedó creyendo que lo hacía por verla sufrir. Nada más lejos de mi corazón, y Dios lo sabe.

—Viniste al mundo a matarnos, esa ha sido tu misión, esto es peor que lo que nos hacías en La Habana porque ahora no tienes una razón. ¿Es así como le pagas a tu padre el enorme sacrificio para que no fueras?, ¿hasta cuándo, por Dios, nos vas a odiar? —Con el eco de esos clamidos de animal que agoniza me alejo pisando el acelerador hasta el fondo. Los pobres. Pero no quiero tener que volver a huir. Si no vamos ahora, aquello de Allá no podrá ser atajado. Pasará a tierra firme, se comerá la otra América y terminará agarrándonos en Estados Unidos otra vez, y si no a nosotros, agarrando a nuestros hijos, a nuestros nietos. La morosidad de Eisenhower nos había hecho perder ya demasiado tiempo.

En Opa Locka, ya para subir al avión, el teléfono. Ahí, en el momento mismo de ir hacia la escalerilla. A papá acababa de darle un infarto. Lo has matado, me decía mamá, lo has matado, malvado, hijo sin conciencia.

También he matado a Carla, de esto me he enterado en el Mercy Hospital casi por casualidad al llegar corriendo a ver a papá. Carla se cortó las venas a la hora en punto que le había dicho que me iría, y ahí la estoy mirando, aterrado, culpable, rogando por ella, mientras le cambian el suero.

—No podía más. No podía. Era demasiado.

—No hables. No hables.

—Ha sido horrible, horrible... —te mueres llorando, viene la enfermera. Yo también lloro.

No tenemos nada que decirnos y lloramos. En efecto, ha sido horrible. Ni siquiera nos quedan palabras como no sea para admitir que ha sido horrible.

—No lo sabía.

Hablas del bebé.

Estás con la cara vuelta hacia mí, aterrantísimo en tu blancura. Permanezco hundido en la silla junto a la cama, y lloro. La cabeza entre las manos, como cortada por mí mismo, y lloro.

Débilmente te oigo decir:

—Vete. Sé bueno... hazle caso a la enfermera.

—Espérame —acierto a decir. Pero no soy yo quien lo dice. Es alguien remoto que busca una esperanza.

Empiezas a quedarte dormida.

Veinte manos del otro mundo me toman por los brazos, me sacan de la silla.

Con esa incertidumbre parto. Nada en el fondo, que me haya tomado por sorpresa. Ni siquiera lo de papá.

Lo horrible no ha terminado, por el contrario, empieza. Hablo de tu padre. Desde el día anterior cuando lo encontramos perdido en la ciénaga no ha dicho ni tengo sed. Ni tal vez pudiera decirlo dado el estado físico en que se halla. Había perdido los espejuelos y, tal vez, la razón. Ni se espanta los mosquitos, los cabrones mosquitos que llegan en oleadas, zumbando como aviones, a cubrirnos, a sepultarnos, parecidos a capas superpuestas de un tul muy gris. Secar el fusil y brillarlo con la manga de la camisa parece ser todo su interés. Obsesivo en eso, se queda atrás, se detiene a frotarlo, se sienta en la rama de un mangle a ras del agua y lo brilla. “Por favor, doctor, que nos demora...” Pero él no puede darse cuenta de que andamos huyendo, de que traemos al enemigo pisándonos los talones.

Todavía al encontrarlo quedábamos siete de lo que fuera un pelotón bien armado y en plan de combate en el que nadie se rajó. Ahora somos cinco, contado el lastre que nos echáramos encima al incorporarlo a él. Los otros somos el militar La O, el capellán Ros, el Senador y yo que en verdad ya no soy yo ni estoy allí. Está mi espectro, mi alma, lo que de mi orgullo queda. Un fantasma del cual soy prisionero y que me obliga el muy hijo de puta a seguir a través del manglar bajo

un sol que deslumbra en el cielo y llamea en las aguas cegando; que me lleva sin compasión pisando una tierra que se mueve, de un manglar que gira como un trompo y lo cubren lucecitas de colores que parpadean; pero el muy cabrón no cede. No le importan mis pies llagados dentro de unas botas que pesan una tonelada cada una. Como si nada, el muy hijo de puta continúa llevándome con el agua hasta la cintura, cuando no hasta el pecho. Lo hace unas veces esquivando las raíces del manglar donde se me atoran los pies, y otras golpeado por las ramas trabadas entre sí que el viento sigue soltando, sin enterarse el muy cabrón que en el próximo ramalazo puedo perder un ojo, sin pensar el muy hijo de puta en el cocodrilo que nos pudiera salir al paso. Él no piensa, él no oye. Incapaz de la menor piedad y dispuesto a llegar hasta el final, mi espectro me lleva a cuestras, como si yo fuera un herido o fuera un hacha enarbolada con la que todavía pudiera él matar a alguien, siempre sin escucharme ni darse por enterado del tronar ensordecedor de la metralla a lo lejos, a lo cerca, ajeno el muy hijo de puta al proyectil loco que pudiera alcanzarnos.

No vemos visto muchos cadáveres, ni antes en lo seco en las veredas del marabú abiertas por los carboneros, ni después en el agua, pero hemos tropezado con algunos de los nuestros. Caras conocidas, gente de mi afecto más de uno. Del resto de la Brigada nada sabemos. Anoche temprano, la segunda después del desembarco, perdimos el contacto con el mando, después nos quedamos sin municiones, y no cabe la posibilidad de reembarcar porque el barco ha sido hundido. El senador habla de una familia en Trinidad que nos ayudaría. Pero no sabemos cómo ni por donde llegar a Trinidad. Ni si eso sería posible. Los caminos están tomados por el enemigo. Aun así, llegar a Trinidad es la esperanza. Esto nos obliga a guarecernos en el mangle y esperar ahí comidos por los mosquitos y el hambre, si antes no nos comiera un cocodrilo, a que pasen los días y los milicianos desalojen la zona.

Con su experiencia de años, es el militar quien al fin se decide a proponer lo que en lucha con el cabrón espectro que me posee, vengo deseando. La O le comenta al Padre Ross:

—Después de todo, nos hubieran sobrado nudos, con uno bastaba. El que ya sabemos. Pero ni eso se nos permitió. Más sabio que nosotros, el Señor decidió que fueran ellos, quienes tengan que vivir manchándose de sangre las manos.

—Y el alma.

La O es el primero en verlos.

— ¿Qué esperamos?

El Senador se encoge de hombros señalando hacia la derecha con un cansado gesto de asentimiento—. Ahí están.

Son los primeros cinco. Salen de entre los macíos cercanos. Salen del agua, de entre las raíces del manglar, las metralletas aferradas sobre el pecho. El padre de Carla también los ve. Nadie lo hubiera podido impedir. Cuando ya están a unos cuatro metros, lanza el fusil sin balas sobre el sol hundido en las aguas, y contra lo que indica su estado medio moribundo, corre hacia los milicianos aullando, sin que se entienda lo que dice. El rojo rafagazo lo para en seco. Pero llega hasta ellos, se mete entre los cinco con una granada ya sin espoleta (de la que nada sabíamos) y atónitos lo vemos volar con los cinco milicianos.

Detrás de nosotros, varias voces rugen a la vez:

—¡Riiiiinndannnnnnnnnnseeee...!

Cuando muera, volveré a Girón. Llegaré algunos días al amanecer a seguir combatiendo mano a mano junto a mis compañeros de la Brigada 2506 en aquella desigual batalla de ciento cincuenta por uno. Desde el principio se vio que era una guerra perdida. Todo lo calculó mal esa gente de la CIA. Todo. Hasta la locación. No puedo asegurarlo, pero el lugar perfecto para el desembarco habría sido la Isla de Turiguanó, separada de la ciudad de Morón por una ciénaga además de por una laguna de aguas blancas que cubre catorce kilómetros entre orilla y orilla, con

fondos apropiados para desembarcar caminando con el agua al pecho durante doscientos metros. Allí la artillería habría tenido allí más posibilidades de mantener al enemigo a raya durante las setenta y dos horas de formalidades legales para que Estados Unidos reconociera un gobierno provisional y apoyara con su poderío militar según lo previsto por el plan de la CIA. Tenía Turiguanó agua potable, tenía diez mil reses, tenía cuatro caballerías de plátanos, tenía pista para avionetas y se podían crear condiciones para aviones mayores, y, aunque entonces no lo sabía, tenía Turiguanó una pequeña población sin armas ni entrenamiento militar. Otro importante detalle en contra de la Ciénaga de Zapata era el estar a un tiro de piedra de la Sierra del Escambray, donde decenas de miles de milicianos desde el año anterior combatían a las guerrillas contra Castro en la región.

No fue tampoco, como ha mantenido el régimen de La Habana, una guerra de Estados Unidos por Cuba. Fue una guerra de Estados Unidos y Rusia, y Estados Unidos la perdió. No nosotros, los de la Brigada 2506. Nosotros pusimos los muertos. Rusia armó a los de la Isla a tiempo, los armó y entrenó muy bien, y Estados Unidos, subestimando a los rusos, nos lanzó allí de corre corre y sin la preparación militar adecuada. Ni en los estimados acerca de la opinión pública, acertaron los diseñadores de la CIA. Dominguito, según pude saber, caído poco después del desembarco, divisó en una vereda a un campesino con una carga de carbón al hombro y emocionado, usando el lenguaje fraterno de sus días de líder sindical bancario corrió a abrazarle: ¡Hermano que sufres, he venido a traerte la libertad! Y el campesino lo abrió al medio con el machete como quien rajara una yagua.

Un hombre vive más allá de su vida por el recuerdo que de sí pueda dejar; sea un puente que une los extremos del mundo, sea el descubrimiento de un suero portentoso, sea el de una casa que se sacó del bolsillo y plantó sobre la tierra para posada del peregrino, o también, por los buenos recuerdos que acumule en el corazón de sus amigos. El puente, el suero y la casa quedan. Pero si no hay puente ni suero ni casa; solo quedaría ese miserable corazón de los amigos que un día se cansará y se lo llevarán también. Gran tristeza la de edificar en el

corazón de los otros. Desdichados nosotros que no pudimos exterminar el mal que exterminaba a la patria; y en mi caso, página que habría sido mi puente, mi suero mi casa, el hecho singular por el cual me recordarían mañana, por el cual se sabría que un día estuve aquí, que yo también pasé por este mundo.

Sin embargo, aquella aparente derrota ha sido en realidad nuestra más grande victoria secreta, porque puso en marcha esta portentosa hazaña, este rugiente prodigio que para la gloria de Dios y los cubanos donde quiera que se encuentren, es Miami. Transformación cuyo impacto no podía dejar de transformar a la pujante comunidad. Apellidos que nunca antes se oyeran mencionar, Acá hoy tienen tanto o más prestigio que los muy antiguos de Allá. Hemos creado un nuevo mundo, una poderosa civilización.

Me llena de orgullo la participación de mi familia en la creación de este Miami donde ningún cubano, emigrado después de 1961, ha vuelto a sentirse desamparado. Participación no menos entusiasta, apasionada y generosa que aquella que en días de juventud nos llevó a Bahía de Cochinos. Nunca me parecerá haber hecho bastante para lograr ese sueño, puesto que fui de aquellos irresponsables anteriores a 1959, que creyendo construir una escalera para subir al cielo a darle gracias a Dios, estaban construyendo un cementerio de muertos que todavía no se han enterado de que les han matado el alma, de que están ya tan muertos que no encontrarían el camino de regreso al mundo de los vivos.

A manera de foto de identidad colectiva, propongo esta megalópolis, esta ultramarina ciudad de Cuba llamada Miami forjada por nosotros. Eso sí, nadie nos pregunte a cuántas lágrimas por pulgada cuadrada.

Por si me mataran en Cuba, te había dejado con Américo mi libreta de ahorros y una nota para que te presentaras en el banco a reclamar la cuenta de la que eras beneficiaria. Y le hablé a mamá de tu embarazo. “Te la encargo”, le dije,

—Por mucho que te joda —le dije—, es una barriga por la que respondo, créeme. Ella no miente. En cambio, no estoy seguro de lo que pueda hacer con ese embarazo. Al separarnos estaba de muy mal ánimo, y ahora, después de esto que ha hecho, temo que lo vuelva a intentar. Y quiero que nazca esa criatura. Supón que sea lo único que de mí te quede.

Con eso la sacudí. Y mamá, ¿qué hace? La esconde, manda a Carla para Nueva York a cargo de una prima que tenía contacto con unas monjas de New Jersey. Allá, donde nadie la conoce, luego de comprobado por señas de familia que es mío el bebé, mamá no se cuida de sus iras.

—Qué lástima que no te hayas quedado en el parto.

—Eso tiene arreglo, señora.

Mamá no supo oír. Después no se lo ha perdonado. Ni se lo perdoné yo nunca. Aunque tampoco creo que tan lapidaria frase decidiera nada.

Siguiendo el axioma euclidiano de que todos los iguales son iguales entre sí, cambiados lugar, género, circunstancias y personajes; el vejamen al que aquí en Miami se sometiera Carla, no deja de ser, en tanto daño en lo síquico eterno, un pálido y breve duplicado de la venganza ejercida por la Cuba de Allá contra sí misma sin saberlo primero y después sabiéndolo pero necesitada de padecerla con mansedumbre como un castigo, como una penitencia. De ahí su aguante, su paciencia de culpable, su necesidad de expiación.

Hoy al mirar hacia allá atrás y verme regresar de Bahía de Cochinos con la pesadumbre del vencido, sonrío apiadado de mi ingenuidad y, a la vez, agradecido. Profundamente agradecido. En esa piedad mía que no perdona ni olvida pero que comprende sin embargo, tienen espacio todos los soñadores de entonces. Trataré de explicar la profecía que los años me han develado y que confirmé en mi conversación con Ballester semanas atrás. Nos habían encantado

para que al despertar, decepcionados y llenos de despecho, diéramos con el destino inmenso que nos esperaba.

Lástima que esa misma trama haya implicado tu suplicio, tu amargura, tu derrota. Era parte del precio. El precio por día de mañana de los de Aquí y el día de mañana de los de Allá cuando al fin despierten. O dejen de castigarse. Dios no regala peces. Enseña a pescar.

Por eso, no creo que se trate de olvidar. Tampoco creo que se trate de perdonar. Se trata de algo acaso más humano y que, en todo caso, suele a veces ser más útil que perdonar. Se trata de comprender.

En cuanto a tu suicidio, mentiría si te dijera que no lo he perdonado. Para ti, Miami no era lo provisional. Cuando todos regresaran a La Habana, tú no tenías planeado volver. Con la muerte de tus padres, murió tu necesidad de venganza contra ellos; pero entonces necesitabas odiarte por las cosas que hiciste, por tanta suciedad, por tanta inmundicia. Como no podías borrarlas de la memoria de Miami, que las vio sin saber lo que veía; decidiste no ver más.

Pero nunca has dejado de estar. Es una ausencia-presente de la que vine a tener noción cierta noche de Navidad que siendo otra, era sin embargo la misma, mi primera y única noche de Navidad en esta vida. Por eso, tal vez, el niño Jesús ha seguido ahí, desde 1960, sin volver a nacer.

Le cuelgo a Mister Cleo y vuelvo a sentarme a tu lado. Antes te había cubierto los hombros con la manta. No quiero que te resfríes, no puedo permitírmelo, te necesito sana para ir a ver bajar la bola de Times Square como habíamos planeado. En su rincón, la pequeña lámpara árabe que te compré en una tienda de segunda mano en el Village cerca de la universidad, alumbrándonos con su parpadeante luz rojiza. “En una noche así podría uno existir siempre”, comento.

— Otra Navidad más —suspiras.

Estamos en el sofá, y me entristece el universo de despojos que veo sobre la mesa. Pedazos de pavo, la cabeza del lechón, los turrónes, las copas de vino, las uvas, las manzanas.

—Tal vez sea esta la última que pasemos aquí.

—Un cuento de Navidad... —respondes desde muy lejos, casi desde la otra vida. Te dejas caer sobre mi pecho, murmurando:

—Siempre lo mismo: pon la media y quita la media.

Todo nos lo seguimos diciendo en voz muy baja, como en un susurro sin reproches. Es nuestro idioma particular. La vida se ha vuelto un algo transparente, un túl detrás del cual se puede ver sin necesidad de hablar. Dices una cosa y te la contesto media hora después o no te la contesto y ambos sabemos lo que desde el fondo de su corazón el otro le había contestado. Siempre fuimos silenciosos.

Afuera siguen las estrellas, el frío, el viento en su ventana, el rumor de Dios en el amanecer de Navidad. Una noche azul como esta se haría reconocer incluso luego de muchos siglos. Hasta el ruido del viento es música esta noche. ¿O será que nada es, ni siquiera esta noche maravillosa que tan real parece? Es una sensación inefable de que Dios existe, y todo en derredor lo proclama.

Perdóname, si alguna vez dudé.

Desde que prendí la vela y te besé en la frente no había vuelto a hablar.

—¡Quién sabe! A lo mejor nos la llenan esta vez.

Cuando por fin contestas, sueñas triste, lejana. Sabes que hablaba de la media. Y me sorprende tu respuesta.

—Y aunque no la llenaran es nuestro deber seguir poniéndola. —Hablabas con un ruido de lágrimas secretas en la voz. Entrabas en una zona prohibida de tu persona.

—Por Dios, Carla.

—No, si no hablo de eso —continúas con la voz tomada y esa demasiada tristeza de quien todo lo ha perdonado—. Incluso, de no haberme hecho papá el aborto, seguiría en desacuerdo con que vayas a Cuba, no obstante saber lo mucho que eso significaría después para un hijo.

Nuestro silencio se ha entristecido demasiado. La vela parpadea junto al niño Jesús en su pesebre; una ráfaga helada ha entrado por alguna parte y la luna está frente a la ventana, como en un cuadro. La Paz de la Navidad es mayor que nunca. Otro año que se acerca. Dan ganas de llorar, de echarse a la calle desnudo y correr pidiendo auxilio. ¡Va quedando todo tan atrás! ¡Y teniendo tan poco tiempo por delante!

No suelto tu mano en esa penumbra que nos rodea. Todo en torno tiene ese aspecto rojizo de las grandes llamaradas que han muerto pero cuyas brasas quemar como si continuaran llameando.

—Nos hemos querido mucho. A pesar de todo.

Lo sabes y por eso mismo no necesitas contestar.

Ladeas la cabeza para que tu trenza me roce una oreja. Acerco mi frente para que caiga sobre tu hombro. Han sido tiempos que no nos merecíamos.

—¿Otra copa de vino?

Medio amodorrada asientes con la cabeza y vuelves a rozar mi vida con tu trenza. Saltan las lágrimas Tal vez sea el invierno, que siempre me pone triste, remueve sustancias muy hondas, o tal vez sea la penumbra, o el amanecer del Día de Navidad entrando por la ventana. Siento tus manos bajo la manta buscando mis manos y me asalta un temor muy grande de perderte.

Después de habernos destruido, de reducirlo todo a ruinas, a escombros, de aniquilarnos con verdadera furia; todavía nos amamos, y es porque nos amamos de veras. El amor, no se hace con victorias, se hace con culpas.

—Vamos a dormir.

—Ahorita. Quiero ver apagarse la vela.

—Después te quedas dormido.

—Esta noche no —digo—. Cuando se apague la vela.

La frase pega en algún lugar recóndito y es una sentencia. Cuando se apague la vela. Esta al menos sabremos cuándo se apagó, pero ¿y la otra? ¡Habrán quedado tantas cosas para después!: códigos, claves que sin duda pensábamos ofrecer para desentrañar la vida, algo que nos valiera una memoria. Pero tal vez la vela no nos dio tiempo. Y todo habría sido un juego oscuro, un caos, inútiles vueltas de noria, una vida, en fin, enteramente borrascosa y sin sentido, una pobre vida cuya única misión habría sido arder. Consumirse, su único acto concreto en el tiempo.

Con ternura, con mucha ternura, muy despacio, hago rodar la mano por tu pelo, sacudido por una extraña emoción. Ha sido la repentina seguridad del misterio entrevisto. Y vuelvo a acariciar tu trenza, Carla, convencido de que acabo de hacerte inmortal.

RAFAEL ALCIDES

Noviembre de 1964 y febrero, marzo y 13 de junio del 2017.